



La Novela Fantástica

Aventuras Maravillosas

LA CARA EN EL ABISMO

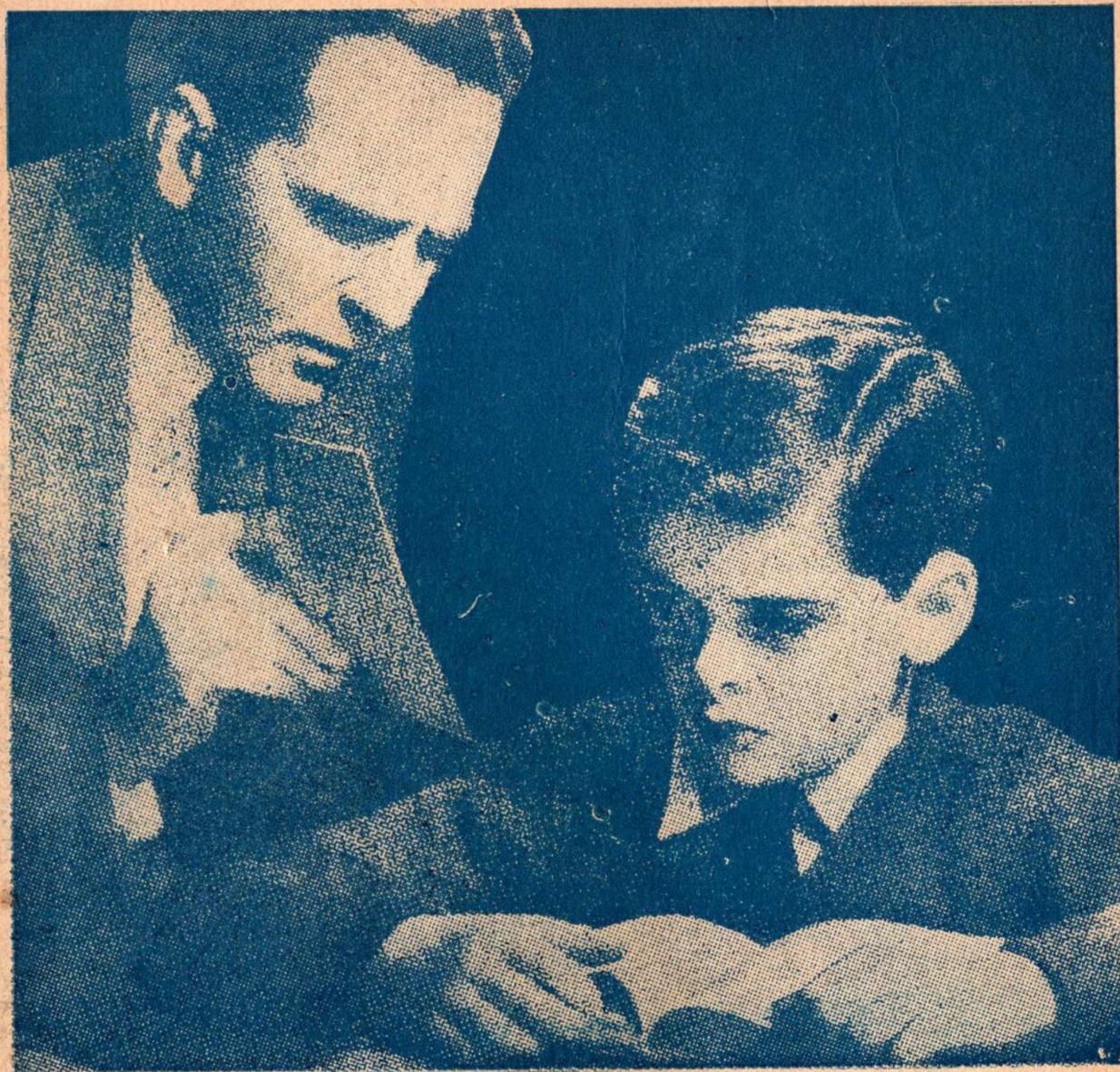


FOR
A. MERRITT
UN TESORO.
ANIMALES
FABULOSOS.
UN AMOR
INMORTAL.
EL
PEQUEÑO
SOBRE EL
PLANETA
NEPTUNO

LA JUSTICIA
QUE IMPUSO
EL COLOIDE

EL CABALLO DE FUEGO

20 CTVS.



¿SU HIJITO VA A LA ESCUELA...?
 ¿LE DA TODDY...?

LO QUE CONTIENE Y LO QUE HACE "TODDY"

- VITAMINAS, que vigoriza, estimulando el apetito.
- CARBOHIDRATOS, poderosos generadores de energía.
- HIERRO, que aumenta los glóbulos rojos de la sangre.
- PROTEÍNAS, que desarrollan los músculos y tejidos.
- FOSFORO ORGÁNICO, que fortalece las células del cerebro.
- CALCIO, para formar y robustecer los huesos y dientes.



TODDY
 NUTRE Y VIGORIZA

IMP. LUIS BERNARD, BILLINGHURST 623, Bs. As.



LA CARA EN EL ABISMO



POR
A. MERRITT
 UN TESORO.
 ANIMALES
 FABULOSOS.
 UN AMOR
 INMORTAL.
 EL
 PEQUEÑO
 SOBRE EL
 PLANETA
 NEPTUNO

LA JUSTICIA
 QUE IMPUSO
 EL COLOIDE
 EL CABALLO DE FUEGO

20 CTVS.

L. S. 4

**RADIO
PORTEÑA**

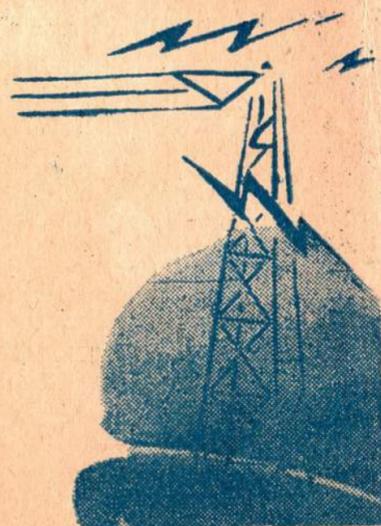
Bajo la dirección artística
del señor

Tristán E. Bidegain

Presenta el más puro "Porteñismo"



FRANCISCO CANARO, ROBERTO FIRPO, ROBERTO ZERRILLO, ENRIQUE RODRÍGUEZ, MERCEDES SIMONE, AZUCENA MAIZANI, LIBERTAD LAMARQUE, CHARLO, GÓMEZ - VILA y otros artistas excelentes actúan todos los días ante el micrófono de
L. S. 4 - RADIO PORTEÑA



La BROADCASTING que se supera día a día; presenta a sus OYENTES el mejor PROGRAMA RADIOTELEFÓNICO.

Administración y Estudios:

1841 - BELGRANO - 1841

U. T. 38-2020

BUENOS AIRES

AÑO I

BUENOS AIRES, JUEVES 20 DE MAYO DE 1937

N.º 1

MIÉRC. 8-5-68



APARECE EL TERCER JUEVES DE CADA MES

Primera Publicación Científico-Fantástica Mensual Argentina	DIRECTOR: H. C. ZAPPALORTI ADMINISTRACIÓN: BILLINGHURST 623 U. T. 62, MITRE 2617 — BUENOS AIRES	PRECIO Capital Fed. \$ 0.20 Interior » 0.20
---	---	---

ESTE NÚMERO presenta:

LA CARA EN EL ABISMO

Original del gran novelista americano *Abraham Merritt*. Dibujos de *Paul*
El tesoro fantástico del desdichado inca ATAHUALPA. La muerte que desintegra al alma y a la materia. Horrorosas transformaciones... ¡VIDA INMORTAL!... Cuatro aventureros perdidos en una comarca misteriosa. Serpientes aladas. Un amor de sacrificio entre un mortal y una joven bella y eterna como el rodar del tiempo.

Esto sintetiza **LA CARA EN EL ABISMO**

EL PEQUEÑO SOBRE EL PLANETA NEPTUNO

Original de *Clare W. Harris* y *Miles J. Breuer*. Dibujo de *Wesso*

Atrayente novelita interplanetaria, que describe un viaje al más lejano de los planetas de nuestro sistema solar: NEPTUNO, poblado por seres orgánicamente distintos a nosotros (gaseosos), viviendo y muriendo en una atmósfera letal para el poblador de la Tierra; pero en pie de condiciones como raza de capacidad cerebral.

LA JUSTICIA QUE IMPUSO EL COLOIDE, por HARL VINCENT

EL CABALLO DE FUEGO o «METZENGERSTEIN», por EDGARDO POE



DOS PALABRAS

Al llegar a ti, lector, cualquiera sea tu condición, edad o sexo, deseamos que tu alma se impregne del saber de los libros, y te remontes a lo más alto de la espiritualidad, penetrando en las regiones excelsas donde las almas superiores viven en contacto con la eterna divinidad creadora.

Cuando pensamos que «las utopías de hoy son las realidades de mañana», cuando vemos a Verne y otros tantos «alquimistas» del pensamiento, si no superados, al menos realizados; nos tornamos menos desconfiados y, paulatinamente, vamos desechando las fantasías, no por absurdas, sino por viejas... porque las que estamos constantemente forjando al compás de las velocidades coetáneas son más portentosas, más refinadas; desconformes de sí mismas, en perenne superación.

El espíritu investigador del hombre se ha agudizado tanto que *percibe* en el más allá sociedades casi perfectas, y que, luego de recorridas *cotidianas*, *vulgares* y *archiconocidas* por todo el ámbito del mundo conocido y por conocer, auscultando en la *vida* de los planetas y demás mundos siderales, tiene ya *casi decidida* la colocación futura de los astros, del cielo, de la vida...

Todo esto, fantástico, apasionante a veces, entretenido siempre, irá pasando por las páginas de esta publicación, contemplando los aspectos más inverisímiles de las cosas, recreando a todos, y aportando, a ratos, conocimientos útiles.

Publicaremos, además, producciones en las cuales los hechos del pasado nos mostrarán las transformaciones inmanentes a la vida orgánica de los pueblos; civilizaciones milenarias hermoeadas por ingeniosas fantasías, que, sin ser esencialmente científicas, ilustrarán sobre algunos aspectos interesantes de otras épocas,

y, en los jóvenes que las lean, despertarán, posiblemente, el espíritu investigador. La Historia novelada, que tal podría llamarse a este género de obras que incluimos en nuestro plan, lejos de ser un infundio confusionista, es un medio eficaz de introducir a la mentalidad popular en los estrados de la ciencia histórica.

En las cuatro obritas con que iniciamos nuestra labor periodístico-fantástica logramos presentar reunido lo científico a lo quimérico, es decir la vida misma, en su complejo extraviante de realidad y misterio, en una forma movida y agradable.

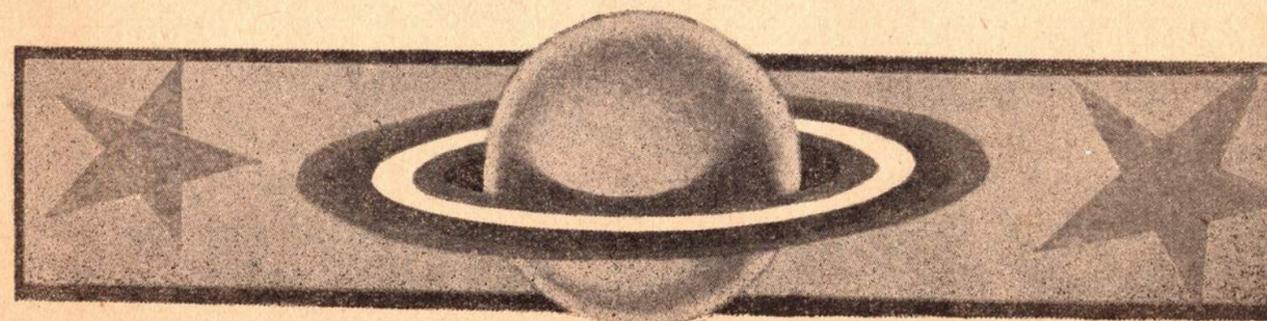
Este es nuestro propósito. Ofrecer al lector unas 100 páginas claramente impresas y prolijamente corregidas, de lectura amena y en parte instructiva.

Precediendo a cada novelita hemos insertado una síntesis de la misma, adelantando al lector una visión de conjunto de lo que en ella se trata, tendiente a *prepararlo* para las bellas emociones a que, siguiendo el vuelo de la fantasía de sus autores, lo remontará la trama originalísima de todas ellas.

Al final del cuadernillo hemos hecho lugar a un «Diccionario de la Novela Fantástica», que, en verdad, es un vocabulario de los términos originales y propios de este género de obras y, también, de otras voces o citas más comunes, pero que pueden dar lugar a dudas.

Todas estas novelas compedian el esfuerzo de hombres eruditos, visionarios, que en nuestros días buscan, como los del pasado, como seguirán buscando quizá los del porvenir... el origen de la vida, el porqué, el para qué de este rodar nuestro, a veces tan incomprensible y desconcertante.

Al entregar al público lector este número inicial, creemos que, una vez salvadas las dificultades propias de todos los *primeros pasos*, llegaremos a brindarle una publicación digna de llenar un lugar, aunque modesto, en su predilección. Para ello contamos con su adhesión, que desde ya esperamos.





¡ESTUPENDO!

Un simple cuadro demostrativo del excelente material literario que traerá el próximo número correspondiente a el jueves 17 de junio.

PIRATAS MICROSCÓPICOS

Original de *Harl Vincent*. Dibujos de *Morey*

Preciosa narración interplanetaria, la cual anuda una bella historia de amor a un angustioso y accidentado viaje a un átomo sideral, cuyos pobladores son PIRATAS y CONQUISTADORES, a la vez de otros pequeños mundos, y que una circunstancia imprevista salva de su salvaje dominación a la Madre Tierra.

¡SENSACIONAL!

MERNOS, EL PLANETA QUE GIRA ENTRE LA TIERRA Y MARTE

Original de *Henry James*. Dibujos de *Paul*

Un aventurero alcanzando en una débil máquina voladora, nuevos mundos que despiertan su admiración por la civilización y cultura de que están poseídos, comunicando sus impresiones a la Tierra por medio de la transmisión del pensamiento.—¡Léala usted!

¡INTERESANTE!

EL MONSTRUO QUE CAMINABA BAJO LA LLUVIA, *original de A. KLINE.—Dibujo de PAUL*

Nos presenta con un determinado proceso químico el crecimiento gigantesco de una Hidra común.

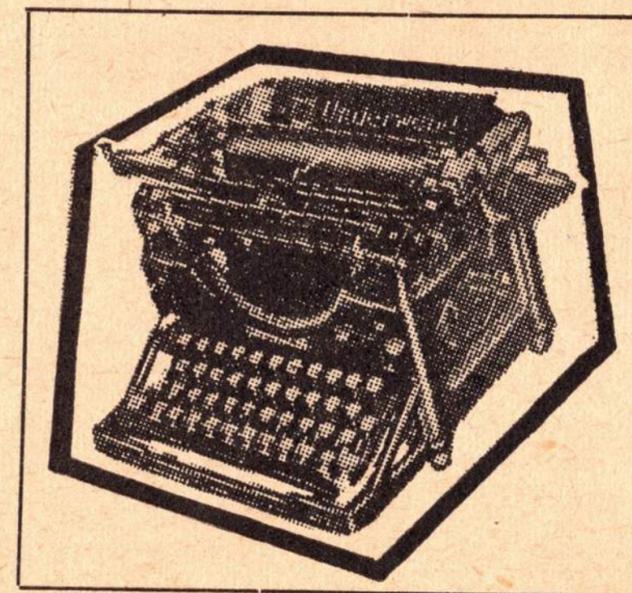
Diccionario Científico - Fantástico. De interés para el lector. Página 95

MÁQUINAS DE ESCRIBIR

RECONSTRUÍDAS EN

NORTEAMÉRICA

“UNDERWOOD”



CALIDAD

*

ÚTIL EN LA OFICINA

*

BAJO PRECIO

DURABILIDAD

*

NECESARIA EN EL HOGAR

*

MODERNISMO

“UNDERWOOD”

IGUAL QUE NUEVAS. — GARANTIZADAS POR TRES AÑOS.—

FACILIDADES DE PAGO

A. ARBIZÚ Y COMPANÍA

IMPORTADORES

647 - VICTORIA - 647 ☉ U. T. 33-3440 y 3456

1810-25 de Mayo-1937

*Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.*

Y sea dicho en honor y gloria de esta bandera. Muchas repúblicas la reconocen como salvadora, como auxiliar, como guía en la difícil tarea de emanciparse. Algunas, se fecundaron a su sombra; otras, brotaron de los jirones en que la lid la desgarró. Ningún territorio fué, sin embargo, añadido a su dominio; ningún pueblo absorbido en sus anchos pliegues; ninguna retribución exigida por los grandes sacrificios que nos impuso.

Hagamos fervientes votos por que, si a la consumación de los siglos el Supremo Hacedor llamase a las naciones de la tierra para pedirles cuenta del uso que hicieron de los dones que le deparó y del libre albedrío y la inteligencia con que dotó a sus criaturas, nuestra bandera, blanca y celeste, pueda ser todavía discernida entre el polvo de los pueblos en marcha, acaudillando cien millones de argentinos, hijos de nuestros hijos hasta la última generación, y deponiéndola sin mancha ante el solio del Altísimo, puedan mostrar todos los que la siguieron que en civilización, moral y cultura intelectual aspiraron sus padres a evidenciar que, en efecto, fué creado el hombre a imagen y semejanza de Dios.

SARMIENTO.

¡LOA A LA ARGENTINIDAD!



«Sus ojos descubrieron un gigante sentado en un trono de oro y nácar y pedrerías, en el que el oro era su base; ante el cual, arrodillados, se encontraban varios adeptos a ese misterioso y desconocido culto... ¡Acaso fuera el Señor de los Cinco Señores!»

LA CARA EN EL ABISMO

Supernovela científico - fantástica, cuya acción desarróllase íntegramente en una abrupta y misteriosa región del Perú.

Original de *Abraham Merritt*. Dibujos de *L. Paul*

He aquí una excelente novela del autor de *El CHARCO EN LA LUNA*, tan distinta y fascinante que el mismo lector se sentirá transportado a un mundo enteramente nuevo y diferente. La literatura, como de costumbre, es superior, y hay suficientes aventuras como para satisfacer al más apático.

Por otro lado, el tema de esta novela es tan original que ya hemos encargado a *A. Merritt* escribir una continuación, que oportunamente pondremos en conocimiento de nuestros lectores por intermedio de estas páginas. De cualquier manera, mucho estimaríamos que nos hicieran llegar sus pensamientos al respecto.

AFUERA DE LAS COLINAS MALDITAS

Han transcurrido ya tres años desde que conocí a Nicolás Graydon en la pequeña aldea andina de Chupán, emplazada arriba de la vertiente oriental de las alturas peruanas.

Me había detenido allí para renovar mis provisiones, esperando no demorarme más de dos o tres días; pero después que mis arrieros hubieron descargado mi equipaje de los dos burros, y entrado yo a la posada, excepcionalmente limpia y cómoda, el dueño me comunicó que otro norteamericano estaba parando allí y que estaría muy contento de verme, ya que se encontraba muy enfermo y no había otros americanos en el villorrio.

Tan enfermo se halla que, para decirme la verdad, estaba seguro que iba a morir, y sin duda le confortaría mucho tener un compatriota a su lado cuando ese triste momento llegara.

Esto es, añadió, si fuera capaz de reconocer a un compatriota, dado que, durante todo el tiempo que el señor había estado en la posada, los días los pasó delirando con la fiebre, y probablemente así seguiría hasta marchar al otro mundo.

Después, con una ansiedad curiosamente

intensa, me imploró que me quedara hasta su muerte, lo cual sería sólo asunto de pocos días, horas tal vez.

A mi vez le pregunté si su deseo de que yo me quedara era a solicitud de mi compatriota enfermo o por miedo personal. Después de una breve vacilación me contestó que era por ambas cosas a la vez.

El señor había llegado al villorrio una semana antes, con un burro y sin guías ni arrieros. Parecía muy débil, como consecuencia de privaciones o de un largo viaje; pero más débil aun por una herida en el cuello, que se había infectado peligrosamente. La herida parecía haber sido hecha por una flecha o una lanza. El señor fué curado tan bien como los limitados conocimientos del cura y de él mismo lo permitían. Su burro había sido cuidado y sus valijas guardadas y escrupulosamente cerradas. Pero yo bien podía comprender que algunas preguntas debían hacerse después de la muerte del señor. Si yo me quedaba podría informar a las autoridades que todo lo posible fué hecho para salvarle, y atestiguar que nadie en Chupán era responsable por sus heridas.

Esto no me pareció muy convincente y así se lo dije. Entonces el digno posadero reveló lo que en ese momento atenaceaba su cerebro.

—El señor—dijo—habló en su delirio

de cosas horribles, malditas y diabólicas a la vez.

¿Qué misterios eran?

Si yo me quedaba no lo dudaría, oyéndolas con mis propios oídos. Al cura mismo lo habían perturbado, y eso que estaba bajo la directa protección de Dios.

—El señor explicaba e indicaba en sus delirios un lugar maldito; nada menos—murmuró el posadero, santiguándose—la apartada cordillera de Carabaja, que todos saben que está poblada de malos espíritus. Sí, de malos espíritus, que no sueltan con tanta facilidad a los que una vez llegan y caen en sus garras.

En resumen: la idea parecía ser que algunos de estos demonios de la cordillera—acerca de los cuales, en realidad, estaba enterado por haber ya escuchado algunos extraños cuentos—podría venir en cualquier momento por el enfermo. Si así lo hacía, él estaría más dispuesto a descargar su furia sobre uno de los propios compatriotas del señor, especialmente si estaba en la misma habitación. Por supuesto que el posadero no me habló de esta manera; él afirmaba que uno de su propia gente era más calificado que cualquier extranjero para proteger al señor en tales casos. No obstante, la teoría era simplemente que yo, si me quedaba, actuaría como pararrayo contra cualquier viviente del infierno que lo quisiera matar.

Fuí a la habitación del enfermo. De primera vista me di cuenta que no me hallaba frente a un andarín o un vagabundo de las montañas. Ni la fiebre ni la ensortijada barba podían esconder la fineza, la sensibilidad y la inteligencia del rostro que estaba mirando.

Tendría, así me pareció, unos treinta años, y no cabía duda de que estaba enfermo. Su temperatura alcanzaba los 40 grados. En ese instante mismo era presa del delirio.

Mi primera sorpresa fué cuando examiné su herida. Me parecía más el picotazo de algún gran pájaro que la obra de una flecha o lanza. Era la pinchadura—o mejor dicho, quizá, un puntazo nítido—a través de los músculos de la espalda, del hombro izquierdo y de la base del cuello. Había errado las arterias de este último por muy escaso margen.

No conocía ningún pájaro que pudiera

hacer tal clase de herida, y cuando más cerca la observaba, más me probaba lo seguro que estaba de que no había sido inferida por armas humanas. Esa noche, después de haber arreglado mis cosas y de hacer dormir al enfermo con una inyección, abrí sus valijas.

Los papeles que encontré dentro me indicaron que su nombre era Nicolás Graydon, ingeniero de minas, graduado en School of Mines de Harvard. Su lugar de nacimiento: Filadelfia. Había un diario de su vida que lo revelaba a él, de una manera tal, que, de no haberme decidido ya a quedarme, lo hubiera hecho impelido por el mismo. Su última acotación databa de un mes atrás y decía:

* * *

«Hace dos semanas que nuestros arrieros nos abandonaron, y nos parece que nos hemos perdido. Los efectos sobre los tres son curiosos. Sterret se las arregló para mantenerse llanamente borracho todo el tiempo. Su flaco burro no debe estar cargado con otra cosa que con ese infernal brebaje de los indios. Dancre está irritable y hosco. Soames parece haber levantado sospechas sórdidas de todos nosotros. Es extraño: el páramo, la jungla y el desierto exponen nuestro verdadero carácter. En Quito ninguno de los tres éramos ni la mitad tan malos de lo que somos ahora. Pero ahora, bueno, lo mejor de mi suerte será que no encontremos el tesoro; si lo encontramos, mi cuello será, probablemente, el primero en ser cortado...»

* * *

Más abajo, en la valija, había dos saquitos, cada uno cuidadosamente envuelto. Abierto el primero encontré una larga pluma negra estrambóticamente marcada con blanco. No conocí la pluma como perteneciente a aves de especies clasificadas. Su tubo estaba incrustado con pequeñas bandas de oro formando un curioso y delicado trabajo de orfebrería.

Pero el contenido del segundo paquete me hizo paralizar de sorpresa. Era un brazalete de oro que claramente parecía ser sumamente antiguo. La banda era de una pulgada de ancho y se expandía en un disco ovalado de tres pulgadas, quizá, de largo,

por dos de ancho. Este disco tenía un alto-relieve, el más extraordinario trabajo de tallado que jamás yo haya visto. Cuatro monstruos sostenían entre sus garras una fuente, en la cual yacía enroscada una serpiente con cabeza y pechos de mujer.

Nunca había visto tanta sugestión de sabiduría y fantasía unidas como la que el orfebre había estampado sobre la cara de mujer de la serpiente. Y, a pesar de todo, no era esto lo que más colmó la medida de mi asombro; no. Hay ciertas pinturas, ciertas esculturas, ciertas obras de arte que llevan a los observadores la convicción de que ni la fantasía ni la imaginación entraron en su confección, sino que son cuidadosas, fieles copias de algo visto por los que las hicieron.

Este trozo de oro tallado llevaba esta convicción.

Los cuatro monstruos que sostenían la mujer serpiente eran... ¡dinosaurios! No existía error posible. Había estudiado muchas reconstrucciones hechas por los hombres de ciencia de los huesos fósiles de estas gigantescas monstruosas criaturas como para equivocarme. Pero se suponía que estos gigantes habían muerto millones de años antes que el primer hombre apareciera sobre la tierra.

Y ahí estaban tallados con tanta fidelidad de detalles, con tanta exactitud fotográfica, que era imposible creer que el prehistórico orfebre que hizo la joya no hubiera tenido vivientes modelos delante de sus ojos.

Maravillado, sostuve el brazalete más cerca de la luz y, mientras así lo hacía, me pareció que allá, muy lejos, en la obscuridad de las montañas y arriba, en el espacio, una débil nota de un cuerno de caza se oía nítidamente.

En ese sonido había algo profunda y extrañamente sobrenatural. Fuí a la ventana y escuché, pero el sonido no se repitió.

Me volví y encontré los ojos de Graydon abiertos y clavados en mí. Por un momento la fiebre desató su terrible garra, y la idea de que el maldito y diabólico cuerno era el causante de su despertar vino angustiosamente a mi pensamiento.

Transcurrieron seis semanas antes que pudiera poner a Graydon fuera de peligro,

y en ese tiempo me refería poco a poco sus casi increíbles experiencias entre las malditas montañas de la cordillera de Carabaja y el misterio que lo arrojara tan abajo en el valle de las sombras.

Tres años han pasado desde entonces.

Tres años que no sé nada de él.

Tres años y aun no ha vuelto de su viaje a la cordillera de Carabaja, adonde retornó en busca del misterio, más auténtico que la memoria humana, que él creía encontrar allí.

Pero más que nada... ¡Para buscar a Suarra!

* * *

—Si no tienes noticias mías en tres años, cuenta lo que sabes, y deja que la gente que me conoce sepa lo que ha pasado—me dijo, mientras lo despedía a la entrada de ese extraño sendero que él se había propuesto recorrer por segunda vez.

Y así lo referí, reconstruyendo de sus apuntes, como así también de sus confidencias, ya que sólo en esta forma se podía tener una medida exacta para juzgar esta historia.

SUARRA, LA DE LAS LANZAS DE ORO

Graydon se había topado con Sterret en Quito o, mejor dicho, fué Sterret quien lo descubrió allí.

A menudo había Graydon oído hablar del gran aventurero de la Costa Oeste, pero sus rastros nunca se cruzaron en su camino. Fué con viva curiosidad, entonces, que abrió la puerta de su habitación a su visitante.

Sterret le gustó bastante, aunque encontró una enhiesta derechura alrededor de este hombre grande, que le hacía aparentar una cierta crueldad en los ojos y un toque de brutalidad en la boca y en el mentón.

Sterret entró inmediatamente en materia.

—Sin duda, Graydon, habrá oído usted algo de la historia del tesoro que se pensara pagar a Pizarro por el rescate del inca Atahualpa, y que el asesinato de ese monarca había decidido a sus súbditos a en-

terror en un determinado y solitario lugar del Perú...

Graydon estaba perfectamente enterado y había escuchado cientos de veces hablar de ello, y, al igual que otros aventureros de los Andes, gastó algún tiempo en la búsqueda de esos incontables millones en joyas y oro.

Sterret concluyó:

—Yo sé cómo encontrarlo.

Y Graydon había reído. ¡Cuántos le afirmaron saber dónde yacía escondido el tesoro de Atahualpa, el Inca!

Pero al final Sterret lo convenció; lo convenció, a lo menos, de que fundamentalmente algo más sólido que de costumbre en la historia se vislumbraba y que decididamente valía la pena tomarlo en cuenta.

Otros dos hombres participarían en la expedición, le dijo Sterret. Ambos desde hacía mucho tiempo asociados a él. Uno era Dancre, un francés, y el otro un americano llamado Soames. Estos dos habían estado con Sterret cuando obtuvieron el viejo pergamino con el mapa de la patria del tesoro y sus signos cuidadosamente dibujados, copia fiel de las marcas que encontrarían a lo largo del camino, prolijamente grabadas, en el propósito de que sirvieran de guía a aquellos que algún día, cuando los españoles se retiraran, se decidieran a recobrar el tesoro escondido.

Graydon preguntó para qué lo querían.

Sterret, esquivamente, le contestó:

—Porque es usted americano; porque lo sé un hombre en quien se puede confiar y porque podría pagar la mitad de los gastos de la expedición.

Él, Dancre y Soames juntarían la otra mitad.

Si el tesoro era encontrado, se lo repartirían en partes iguales. Había otra razón también: Graydon era ingeniero de minas y sus especiales conocimientos serían esenciales cuando llegara el momento de recobrar el tesoro.

De cualquier manera, si fracasaban, la región adonde ellos irían estaba llena de minerales. Él podría en este caso hallar algún valioso depósito, de cuyo encuentro todo se repartiría, igual que en lo convenido del tesoro.

Graydon no tenía ocupación fija por

ese tiempo ni dinero suficiente como para costear los gastos. Por mal que le fuera, tendría, por lo menos, aventuras y agradables excitaciones.

Posteriormente fué presentado a Dancre y a Soames, el primero un cínico raro, entretenido manojito de nervios, y el segundo, un largo, delgado, melancólico y taciturno yanqui.

De común acuerdo, ya reunidos, fueron por tren a Cerro de Pasco, a comprar los equipos, porque era la única ciudad de cierta importancia que se hallaba cerca del lugar, de acuerdo con el mapa, en donde el camino al desierto empezaba.

Una semana más tarde, con varios burros y sus arrieros, se encontraron muy internados en un laberinto de montañas, entre las cuales el mapa situaba el camino de la Fortuna, un intrincado y misterioso sendero.

Descubrieron las marcas picadas en las rocas, tal cual el pergamino lo indicaba. Con el espíritu alegre y anticipadamente pródigos—tres de ellos hacían gastos a cuenta de sus participaciones en el tesoro,—siguieron las marcas y, poco a poco, fueron llevados a lugares no señalados en el mapa.

Al fin los arrieros empezaron a murmurar. Se estaban aproximando, decían, a una región maldita: la cordillera de Carabaja, poblada de demonios, y donde sólo los fieros aymarás, sus siervos, vivían.

Con promesas y ruegos consiguieron retenerlos algún tiempo más; pero una mañana, al despertar, los cuatro descubrieron que los arrieros se habían fugado, y junto con ellos la mitad de los burros y una parte de las provisiones.

Continuaron adelante la marcha. Entonces, repentinamente, los signos dejaron de aparecer. Habían perdido el rastro o terminaban los signos tallados y, en consecuencia, el viejo pergamino que hasta aquí los guiara tan fielmente fallaba a la postre. ¿Sería posible que las marcas hubieran sido adulteradas?... ¿O borradas?...

La región en la cual se encontraban internados era un desierto por demás extraño. No vieron rastros de indios, salvo el día en que se detuvieron en una aldea quichua, una semana atrás, en que Sterret

se tomó una terrible borrachera, causada por esa ardiente bebida que los indios preparaban.

Tropezaban también con la dificultad de procurarse alimentos en esa vasta y aterradora llanura, en donde las aves y animales mayores escaseaban de por sí y, para colmo, eran extremadamente asustadizos.

Pero lo más angustioso fué el cambio que se operaba en sus compañeros. Así como había sido grande la seguridad que tenían en triunfar, grande era también el desaliento, que los arrastraba a la desesperación. El desierto, con su magnificencia mortal, la desilusión, había expuesto el verdadero hombre que permanece escondido debajo de esa aparente capa de bondad que todos llevamos.

Sterret se mantenía en un continuo estado de embriaguez, alternativamente pendenciero y barullero.

Hundido en un humor hosco y embargado de una brutal rabia, Dancre se mantenía silencioso e irritable.

Soames parecía haber llegado a la conclusión de que Graydon, Sterret y el francés se combinaron en contra de él; que ellos habían perdido deliberadamente el rastro o desfigurado las marcas.

Sólo cuando los dos se reunían con Sterret y bebían con él de su infernal brebaje quichua, se calmaban. En tales momentos Graydon tenía el intranquilo sentimiento de que su vida pendía de un hilo.

El día que realmente su aventura empezó, el más extraño suceso, comparado con el resto de todo lo que sucedería, no fué sino un prelude.

Graydon volvía al campamento después de haber estado cazando desde la mañana.

Dancre y Soames habían salido juntos, pero no en procura de alimentos, sino en una empresa desesperada: en busca de los perdidos signos que debían conducirlos a la pista del tesoro anhelado.

De pronto, en la quietud de ese vasto desierto arenoso, el grito de una mujer llegó a sus oídos como una respuesta a todas sus aprehensiones, en la materialización de una amenaza que sus vagos temores presentían desde el instante que Sterret quedara solo en el campamento horas atrás.

Ahogábale la sensación de una culmi-

nante desgracia, y aquí se le presentaba...

¡Lo sabía!... ¿Cómo?... No se detuvo a preguntárselo; estaba bien seguro. Rompió a correr, deslizándose por el declive, hacia el grupo de algarrobos donde la tienda se levantaba.

¿Qué había hecho ese estúpido de borracho?

Graydon le tenía advertido los peligros de la situación. Si los indios venían, ellos deberían tratar de granjearse sus simpatías, cuidando en ser superlativamente atentos, preferentemente con las mujeres.

Velozmente llegó a los algarrobos y atravesó la poca maleza que lo separaba del claro. Le extrañaba por qué la mujer no clamara por segunda vez en procura de auxilio.

Sentía aprehensión en el corazón.

Una risita ahogada rasgó sus oídos, una risita grosera y satírica, y después la voz de Sterret, cruel, sardónica:

—No más pelea ¿eh?... ¡Bueno! ¿Qué será mejor, preciosa: el oro o tú?... ¡Y por Dios, me parece que tú... primero!...

Graydon se detuvo por un instante; observó fijamente a Sterret. Vió al hombre que, a medio inclinar, sostenía a la mujer doblada sobre una rodilla.

Uno de sus macizos brazos lo tenía pasado alrededor del cuello, apretando brutalmente la boca con sus inmundos dedos, para silenciarla. Su mano derecha cerraba sus elegantes caderas y sus rodillas estaban cogidas con la pierna derecha de Sterret.

Ella se encontraba indefensa, pero, mientras Graydon saltaba adelante, alcanzó a ver que dos rasgados y negros ojos, desafiantes y saturados de rabia, fieramente sostenían la mirada burlona de Sterret, frente a los de ella.

Graydon agarró a Sterret por los cabellos y, cerrando un brazo bajo su barbilla, echó su cabeza rudamente hacia atrás.

—¡Suéltela! ¡Suéltela!—exclamó fuertemente.—¡Suéltela, rápido!...

Sterret giró sobre sus pies, dando libertad a la mujer, mientras se enderezaba.

—¿Qué diablos se está metiendo en lo que no le importa?—gruñó, mientras su mano se dirigía rápido a la funda de la pistola.

Pero, cuando sus dedos se cerraban alrededor de la culata, el puño de Graydon

cayó como un rayo sobre el mentón de Sterret.

Los dedos se aflojaron, la pistola, ya a mitad de camino, rodó al suelo, el gigantesco cuerpo se estremeció, desplomándose blandamente.

Mucho antes que cayera Sterret, la mujer había desaparecido. Graydon la buscó inútilmente.

Se había ido, sin duda, a pedir venganza a su gente—y muy posible fuera de la fiera raza de los aymarás que los viejos incas no alcanzaron a conquistar ni a someter mansamente—para que la vengaran en una manera, quizá, que a Graydon no le agradaba pensar y menos presenciar.

Se inclinó sobre Sterret. Su corazón latía débilmente, era verdad, pero latía.

El aliento impregnado de bebida era nauseabundo. La mano de Graydon tocó la pistola. La levantó y miró especialmente el rifle del hombre caído.

Comprendió que, entre el golpe recibido y la bebida, estaría inconsciente durante algunas horas.

Deseaba que Dancre y Soames volvieran pronto al campamento. Por lo menos los tres juntos podrían sostener mejor una lucha y aun fácilmente solucionar el asunto o, contrariamente, la oportunidad de huir. De este modo analizaba, pero era preciso que Dancre y Soames retornaran a la brevedad.

La mujer no tardaría en volver junto con sus vengadores, y quién sabe si en ese angustioso instante no estaría refiriendo lo sucedido... Se volvió.

Ella estaba ahí, mirándole.

Y, embriagándose en su hermosura, Graydon se olvidó de Sterret caído a sus pies, olvidó el pasado, todo el presente y se sintió inmensamente feliz, dejando su alma libre para admirar a esos ojos que lo observaban tan profundamente.

Su epidermis era del más pálido marfil. Relucía translúcida a través de los rasgos de la suave y ambarina tela, como la más espesa seda, que la envolvía. Sus ojos eran dos profundas y aterciopeladas lagunas, ovales y un poco inclinados, egipcios en la negra medianoche de sus iris. Pero las facciones eran clásicas: la nariz pequeña y derecha, las cejas parejas y negras. Sus cabellos azabache intenso, vaporoso y

ensombrecido, y una estrecha cinta de oro ceñía su ancha frente.

En la cinta, como si fuera un diamante, estaban entrelazadas las negras y plateadas plumas del «caraquenque», esa ave cuyo plumaje, en perdidas centurias, era sagrado para las princesas de los incas solamente. Arriba de sus codos, dos brazaletes de oro se enroscaban, alcanzando casi hasta los hombros. Los pequeños y hermosos pies estaban calzados con altos borceguíes de piel de ciervo.

Era ligera y delgada como la «Dama del Sauce» que espera a su príncipe desconocido, cuando vibra al conjuro de los árboles, para volcarles nuevo fuego de vida verde; al igual de la «Dama del Sauce», el verde influjo de los árboles y de los bosques, y llamas de mujer temblando en todo ese bello ser. Nada tan exquisito, tan hermoso había visto Graydon. No era ni aymarás, ni hija de las tribus de la cordillera, ni descendiente de los incas, como tampoco española.

En sus mejillas se observaban moretones; las marcas de los crueles dedos de Sterret. Sus largas y delicadas manos los palpaban.

Los labios rojos se separaron y ella habló, en la lengua de los aymarás.

—¿Está muerto?—preguntó, interesada. Su voz, de tono bajo, era como el suave tañir de pequeñas campanillas.

—No—contestó Graydon.

En la profundidad de sus negros ojos una llanita ardiente se encendió. Graydon hubiera jurado que era de alegría; pero se desvaneció tan rápido como se dibujara.

—¡Mejor así!—dijo ella.—No me satisfacería que estuviera muerto...

Su voz se volvió meditativa.

—¡So!...—murmuró quedamente.

—¿Quién es usted?—preguntó maravillado Graydon.

Ella lo miró un largo rato enigmáticamente.

—Llámeme Suarra—respondió al fin.

Sterret se movió gruñendo. La muchacha clavó en él un instante los ojos y su delicada mano tocó una vez más los moretones de sus mejillas.

—¡Él es muy fuerte!—murmuró.

Graydon creyó notar admiración en sus palabras. Se preguntaba si toda esa delica-

da y deliciosa belleza no era, después de todo, nada más que una máscara ocultando una mujer primitiva que adoraba la fuerza bruta. Miró los ojos que escudriñaban el volumen de Sterret y observó la transformación que se operaba en ellos, comprendiendo instintivamente que, cualquiera que resultara la razón de su comentario, de ninguna manera afirmaba que su fugaz idea él había sugerido.

Ella lo miró inquisitoriamente.

—¿Es su enemigo?—preguntó.

—No—dijo Graydon,—viajamos juntos.

—¿Y entonces por qué le hizo eso?—dijo, señalando el cuerpo extendido—¿Por qué no lo dejó tranquilo?...

Graydon se sonrojó nerviosamente. La pregunta, con toda su sutil indiferencia, era incisiva. ¿Qué clase de bestia creería ella que era él? Defenderla elementalmente.

De igual manera podría pedirle explicaciones del porqué no se había hecho a un lado para observar ociosamente mientras una niña era asesinada.

—¿Quién se cree que soy?—contestó Graydon, tembloroso y con velada rabia—¡Ningún hombre civilizado permitiría continuara este borracho cometiendo ese atropello!...

Ella lo miró curiosamente, transluciendo su mirada un rápido relámpago de suavidad.

—¿No?—preguntó — ¿Ningún hombre permitiría lo que hizo, verdad?... Entonces, ése, ¿qué es?...

Graydon no encontró respuesta. Ella se acercó un paso, marcando de nuevo con sus largos dedos los moretones de sus mejillas.

—¿No teme usted?—continuó—¿No tiembla a la idea del porqué no llamo a mi gente para que le den el castigo que se ha merecido?...

—¡Sí que me admiro!—La perplejidad de Graydon era franca—¡Sí, por supuesto! ¿Por qué no los llama si están lo suficientemente cerca para oírlos?

—¿Y qué haría usted si ellos vinieran?—murmuró ella.

—No les permitiría que se lo llevaran... ¡vivo!—contestó Graydon.

—Quizá...—replicó la joven, despaciosamente—Quizá, sabiéndolo yo... sea la razón de mi silencio.

Repentinamente la mujercita sonrió... y su sonrisa fué como una corriente de dulce zumo salvaje que mojara sus rojos y frescos labios.

Graydon avanzó un rápido paso hacia ella, pero la joven se estiró sobre su delicada y flexible estatura y alargó su mano en advertencia.

—¡Yo soy Suarra!—dijo, calló brevemente y continuó:—¡Y soy también... la Muerte!...

Un singular escalofrío sintió Graydon. Nuevamente se hizo cargo de su extraña y poco común belleza. Después de todo... ¿Resultaría verídica la profesía en todas las leyendas de la cordillera maldita?... Nunca había dudado de lo cierto que se encerraba en el temor de los indios y en la deserción de los arrieros. ¿Era ella uno de los espíritus de esas montañas? ¿Uno de sus demonios?... Por un instante la fantasía cabalgó desordenadamente. Luego volvió la fría realidad con la razón martillando en el cerebro. ¡Qué esa muchacha fuera un demonio!... Graydon rompió a reír. Ella frunció el entrecejo.

—¡No se ría!—dijo.—La muerte que yo advierto no es la misma que la que usted conoce más allá del alto cerco de nuestras tierras. Es la muerte que no sólo destruye el cuerpo, sino también al Señor, cuyo castillo es el cuerpo, ése que mira a través de las ventanas de sus ojos: el espíritu... ¡Su propio Yo!... que nunca perece... Eso también nuestra muerte lo destruye; la corriente lo desintegra en algo que nunca existe. Si por casualidad le perdona; lo transforma en espantosas deformaciones. Entonces, porque usted llegó en mi socorro... y más que nada, porque siento en usted algo extraño que me atrae y que yo debo escuchar, que verdaderamente deseo escuchar... por todo esto es que quiero que la muerte no lo toque.

Extrañas y terroríficas como eran sus palabras, Graydon apenas si las oía. Ciertamente, todavía no se había dado cuenta cabal de su significado, perdido como estaba en medio de su asombro.

¿Qué misterio rodeaba a esa muchacha, aquí, entre salvajes montañas, enojada con brazaletes de oro y con plumas de los reales incas sobre su preciosa cabeza?...

¿Demonio del desierto era ella?... ¡Absurdos pensamientos!

La joven vivía, era deseable, era humana...

Y, sin embargo, no pertenecía a raza alguna que él conociera. Aunque usaba plumas de «caraquenque», no era descendiente de incas.

Pero denotaba que era de sangre pura, de pura sangre de reyes... Quizá alguna princesa de algún orgulloso imperio inmemorial, terriblemente antiguo y desaparecido en el polvo de los siglos muertos.

¿Pero qué imperio?... La voz de la muchacha rompió el breve y angustioso silencio de entrambos.

—¿Cómo no fueron vistos por los centinelas apostados en los lugares estratégicos? ¡No lo sabemos! ¿Cómo se ingeniaron para burlar esa consigna? ¡No lo sabemos! Y por último, ¿cómo llegaron dentro y tan lejos en estas tierras prohibidas?... ¡Cuénteme su historia!

La voz de la joven se tornó imperativa, terminando:

—¿Qué han venido a buscar ustedes aquí?...

Graydon se excitó. Su pregunta era perentoria; orden que no dilataba la respuesta.

—Venimos desde muy lejos—dijo fríamente,—sobre la pista de un gran tesoro en oro y piedras preciosas, el tesoro de Atahualpa, el Inca.

» Ciertas marcas nos guiaron y nos trajeron hasta aquí. En este lugar las perdimos y notamos que nosotros también nos habíamos extraviado.

—¡Atahualpa!—musitó ella—Sí, es verdad, su gente llegó hasta estos lugares... ¡Aquí!, y los atrapamos, junto con el tesoro...

Graydon la miró, abriendo la boca atónitamente.

—¡Ustedes!... ¡Ustedes los detuvieron junto con el tesoro!... ¿Verdad?—no pudo menos que exclamar.

—Sí—asintió ella indiferente,—yace en algún sitio de una de las trece cavernas. No significa nada para nosotros, los de Yutlanchi, donde los tesoros se encuentran como las arenas en el lecho de un río. Un grano de arena entre muchos. Pero la gente de Atahualpa fué bienvenida, desde que

nosotros necesitábamos hombres nuevos para cuidar a Xinli y alimentar la sabiduría de la Madre Serpiente.

—¡La Madre Serpiente!—dijo Graydon.

La joven señaló el brazaletes de su brazo derecho y Graydon, acercándose, vió que ese brazaletes sostenía un disco en el cual estaba tallada una serpiente con cabeza, pechos y brazos de mujer. Yacía enroscada en una gran fuente sostenida de lo alto por las garras de cuatro animales. De la forma de éstos no tuvo conciencia, tan absorto estaba en el estudio de la figura enroscada.

Pero entonces observó que eso no era en realidad el rostro de una mujer, sino el de un reptil; pero tan fuertemente feminizado por el artista, que realizaba la sugestión de ese sexo modelado en cada línea, que constantemente los ojos la veían como una mujer, olvidando que tal cosa no existía, sino una simple serpiente.

Los ojos eran pequeños, brillantes y de piedras intensamente púrpuras. Y mientras Graydon los definía, tenía la sensación que esos ojos vivían, que desde muy lejos, muy distante, algo viviente lo miraba a través de algo o alguien...

Repentinamente apartó la vista y retrocedió confuso.

La muchacha estaba tocando uno de los animales que sostenían la fuente, o escudo, que contenía la mujer serpiente.

—¡Xinli!—murmuró ella.

Graydon observó y sintió crecer su asombro.

Había reconocido qué animales eran esos y, reconociéndolos, supo que estaba palpano lo increíble. Eran dinosaurios. Esos gigantes y grotescos monstruos que reinaban sobre la tierra millones de años pasados y que, por regla biológica, se habían extinguido de sobre el planeta, según afirmaban los grandes libros científicos, pues de otro modo la especie humana jamás hubiera asentado el pie, desarrollándose, para al correr de los siglos alcanzar el cetro de amo absoluto de este mundo. ¿Quién, en este desierto andino, podía jactarse de haber conocido a los dinosaurios?... ¿Quién pudo decir: he tallado esos monstruos con tanta viveza de detalles?... ¿Cómo, si sólo era para la ciencia fugaz descubrimiento en la comprobación

de esos enormes huesos fósiles, enterrados desde hacía millones de años en un lecho de rocas que modelaron a su alrededor en diamantina matriz? . . . Y laboriosamente, echando mano a todos los recursos modernos, había la ciencia juntado esos huesos, como un niño reconstruyera un rompecabezas, y tímidamente dió a luz lo que ella creía ser reconstrucciones de esas esfumadas quimeras de las pesadillas de la juventud terrestre. . .

Y he aquí que, lejos de todo contacto con la ciencia, alguien primorosamente modela esos mismos monstruos para el brazalete de una mujer. De aquí que, en consecuencia, quienquiera que lo hubiera hecho debía haber tenido la viviente forma como modelo, o, si no, copias de ellos registrados fielmente por prehistóricos hombres que los pudieran haber visto. De una u otra manera, ambas cosas parecían increíbles.

¿A qué especie y clase de seres humanos pertenecía esta muchacha?

Acaso fuera un pueblo científicamente superior al del resto del planeta, que ella atestiguaba con las palabras dichas: «Poder omnipotente para destruir la materia, desintegrarla y transformar el alma en terribles deformaciones.»

Ella había pronunciado un nombre: Yu-Atlanchi.

—Suarra—dijo Graydon,—¿dónde está Yu-Atlanchi? ¿En este lugar donde nos encontramos nosotros?

—¿Este?—y la joven sonrió—¡No! Yu-Atlanchi es el país antiguo. La tierra escondida donde los Cinco Señores y el Señor de los Señores reinaron y donde ahora manda el Señor del Destino y el Señor de la Locura y la Madre Serpiente. ¿Yu-Atlanchi este sitio?—rió graciosamente—A menudo venimos aquí a cazar con Xinli y el . . . el . . . —ella hesitó, mirándolo singularmente, luego continuó:

—Y así fué como él me agarró—dijo, señalando a Sterret.—Estaba cazando. Me había apartado de mi . . . de mi—y de nuevo hesitó tan singularmente como antes—de mis compañeros, porque a veces me gusta cazar sola, vagar sola. Atravesé estos árboles y vi su «tetuane», su tienda. Me enfrenté cara a cara con él. Y me asombré, estaba muy confusa de encontrarme

con uno de estos—y señaló un pequeño otero a algunos pasos de distancia,—y así, antes que pudiera recobrar me de mi asombro, él me dominó, me sofocó y entonces vino usted.

Graydon se fijó en el lugar que ella había señalado.

Allí, sobre el suelo, yacían tres finas y brillantes lanzas. Las cañas eran de oro y las astas de dos de ellas grandes y finísimos ópalos. Pero la tercera era una maravillosa esmeralda, translúcida y de una sola pieza de seis pulgadas de largo y de tres en su mayor anchura; tallada en bordes cortantes que terriblemente lastimarían, terminando en agudísima punta.

Y ahí, arrojada al descuido, estaba esa inapreciable joya coronando una lanza de oro. Un fugaz pánico conmovió a Graydon. Se había olvidado de Soames y Dancre. Suponiendo que retornaran mientras la joven estaba con él. . . Ella, con sus maravillosos ornamentos de oro, sus hermosas lanzas y . . . ¡su belleza! . . . Ciertamente, ya se imaginaba lo que iba a suceder, como también presentía el desenlace que aparejaría lo inevitable, con su voluntad y fuerza pereciendo por ella, aun cuando los otros dos eran astutos y estaban bien armados contra él solo.

Repentinamente desestimó la leyenda del país escondido, con sus Señores, la Madre Serpiente y con su pueblo dominador de la muerte en misteriosas y no comunes transformaciones.

Si así fuera, ¿por qué la joven había venido sola a estos algarrobos? . . . ¿Por qué seguía estando como abandonada en el inmenso desierto? . . . No encontró en ella más que a una salvaje y bella mujer, hablando locas fantasías.

—Suarra—dijo,—usted debe marcharse y rápido. Este hombre y yo no estamos solos. Hay dos más y quizá estén muy cerca. Recoja sus lanzas y váyase rápido. Temo que mis fuerzas no sean lo suficiente poderosas como para defenderla. . .

—¿Usted cree que soy? . . . —empezó la joven.

—Le ordeno que se vaya—le interrumpió Graydon.—Quienquiera que usted sea, retírese de este lugar; mañana trataré de irme con mis hombres. Si tiene gente armada y lista para pelear por usted, bue-

no . . . llámelos si así lo desea. Pero ahora agarre sus lanzas y retírese.

Ella se acercó al pequeño otero y lentamente recogió las lanzas. Alargó la que sostenía la esmeralda a Graydon, diciéndole:

—Esta para que recuerde . . . a Suarra—susurró.

—¡No! . . . —gimió Graydon, rechazándola—¡No! . . . ¡Eso sí que nunca!

Sabía que ese obsequio originaría, una vez que los otros hubieran visto y palpado la joya, la ambición desenfrenada, que los obligaría a no retroceder por nada en el mundo. . . ¡Si pudiera hallar la pista de nuevo! . . . Por supuesto, Sterret la había visto; pero, de cualquier manera, no era lo mismo que tenerla en el campamento, donde constantemente su presencia aguijonearía en Soames y Dancre la codicia por las limitadas riquezas que estaban a su alcance. Por otro lado, no reteniéndola, estaría en mejores condiciones de convencerlos de que la historia de Sterret no era más que el sueño de un borracho.

La muchacha lo observaba meditativamente, con un vivo interés en sus aterciopelados ojos. Arrancó los brazaletes de oro de sus brazos y se los ofreció junto con las tres lanzas.

—¿Quiere usted poseerlos . . . y abandonar a sus compañeros?—preguntó—Aquí tiene oro y piedras preciosas. Son lo que tanto está buscando. ¡Un tesoro! Tómelos, tómelos y váyase; deje a este hombre y a los otros dos. Consienta . . . y no sólo le daré esto, sino que le indicaré el camino que lo llevará lejos de estas tierras prohibidas. . .

Por un momento Graydon hesitó. La esmeralda sola valía una fortuna. . . y después de todo, ¿qué lealtad le retenía a Sterret, a Soames y a Dancre? Por otra parte, Sterret tenía toda la culpa de lo que sucedía.

No obstante, ellos eran compañeros y deliberadamente había entrado con ellos en la aventura.

Tuvo una fugaz visión de sí mismo, huyendo con este brillante botín de oro, arrastrándose en busca de la salvación, dejándolos, mientras tanto, desprevenidos, sin recursos para encontrar . . . ¿qué? Peligros, ciertamente, y más ciertamente aun la

muerte. Porque cualquiera que fuera el actual peligro de esta muchacha en las manos de sus compañeros, subconscientemente Graydon sabía que no podía durar mucho tiempo, pues si se había atrevido a entrar en el campamento, era porque en determinado y cercano sitio estarían aquellos que la buscarían cuando ella se encontrara perdida, y contra los cuales tres hombres solos, por muy bien pertrechados que estuvieran, nada podrían hacer, más que morir matando.

Definitivamente, arrancó la idea de verse huyendo del peligro, por muy grande que fuera.

—¡No!—dijo al fin—Esos hombres son de mi misma raza. Cualquier peligro que se cruce en el camino lo enfrentaré con ellos y los ayudaré a pelear. ¡Por última vez, ruégole que se retire! . . .

—Por mi causa usted hubiera peleado con ellos, como hizo—dijo la joven, perpleja.—¿Por qué entonces se une a ellos, cuando puede salvarse e irse libremente con el tesoro? Y si no quiere hacer esto, ¿por qué me deja marchar, sabiendo que si me retiene prisionera o . . . ¡me matará! yo no podría arrojar mi gente sobre ustedes? . . .

Graydon se rió de buena gana.

—¡No les permitiría que la tocaran, por supuesto—contestó,—y temo hacerla mi prisionera porque no podría evitar que una desgracia le sucediera. ¡Y no huiré! De manera que no hable más y ¡váyase! . . .

Ella arrojó las relucientes lanzas al suelo, se colocó de nuevo los brazaletes en sus brazos y extendió sus manos hacia él.

—¡Ahora!—gritó—¡Ahora, por la sabiduría de la Madre Serpiente, por los Cinco Señores y por el Señor de los Señores, le salvaré, si puedo! Todo lo que le dije fué para tentarlo, para tener una prueba de la verdad que yo esperaba, y ahora sé los sentimientos que anidan en usted. ¡Usted puede volver, pero los otros no! . . . ¡He aquí el poder de Yu-Atlanchi! En ese poder usted se ha extraviado, y nadie que se haya extraviado jamás ha escapado. . . Pero yo lo salvaré . . . si puedo. . .

Antes que Graydon alcanzara a responder, oyó un sonido de cuerno de caza lejos, muy distante, fingiendo provenir desde las

altas y lejanas nubes, dibujando sus masas coloreantes en el poniente.

Débilmente fué contestado por otros toques más cercanos; aun más cercanos eran un dejo de notas tiernas. Tan extremadamente extrañas resultaban ellas, que hicieron sutilmente refrenar los latidos del corazón de Graydon.

—¡Ya vienen mis compañeros!—dijo ella—Encienda el fuego esta noche y duerma sin miedo. . . Pero no cruce más allá de estos árboles. . .

—¡Suarra!—gritó Graydon.

—¡Silencio ahora!—advirtió la joven—Silencio hasta que yo me haya ido.

Los llamados del cuerno sonaron muy próximos. Suarra se apartó de su lado y desapareció entre los árboles.

Desde la pequeña loma que dominaba el campamento, Graydon escuchó su voz elevada a un claro y argentino llamado. A este grito sucedió un tumulto de notas a su alrededor, endiabladamente perturbadoras. Luego la quietud más completa.

Graydon permaneció escuchando. El sol besaba en ese instante los majestuosos y nevados picos hacia los cuales miraba, revisiéndolos de un ropaje de oro fundido. Las amatistas sombras que formaban pliegues a sus costados se esfumaron y, ondulando, se esparcieron rápidamente sobre la región.

Graydon todavía permaneció escuchando, con la respiración en suspenso.

Lejos, muy lejos, los cuernos sonaron otra vez; un débil eco del tumulto que había envuelto a Suarra.

El sol se escondió detrás de los picos. Los bordes de sus heladas mantas resplandecían como si hubieran diamantes oscureciendo en una hilera de rubíes. Los dorados campos se apagaban en sombras amarillas, dando paso a un llameante rosa, hasta esfumarse en un fantástico plateado, brillante como las trenzas de nubes que jugueteaban en el cielo. Abajo, sobre el grupo de algarrobos, el breve crepúsculo andino envolvió todo. . . Y no fué sino hasta ese momento que Graydon, estremeciéndose con un repentino e inexplicable terror, se hizo cargo que, más allá de los llamados de los cuernos de caza y del argentino grito de la joven, no había escuchado otro sonido, ni el ruido de hombre

o bestia, ni el murmullo de los árboles u hojas barridas por el viento, ni una caída o pisada, ni el clamor de la caza.

¡Nada más que el tierno coro de cuernos!

Le parecía que desde una infinita distancia oía una única nota, sostenida e insistente, que se destacaba en el silencio. Llegaba hasta él con la velocidad de la luz, girando vestiginosamente sobre su cabeza, revoloteando y precipitándose en el espacio como una flecha, levantándose y fugándose, como un alado sonido imantado en un mensaje, transmitiendo una advertencia. . . ¿A dónde?

LOS OJOS DE LA MADRE SERPIENTE

Graydon se volvió. Se inclinó sobre Sterret, quien había salido de la parálisis del golpe para caer en un sopor de embriaguez. Sus mejillas estaban cruzadas con profundos arañazos, las marcas de las uñas de Suarra. La mandíbula se había hinchado fuertemente en el lugar donde la había golpeado. Graydon lo arrastró hasta la tienda, le deslizó una bolsa debajo de su cabeza y lo cubrió con una manta. Después salió y encendió el fuego.

Minutos hacía que se encontraba preparando la cena, cuando a sus oídos llegaron nítidamente de entre la maleza pausadas pisadas. Pronto Soames y Dancre aparecieron fuera de los árboles.

—¿Encontraron nuevas marcas del tesoro en el terreno?—les preguntó.

—¿Marcas? . . . ¡Diablo! . . . ¡Ninguna!—gruñó el americano, y continuó:—Eh, Graydon, ¿escuchó usted una serie de sonidos emitidos por un viejo cuerno? . . . Parecían estar por acá, muy cerca del campamento. . . ¿Un montón de diablos metidos dentro de él?

Graydon movió la cabeza abstraídamente. Súbitamente se dió cuenta que debía referir a estos hombres lo que había pasado, advertirles del peligro que corrían y aprestarlos para que se defendieran. Pero, ¿hasta dónde estaba obligado a extenderse en la historia?

Toda, sin omitir el más pequeño detalle.

¿Debería contarles, sin exaltamiento, de

la belleza de Suarra, de sus ornamentos de oro, de las áureas lanzas con astas de piedras preciosas? ¿Explicarles, sin ambages, lo que ella dijera referente al tesoro de Atahualpa y del prehistórico Yu-Atlanchi, en donde las inapreciables gemas yacían en tanta cantidad «como las arenas en el lecho de un río»?

Bien comprendía que si les contaba toda la verdad no sería posible entrar en razones con ellos. Pero un deber de primordial humanidad de raza tenía ante su conciencia y, necesariamente, si quería tenerlos preparados para el asalto, que ciertamente preveía para la madrugada, sólo restaba explicarles el misterio de la joven Suarra. Pronto iban a saberlo a través de Sterret, en cuanto éste despertara.

Oyó una exclamación de Dancre, que había entrado en la tienda; lo vió salir y, enderezándose, enfrentó al nervioso francés.

—¿Qué ha sucedido con Sterret?—demandó—Primero pensé que estaba borracho, pero después que lo examiné vi que estaba arañado como por un gato salvaje y que tiene un chichón en la mandíbula, grande como una naranja. . . ¿Qué pasó con Sterret, eh?

Graydon se decidió a confesar lo acaecido.

—Dancre y Soames—dijo:—estamos en una situación difícil. Cuando regresé de cazar, hace menos de una hora, vi a Sterret tratando de abrazar a una muchacha desconocida. Eso es lo peor que pudiera haber hecho en estos lugares, ustedes bien lo saben. Tuve que desmayarlo para poder librar a la muchacha de él. Probablemente su gente caerá sobre nosotros en la madrugada y es inútil tratar de escapar. Nos hallarían pronto en este desierto que no conocemos. Este lugar es tan bueno como cualquier otro para hacerles frente, y si tenemos que luchar es mejor que empleemos el tiempo que aun resta en prepararnos durante la noche, de manera que estemos listos para el momento del ataque sorpresivo.

—¿Una muchacha, eh?—dijo Dancre asombrado—¿Qué tal era? . . . ¿De dónde vino? . . . ¿Cómo huyó? . . .

Graydon eligió está última pregunta para contestar.

—Yo la dejé—contestó.

—¿Usted la dejó marchar?—masculló Soames—¿Por qué diablos hizo eso, hombre? ¿Por qué no la ató? La podríamos haber tenido como rehén, para negociarla cuando ese montón de condenados indios sucios aparecieran. . .

—No era una india, Soames—empezó Graydon, después hesitó y nerviosamente exhaló un largo suspiro.

—Usted querrá decir que era una blanca. . . Una española—interrumpió Dancre incrédulo.

—¡No! . . . ¡No! . . . Tampoco era española. Era una blanca, sí, tan blanca como cualquiera de nosotros. Yo no sé lo que era—contestó Graydon.

Dancre y Soames se miraron estupefactos. Luego cruzaron miradas de inteligencia entre ambos.

—Hay algo que no entiendo en este maldito lío—al fin refunfuñó Soames.—Lo que quisiera saber es por qué la dejó ir, quienquiera que fuera ella. . .

—Porque me pareció que obrando así tendríamos mejor ocasión de salvarnos.

En Graydon la rabia se estaba desatando lentamente.

—Quiero prevenirles a ustedes dos que nos vamos a tener que ver con algo terriblemente malo, con algo de lo cual no sabemos absolutamente nada, y hemos conseguido una oportunidad de escaparnos de este laberinto; situación que no hubiera sucedido reteniendo por la fuerza a la misteriosa muchacha.

Se calló. Dancre se había inclinado, recogiendo un extraño objeto del suelo, que relucía amarillo a la luz del fuego. Después codeó al flaco americano.

—Aquí suceden hechos extraordinarios—dijo.—Mira esto—y le alcanzó el objeto brillante.

Graydon vió que era un fino brazalete de oro, y mientras Soames lo daba vuelta en sus manos percibió el verde brillo de esmeraldas. Probablemente, pensó, se había desprendido del brazo de Suarra en la lucha con Sterret.

—Sí, aquí está ocurriendo algo raro—repitió Dancre, observando a Graydon malignamente entre las ranuras de sus ojos.

—¡Vamos, Graydon!, ¿qué le dió la muchacha para dejarla ir?—demandó—¿Qué es lo que le refirió? . . .

—Nada me ha dado y menos me ha prometido—contestó Graydon.

La mano de Soames lentamente se deslizó hasta su automática.

—¡Maldito embustero!—dijo Dancre—Despertemos a Sterret—se volvió hacia Soames.—Despertémosle rápido. Me parece que podrá ilustrarnos detalladamente. ¡Se ha visto dejar huir a una mujer que regala con oro y pedrerías como estas!... ¡Dejarla ir cuando sabrá que debe haber escondido más en donde esto se hallaba!... ¿Gracioso, no?... ¡Vamos, Soames, vamos a ver qué nos refiere Sterret!...

Graydon los observó cómo penetraban en la tienda.

Al momento Soames salió, fué hasta un salto de agua que burbujeaba entre los árboles y volvió con agua.

Indiferente, encogiéndose de hombros; poco le importaba que despertaran a Sterret nomás; que les contara lo que quisiera; de todas maneras ellos no lo iban a matar esa noche. De esto estaba bien seguro. Supondrían que él sabía mucho más: el punto fijo del escondrijo.

¿Qué les depararía la suerte en la mañana siguiente?... Dado que, desde el momento que la misteriosa mujer hubo hablado, antes de retirarse, los cuatro eran virtualmente prisioneros.

De esto a Graydon no le cabía la menor duda. La advertencia de Suarra de no abandonar el campamento había sido por demás explícita. ¿Y el tumulto de cuernos cuando su rápida desaparición, y el silencio que siguió, no eran frías realidades de que ellos habían sido atrapados, como la joven decía, por las garras de un grande, misterioso y omnímodo poder?

En la penumbra del silencio, súbitamente comprobó su mente que la noche se había vuelto extrañamente tranquila. No se escuchaba el ruido de un insecto o ave, ni la familiar agitación de la vida crepuscular del desierto.

¡El campamento estaba sitiado por el silencio!

Caminó por entre los algarrobos. Había una escasa veintena de árboles que se levantaban como una verde isla en una sábana cubierta de malezas. Eran cada uno de ellos árboles grandes y dispuestos en curiosa regularidad, no como si hubieran

nacido por casualidad, sino como cuidadosamente plantados y mejor cuidados.

Graydon alcanzó el último de ellos y apoyó una mano contra el tronco, que lucía como miriadas de gorgojos convertidos en suave madera marrón. Escudriñó el exterior.

El declive que se extendía delante de él estaba ampliamente iluminado con la luz de la luna; las amarillas flores de chilca, que se arrastraban a los mismos pies de los árboles, brillaban ostentosamente en la luz plateada. La suave y aromática fragancia del quenuar vagaba a su alrededor. No se veía signos de vida aparente.

Pero aun así, presentía que el espacio estaba lleno de gente que lo observaba; sentía las miradas sobre él, tenía la seguridad de que el campamento estaba enteramente rodeado. Escudriñó cada arbusto y cada sombra. No vio nada. No obstante, la seguridad de una escondida e invisible multitud persistía. Una ola de nerviosa irritación pasó a través de su espíritu.

Los forzaría a mostrarse, quienquiera que fueran...

En ese instante el silencio se intensificó. Un silencio tenso, en donde la tranquilidad había recorrido todas las escalas; un silencio alerta y sombrío, como pronto a saltar sobre él de atreverse a dar un paso más...

Una frialdad lo envolvió; un temblor lo conmovió.

Rápidamente volvió a la protección de las sombras de los árboles; se paró allí, latándole el corazón furiosamente. El silencio puso su acerbidad, se había vuelto sobre sus pasos... pero observado y alerta.

¿Qué misterio lo atemorizó?... ¿Qué pasaba en esa tensión del silencio que lo había tocado con dedo de terror, de pesadilla?...

Temblando, retrocedió, paso a paso, temeroso de volver las espaldas al silencio. Detrás de él el fuego llameaba. Repentinamente su terror se desvaneció. Su reacción sobre el pánico fué un temerario atrevimiento. Arrojó un leño al fuego y rió fuertemente, viéndolo cómo las chispas estallaban entre las hojas. Soames, que salía en ese instante de la tienda por más agua, se detuvo al escuchar esa risa y, malévolo, le increpó:

—¡Ría, ría mientras pueda, maldito traidor!... Ya reirá de otro modo, así que consigamos que Sterret nos cuente todo lo que sabe.

—De cualquier modo, bien dormido lo dejé—se mofó Graydon.

—Hay otros sueños más profundos, no lo olvide—era la voz de Dancre, fría y amenazante, que llegaba de adentro de la tienda. Graydon oyó los gemidos de Sterret.

Volvió sus espaldas a la tienda y deliberadamente dió la cara al silencio, del que había huído hacía un momento. Cuánto tiempo estuvo así no pudo precisarlo, pero sí pudo haber sido mucho. De golpe, se percató que su vista estaba clavada en dos puntitos de vívida luz, que parecían a la vez estar muy distantes y muy cerca. Son singulares, pensó... ¿Pero qué tenían de singulares?... ¿Era el color?... Eran púrpura, de un púrpura curiosamente intenso.

Mientras los observaba le parecía que crecían, en ese misterioso doble aspecto de distancia y cercanía que no se alteró.

—¡Curioso!—murmuró. Ya había visto dos ojos, sí, dos ojos de ese peculiar color en alguna parte, no hacía mucho tiempo, pero no podía recordar justo el sitio. Tenía una pesadez que le nublabla el pensamiento y con perceptible esfuerzo miró hacia la frondosa bóveda arriba de él.

Sin un pestañeo, las brillantes órbitas lo miraban desde allí. Volvió su vista hacia abajo, y allí también estaban...

Instantáneamente su mente se aclaró... ¡Eran los ojos que brillaban en el brazalete de dinosaurios de Suarra!... ¡Los ojos de esa mezcla de reptil y de mujer que ella llamaba la Madre Serpiente!

¡Lo estaban atrayendo!... ¡Lo atraían sin salvación!...

Se dió cuenta de que sus párpados se iban lentamente cerrando, y, cerrados, con eso y todo, no podían impedir que entraran los globos de púrpura vivo. Su letargo creció, en el cuerpo y no en la mente.

Su conciencia se encontraba concentrada en los focos de esos fantásticos y atraentes ojos...

Bruscamente retrocedieron, y, como un hilo que se desenrolla de un carrete, así tenía su conciencia detrás de ellos, fuera

de su cuerpo, fuera del campamento, internándose en las tierras del más allá.

Le parecía que pasaba velozmente sobre el desolado desierto bañado por la luz de la luna. Fulguraba a sus pies y se desenvolvía como un panorama debajo de un aeroplano. Delante se delineaba una negra barrera, que a poco lo cubrió y la dejó atrás.

Tuvo la visión de un valle vastamente circular, circundado por rectos pinos, del plateado centellar de un lago y el líquido argento de un torrente impetuoso, volcándose en el corazón de un precipicio. Alcanzó a ver también gigantescas formas de colosos tallados, que estaban sentados y bañados por el lechoso diluvio de la luna, guardando cada uno la boca de una caverna.

Dentro de una de las cavernas nítidamente sus ojos descubrieron un gigante, sentado en un trono de oro, nácar y pedrerías, en el que el oro era su base, y ante el cual, arrodillados, se encontraban numerosos adeptos a ese misterioso y desconocido culto... ¡Acaso fuera el Señor de los Cinco Señores!

Una ciudad se precipitó a su encuentro, una ciudad de techos de rubíes y torres de ópalos, tan fantástica e irreal que parecía escapada de un sueño de *Las mil y una noches*.

Después le pareció que, al fin, había ido a posarse en un salón amplio y lleno de columnas, de cuyo techo se desprendían rayos de luz de un suave y tenue azur. Altas se eregían las columnas, terminando en un ancho y maravilloso cáliz de ópalos, esmeraldas y turquesas con flecos de oro.

Delante de él estaban los mismos ojos que en su sueño—si tal puede llamarse—lo atrajeron hasta ese lugar.

Mientras tanto su conciencia, que era él mismo, aunque no tenía ni forma ni sombra, los observaba sobrecogida, llena de terror a lo desconocido; luchó para volverla al cuerpo del cual había sido atraída, aturdida, como la ardilla ante la mirada de una víbora, y vencida al final, como la misma ardilla por la fascinación del reptil.

Porque Graydon miraba... a la Madre Serpiente...

Ella estaba posada en el medio de una

espaciosa alcoba situada muy alta del suelo. Entre ella y él los rayos de luz azur caían formando al nicho una cortina de hermosa radiación, que medio la encubría y medio la revelaba. Su rostro no denotaba edad; no era ni joven ni vieja.

Se le ocurrió pensar que estaba libre para siempre del tiempo, libre del corrosivo ácido de los años. Lo mismo pudiera ella haber nacido ayer que un millón de años atrás. Sus ojos, apartados y luminosos, eran dos joyas vivientes, llenos de fuego púrpura.

Arriba de ellos se elevaba la frente, ancha, alta e inclinada fuertemente hacia atrás. La nariz era larga y delicada, con ventanas dilatadas. El mentón chiquitín y con hoyuelo. La boca, de forma de corazón, era pequeña también, con labios de llameante escarlata.

Más abajo de sus infantiles y estrechos hombros se desparramaba su cabellera, que brillaba como plata hilada, y que encallaba hacia adelante, en forma de punta de flecha sobre su frente, dando a la cara ese mismo aspecto de corazón igual al modelado en los labios; un corazón cuyo extremo lo formaba el mentón.

Tenía dos pequeños pechos erectos. El rostro, el cuello, los hombros y los pechos eran de un matiz de perla cubierto de un débil rosa, y como perlas rosadas así relucían.

Más abajo de su pecho empezaba la cola. Graydon vió la cola arrollada, medio hundida en un nido de almohadones de seda. Formaba un rollo espeso de muchos círculos, uno encima de otro, cubiertos de grandes y acorazadas escamas, brillando pálidamente. Cada escama parecía ser el trabajo de algún diabólico joyero, opalinas, nacaradas, madreperlas...

Su agudo mentón estaba apoyado en manos tan pequeñas como las de un niño, y como los de un niño eran sus brazos.

Los codos descansaban en el círculo superior de su cola.

En esa cara, que no era de mujer ni de serpiente, y desconcertante en la edad, se asentaba, formando un todo inseparable, un espíritu de sabiduría pavoroso y fatigado a la vez, que escapaba a toda imaginación humana. Graydon olvidó su terror. Pagó homenaje a su belleza; porque bella

era, aunque terrible, esta mujer serpiente, con cabellera de plata hilada, con cara y pechos de perla rosa, con enjoyada y reluciente cola, con ojos de fuego y con labios de vivientes llamas. Rindió culto a su sabiduría y se lamentó por su carga de fatiga.

¡Ya no tenía más miedo de ella!

Instantáneamente se dió cuenta de que ella había leído todos sus pensamientos y también de que la había complacido. Los labios escarlatas medio se abrieron en una sonrisa.

¡Ella se enorgullecía! Una delgada y puntiaguda lengua roja tocó los labios escarlatas. Irguiéndose sobre la arrollada cola el perlado pilar que sostenía su cabeza, paso a paso, balanceóse hasta que sobrepasó en dos veces la altura de un hombre parado y, volviéndose, dirigió su cara hacia la alcoba.

Siguiendo el movimiento, Graydon vió que la alcoba estaba ocupada con un trono como tallado en el corazón de un zafiro colosal. Era un templete de forma oval, de diez pies o más de altura y ahuecado. Estaba colocado o descansaba en el socavado de un grueso pilar de una substancia que recordaba al cristal de roca. Estaba vacío, así parecía ver, pero rodeado de una débil aureola. A sus pies habían otros cinco tronos menores, bajos y con asientos anchos como mesas, dispuestos en semicírculo. El del extremo derecho del semicírculo era rojo, como tallado en rubí, y el de la izquierda negro como azabache. Los otros tres centrales eran de oro rojo.

Los tronos negro, rubí y el del medio de oro rojo se hallaban vacíos. En cada uno de los dos restantes una figura, de piernas cruzadas y revestida de los pies al mentón con telas azul y oro.

Increíblemente viejas eran las caras de esa pareja, que parecían el vivo retrato de olvidados seres. Pero sus ojos eran jóvenes, tan increíblemente llenos de vitalidad como viejos sus cuerpos, pero más que nada extraordinariamente vivos... ¡Esos ojos vivos, juveniles, lo estaban escudriñando, juzgando!... ¿Con qué propósito?

En el cerebro de Graydon aleteó el recuerdo del voto solemne de Suarra. «Por la sabiduría de la Madre Serpiente, por los

Cinco Señores y por el Señor de los Señores», ella había jurado salvarlo, si podía.

Seguramente estos debían ser los dos Señores que ella le había referido que todavía vivían en Yu-Atlanchi.

Ciertamente ahí estaba la Madre Serpiente. Y el trono de zafiro de luminoso misterio debía ser el asiento del Señor de los Señores.

La fantástica ciudad que le había arrebatado y adueñado de su yo era Yu-Atlanchi.

La Madre Serpiente volvió su cabeza; los ojos de los dos Señores no lo miraban más. La vista de los tres estaba dirigida más atrás de él. La mujer serpiente comenzó a hablar. Oyó su voz como una débil y lejana música. Graydon miró detrás de él y vió... a Suarra.

Tan cerca de él se encontraba que fácilmente la hubiera tocado con la mano.

Sus elegantes pies estaban desnudos, la vaporosa cabellera suelta. La única y escasa túnica que vestía no alcanzaba a cubrir las curvas y las flexibles formas de su cuerpo.

Con excepción del brazalete de los dinosaurios, no llevaba ningún otro ornamento.

Así estaba parada. Si ella lo vió, no dió cuenta alguna en reconocerlo. Y Graydon pensó que la joven no lo había visto, de que ella no sabía de su presencia allí.

En el rostro de Suarra se reflejaba la luz de una inmensa alegría, como de alguien que rogara un favor hecho súplica y se le concediera.

Él alargó una mano para tocarla, con el propósito de que la joven se diera cuenta de su presencia, pero no palpó nada y ella no se movió...

Y repentinamente él verificó una vez más que no tenía manos. Mientras su mente trabajaba afanosamente para entender este misterio, el busto de la Madre Serpiente tornóse rígido y sus ojos púrpura, fijos sobre algún punto, parecían lejos, muy lejos, más allá de las paredes de ese templo de milagros superterrenales.

Rápidos como un rayo, los ojos se posaron otra vez sobre él, lo conmovieron y lo arrojaron al espacio. El salón se desintegró, se esfumó.

Tuvo la sensación de una vertiginosa velocidad de pesadilla, como si la tierra

danzara en torbellino bajo sus pies y lo hubiera lanzado al vacío. La lucha cesó; un sobresalto recorrió su cuerpo.

Aturdido, levantó los párpados. Se encontraba tendido al lado del crepitante fuego del campamento. Y a mitad de camino entre él y la tienda estaba Sterret, que se le venía encima como un loco.

Graydon saltó sobre sus pies, pero, antes de que pudiera ponerse en guardia, el gigante ya estaba sobre él. Un momento después rodaba por el suelo, agobiado por brutal peso. El aventurero apoyó una rodilla en su brazo y le apretó la garganta.

Los ojos inyectados de sangre de Sterret quemaban en los de Graydon y sus dientes estaban al descubierto, como si quisiera desgarrarlo.

—¿La dejó que se fuera, no?—rugió—¿Y me desmayó para lograr su propósito? ¡Bien, maldito Graydon, ahora usted también se marchará y será para siempre!...

Frenéticamente el joven trataba de librarse de la mano que lo ahogaba; sentía que sus pulmones estallaban y sus oídos percibían un estruendo ensordecedor.

Copitos carmesí empezaron a danzar a través de su visión. Sterret lo estaba estrangulando.

Con vista confusa alcanzó a ver dos sombras negras saltar en el resplandor de la fogata y arrojar sobre su enemigo, aferrando sus manos asesinas.

Los dedos se aflojaron; Graydon, dando grandes bocanadas, trabajosamente se puso de pie. Una docena de pasos más allá estaba Sterret insultándolo todavía soezmente; temblaba, luchaba por saltar nuevamente encima de él.

Dancre, con sus brazos alrededor de las rodillas, se había agarrado a él como un pequeño terrier.

A su lado estaba Soames con la boca de la automática apoyada en el estómago del gigante.

—¿Por qué no me dejaron que terminara con Graydon?—rabiaba Sterret—¿No les dije ya que la mocita tenía suficientes riquezas encima de ella como para acomodarnos por el resto de nuestras vidas?... ¿No les dije que poseía una esmeralda que bastaba para cambiarla por tanto oro como para satisfacer a todos nosotros?... Y había más aun en el lugar de donde eso pro-

venía... ¡Y él la dejó huir!... ¡El traidor de Graydon!... ¡Maldito!... —Y los insultos menudearon nuevamente a torrentes de su boca infernal.

—Ahora, Sterret, vamos a hablar—interrumpió Soames con voz circunspecta.—Estate quieto o no respondo de vos. Dancre y yo no pensamos abandonarte en este asunto y no permitiremos que este inmundo cachorro nos engañe, como tampoco vamos a permitirte que nos arruines el trabajo matando a Graydon... Muy bien, veo que estamos de acuerdo y vamos a discutirlo amigablemente. Sentémonos en paz y Mr. Graydon nos va a contar todo lo que pasó después que te golpeó, y qué negocio efectuó con la moza y con lo que llevaba encima. Si no acepta cumplir pacíficamente, le daremos ciertas manitos de... —y se echó a reír—que le harán cambiar de opinión... Esto es todo... Dancre, suéltalo. Y recuerda, Sterret, que si sigues haciendo más travesuras antes de que yo dé la señal, voy a disparar la automática. Desde ahora en adelante yo soy el que manda aquí. Yo y Dancre. ¿Me has oído, Sterret?...

Graydon, con su cabeza más disipada ahora, deslizó una mano con cautela hasta la cartuchera de su pistola. ¡Estaba vacía! Soames rió sardónicamente.

—La tenemos nosotros, Graydon—dijo.—La tuya también, Sterret. Es justo. Siéntese todo el mundo.

Se sentó en cuclillas al lado del fuego, cubriendo a Sterret con la pistola. Luego de un momento, este último, gruñendo, lo siguió. Dancre se tiró a su lado.

—¡Adelante! Mr. Graydon—refunfuñó Soames.—Acérquese y escupa lo que sabe. ¿Qué nos está ocultando?... ¿Alguna cita con la moza para después que se deshiciere de nosotros?... Si es así, irá en nuestra compañía, porque pensamos ir todos juntos.

—Graydon, ¿dónde escondió esas lanzas de oro?—increpó Sterret—Supongo no permitió que ella se las llevara consigo...

—¡Cállese, Sterret!—ordenó Soames—Yo soy el que pregunta... ¿Pero qué novedad hay en todo esto?... Dígame, Graydon, ¿le entregó ella las lanzas y sus joyas para que la dejara marchar?

—Ya se lo he dicho—contestó Graydon.—La estúpida borrachera de Sterret nos

ha puesto a todos en un gran peligro. Dejar que la muchacha se fuera libre era el primer paso vital dado en favor de nuestra propia salvación. Pensé que era lo mejor que podía hacer y sigo creyendo así todavía...

—¿Sí, eh?—se mofó el delgado americano—¿Verdad, no?... Bien, le voy a decir, Graydon, que si ella hubiera sido una india, quizá estuviera con usted; pero no cuanto que la mujer es una especie de «señora», según dijo Sterret. Usted bien sabe que no ha cumplido como una persona derecha, puesto que no la ha retenido aquí hasta que Dancre y yo regresáramos. Entonces, entre todos, hubiéramos decidido la situación de ella a la mejor conveniencia de nuestros planes. Tenerla hasta que su gente viniera y nos pagara para rescatarla sana y salva; si no, obligarla a confesar de dónde provenía todo ese oro y joyas que llevaba encima cuando apareció por aquí... Esa era la conducta que debía haber seguido, Mr. Graydon, si no fuera usted un sucio, mentiroso e inmundo puerco...

El rostro de Graydon despertó bajo estos insultos; su rabia se encendió.

—Muy bien, Soames—dijo silvante,—óigame. Lo que le conté de haberla libertado teniendo en cuenta nuestra propia salvación es la pura verdad. Pero, fuera de eso, tanto hubiera pensado en confiar una muchacha a ustedes tres como entregarla en salvaguardia de su vida a una manada de hienas. Si la dejé marchar fué pensando más en su salvación que en la nuestra. ¿Está satisfecho ahora?...

—¡Ajá!—se mofó Dancre.—Ahora comprendo claro. He aquí una extraña señora, con una belleza fascinante y mayores riquezas, demasiado buena y pura como para concedernos el honor de admirarla. Así se lo dice a Graydon, y él, estúpidamente, la deja volar... —¡Mi héroe—murmura dulcemente,—toma y guarda todo lo que poseo y abandona esta mala compañía.—¡No!... ¡No!... —contestó Graydon, pensando que si juega las cartas derecho ha de conseguir mucho más, y no bien se viera libre de nosotros no tendría necesidad de dividir con nadie las riquezas.—¡No!... ¡No!... Mientras estos hombres estén aquí usted no estará; se irá.—¡Mi héroe!—repite ella—Me marcharé y retornaré con mi

familia y ellos dispondrán de tus malas compañías... Pero deseo que usted reciba la recompensa. ¡Mi héroe!... ¡Toma!... —¡Ah! ¿Conque esas teníamos, no?... ¡Ja... ja... ja!...

Graydon se sonrojó. La maliciosa parodia del pequeño francés había golpeado incómodamente en su cerebro. Después de todo, la ferviente promesa de Suarra de salvarlo, si podía, realmente la había reconstruido Dancre en su fantasía. ¿Qué sucedería si les dijera a esos hombres que él había advertido que cualquier sendero que el destino les deparara a sus compañeros estaba decidido a compartirlo con ellos y permanecer a su lado hasta el final?... Con toda seguridad, no iban a creerlo.

Soames lo había estado observando detenidamente.

—¡Por Dios, Dancre!—dijo—Me parece que has dado en la tecla. ¡Ha cambiado de color! ¡Él mismo se vendió!

Por un momento levantó la pesada automática, apuntando a Graydon. Sterret tocó su mano.

—No lo mates, Soame—mendigó.—Dámelo a mí. Quisiera romperle el cuello...

—¡No!—contestó deliberadamente—Este es un asunto muy importante como para echarlo a perder siendo muy ligero con la cola del disparador. Si lo que has dicho, Dancre, fuera verdad, como creo que es, la señora ya puede estar muy agradecida. Si no la tenemos a ella, a cambio está Graydon, que supongo que ella, debiendo tal favor de su mano, no querrá verlo muerto. Bueno, lo negociaremos con ellos por lo que nosotros queremos... ¡Amárrenlo!...

Apuntó a Graydon con la pistola. Sterret y Dancre entraron en la tienda y volvieron con sogas. Sin resistencia, Graydon dejó que le ataran las muñecas. Lo empujaron hacia uno de los árboles y lo sentaron en el suelo con la espalda apoyada en el tronco.

Pasaron una soga bajo sus brazos y lo sujetaron firmemente alrededor del tronco; luego ataron sus pies.

—Ahora—dijo Soames,—si mañana aparece su pandilla, lo mostraremos a ellos y entonces sabremos cuánto vale. No nos van a atropellar tontamente; estarán obligados a parlamentar, y si no se avienen a buenos términos, oiga, Graydon, la primera bala

que salga de este juguete atravesará sus intestinos. Eso le dará tiempo para que vea lo que sigue antes de que muera.

Graydon no respondió. Referente a lo que pudiera decir no los haría cambiar de propósitos. Cerró los ojos, reviviendo ese extraño sueño, porque ahora estaba seguro de que había sido un sueño intercalado entre todas las realidades del campamento. Un sueño nacido de las palabras de Suarra y de ese fantástico brazalete de dinosaurios en el cual brillaban órbitas púrpuras de la mujer serpiente.

Una o dos veces abrió los ojos para mirar a sus compañeros. Estaban sentados al lado del fuego, las cabezas juntas, hablando en murmullo. Sus rostros tensos, en sus ojos un fulgor de codicia, febriles por el anhelo de oro. Un instante después la cabeza de Graydon se reclinó suavemente hacia adelante. ¡Dormía!

LA LLAMA BLANCA

Era de madrugada cuando Graydon se despertó. Alguien había echado una manta sobre él durante la noche, pero a pesar de esto estaba frío y entumecido. Movié sus piernas arriba y abajo, penosamente, tratando de reactivar la circulación. Oyó moverse dentro de la tienda. Se preguntaba quién de ellos podía haber pensado en la manta y el motivo que le indujera a tanta amabilidad.

Sterret levantó la falda de la tienda, pasó por su lado sin decirle una palabra y fué hasta el salto de agua. Graydon oyó beber sedientamente. Volvió y se entretuvo junto al fuego. Había no sé qué de singular y furtivo en este hombre. Por un momento miraba al prisionero, pero sin rabia ni rencor; más bien sus miradas traslucían disculpas, como queriendo congraciarse con él.

Por fin, se deslizó hasta la tienda, escuchó y después se dirigió suavemente a donde estaba Graydon.

—Lamento lo que pasa—musitó;—pero no puedo hacer nada con Soames y con Dancre. Tuve que trabajar mucho para persuadirles que me dejaran traer esta manta. Tome un trago de esto.

Puso un frasco en los labios de Graydon.

Éste absorbió una buena porción, que le hizo entrar en calor.

—¡Pssss!—previno Sterret—No me tenga rencor. Estaba bebido la noche pasada. ¡Yo lo ayudaré!—Bruscamente se calló y se ocupó con los leños del fuego. Soames salió de la tienda. Escudriñó sospechosamente a Sterret; después fué a donde estaba Graydon.

—Le voy a dar la última oportunidad, Graydon—empezó a hablar sin preliminares.—Cante el negocio que hizo con la moza, olvidemos todo y juntos trabajaremos y todo nos repartiremos por igual. Usted nos excitó anoche, pero ahora borro la inculpación. Somos tres contra uno y la plena verdad es que nada podrá hacer. Entonces, ¿por qué no ser razonable?...

—¿Volvemos nuevamente al mismo asunto?—preguntó perezosamente—Ya les he contado tal cual sucedieron los hechos. Si usted es inteligente, suélteme, deme mis armas y yo pelearé al lado de ustedes cuando la ocasión se haga presente, porque pelea tendremos, y le aseguro que una linda maraña de cascotazos con flechas, lanzas y... ¡verá, hombre, la que se nos viene encima!...

—¿Sí?—se mofó el americano—¿Tratando de asustarnos, no?... ¡Muy bien! Hay una hermosa treta que consiste en empujar continuamente una cuña debajo de la uña de cada dedo. A casi todos los hace hablar después de un momento. Si a usted no le causa efecto, aun tengo la vieja y conocida medicina del fuego, acercando los dedos de los pies poco a poco y cada vez más a las llamas; cuando los dedos de los pies empiezan a tostarse y a quemarse, veremos si va a cantar o no...

Repentinamente se inclinó sobre Graydon y le olió los labios.

—¡Conque esas tenemos!—Enfrentó a Sterret, tenso, con la pistola apuntando al gigante desde el nivel del bolsillo derecho.—¿Has estado dándole licor, no?... ¿Has estado conversando también, no?... Después que habíamos establecido que yo sería el único que ordenaría... ¡Muy bien, esto te descubre, Sterret! ¡Dancre!... ¡Dancre!... ¡Vení!... ¡Rápido!—rugió.

El francés salió corriendo de la tienda.

—¡Atalo!—dijo Soames, señalando a Sterret—Otro inmundo condenado en el cam-

pamento. Dando aguardiente a Graydon. ¿Acaso ambos se han combinado mientras yo estaba adentro?... ¡Atalo!...

—¡Pero Soames!—El francés estaba asustado.—Si tenemos que pelear con los indios, no es bueno que la mitad de nosotros no lo pueda hacer, no. Quizá Sterret no haya hecho nada...

—Si tenemos que luchar, dos hombres lo harán tanto como tres—dijo Soames.—No voy a permitir que este asunto resbale entre mis dedos, Dancre. Por otro lado, no creo que tengamos pelea. Si los indios vienen, me parece más bien que obtendremos un arreglo comercial. Sterret es un traidor también. ¡Atalo!—ordenó.

—Bueno, pero no me gusta—empezó Dancre. Soames hizo un movimiento de impaciencia con la automática. El pequeño francés fué a la tienda y regresó con un rollo de cuerdas, poniéndose delante de Sterret.

—¡Arriba las manos!—ordenó Soames. Sterret las levantó. Pero a medio camino las cerró sobre Dancre, abrazándolo y, al igual que si fuera un muñeco, bruscamente lo arrancó del suelo y lo sostuvo entre él y el flaco americano, a manera de escudo.

—¡Ahora haz fuego, maldito!—gritó, supeditando cada movimiento del brazo de Soames con el balanceante cuerpo de Dancre. Entonces su mano derecha se deslizó hasta el cinturón del francés, sacó de su cartuchera la automática y la levantó hasta el nivel del pecho de Soames.

—¡Larga la pistola, yanqui!—rugió Sterret triunfalmente,—o haz fuego si quieres... Pero antes que tu bala atravesara a Dancre, por la luz que me alumbra, ya te habré liquidado...

Hubo un momento de siniestro silencio, que fué roto por un repentino repiqueteo de diminutas campanillas de oro. Su campaneo hendió la lobreguez asesina que había caído sobre el campamento; lo aligeró, lo disolvió como la luz del sol a la neblina. Graydon vió que la pistola de Soames caía de una mano inanimada, vió el férreo brazo de Sterret aflojar, dejando a Dancre caer al suelo, observó las cabezas de Dancre, Sterret y Soames tiasas y dirigidas hacia el curso de aurea música, como sabuesos a una

amontonada bandada de pájaros. Sus propios ojos siguieron esa dirección.

Entre los árboles, a una distancia no mayor de cien yardas, estaba Suarra. No se veía hordas guerreras alrededor de ella. No había traído con ella ni vengadores ni ejecutores. Sólo tenía dos compañeros. Desde el primer golpe de vista se le ocurrió a Graydon que, si esos eran sus sirvientes, ellos resultaban dos extraños, pero muy extraños sirvientes.

Un vestido de suave color verde envolvía a la joven desde el cuello hasta casi sus elegantes pies. En la hermosa negrura de su cabellera brillaba una guirnalda de esmeraldas engarzadas en oro rojo, y filetes de oro tachonados con las mismas gemas circundaban sus muñecas y tobillos. Detrás de ella caminaba sosegadamente una llama blanca como la nieve.

Tenía un ancho collar de oro alrededor de su cuello, del cual colgaban las guías de campanillas de oro de donde partía el rentintín de armonías.

Los ojos eran azules y entre ellos se balanceaba un pendiente con una piedra preciosa, rosa como el fruto resultante de un rubí mezclado con perlas blancas. De cada uno de sus sedosos y plateados costados pendía un canastón tejido; parecía ser de brillante paja. A los flancos de la llama estaban dos figuras, con los cuerpos cubiertos con voluminosas túnicas y sus caras casi ocultas. Uno iba vestido del más oscuro azul y llevaba un báculo de ábano, caminando sombríamente al lado de la llama, con algo de desconcertante mecanismo en cada paso que daba. El otro estaba vestido de amarillo y llevaba un báculo de cinabrio, meneándose y bailando al lado de la bestia, dando pequeños saltos para atrás y adelante, movimientos que llevaban la fantástica sugestión de que la túnica no vestía a un hombre, sino a un enorme pájaro.

Salvo el campanileo, no había otro ruido mientras ellos se acercaban. Los tres carceleros de Graydon clavaron la vista en la caravana, quedando inmóviles por el asombro, incrédulos, como hombres que estuvieran soñando. Graydon forzó sus ligaduras con un mortal horror en su corazón... ¿Por qué había vuelto Suarra deliberadamente al peligro?...

Él la había advertido: la joven no podía ser tan inocente como para ignorar las circunstancias que la amenazaban en las manos de esos hombres... ¿Y por qué retornaba trayendo con ella un rescate en joyas y oro propio de una reina? Casi parecía que lo hubiera hecho adrede y deliberadamente se las había arreglado para levantar a su punto culminante la misma pasión de la cual ella tenía tanto que temer...

—¡Dios! ¡Las esmeraldas!—murmuró Dancre.

—¡Dios! ¡Qué moza!—musitó Sterret y sus gruesas ventanas de la nariz se distendieron, sus ojos llamearon.

Sólo Soames no dijo nada. La perplejidad y la sorpresa luchaban entre el confuso asombro de su cara fría y taimada. No habló tampoco cuando la muchacha y sus servidores se detuvieron al lado de él.

Pero la duda, la sospecha que se manifestaba en sus ojos crecieron. La examinaba a la joven y a sus ocultos acompañantes; después dirigió su vista a lo largo del sendero por donde habían llegado, escrutando uno por uno los árboles y las matas. En esos lugares no se notaban señales de movimientos ni de ruidos.

—¡Suarra!—gritó Graydon desesperadamente—¡Suarra!, ¿por qué volvió?

Quietamente la joven se paró delante de él, sacó una daga de abajo su vestido, cortó la soga que lo retenía al tronco del árbol, deslizó la hoja por entre las cuerdas de los tobillos y las muñecas y lo dejó en libertad. Graydon se puso de pie trabajosamente.

—¿No fué para tu bien que yo haya vuelto?—preguntó la joven con dulzura.

Antes que él pudiera contestar, Soames se acercó. Graydon se dió cuenta que seguramente había arribado a alguna decisión; tácticamente resuelta en determinada manera de acción.

Hizo una baja, torpe, medio burlona y medio respetuosa inclinación a la muchacha y después se dirigió a Graydon.

—¡Muy bien!—dijo—Usted puede permanecer suelto... hasta tanto haga lo que quiero que cumpla. La moza volvió y eso es lo principal. Ella parece favorecerle grandemente... y quizá eso va a ser enormemente útil. Reconozco que nos da una inmejorable oportunidad de persuadirla de

que se mantenga quieta cuando le pregunte ciertos asuntitos, como... de dónde sacó esas esmeraldas, cómo llegar hasta allí y otras referencias de estilo.

» Sí, señor, y usted corresponde sus favores. Eso es útil también. Me imagino que no ha de querer que lo ate ni presenciar ciertas cosas que le puedan suceder a ella, ¿eh?—Miró de soslayo a Graydon, quien contuvo con dificultad el impulso de mandar su puño aplastante a esa cínica cara.—Pero hay justo la esperanza y realidad que usted puede hacer si quiere que todo se arregle pacíficamente.

» No converse con ella mientras yo no esté presente, recuerde. Sé el aymará tan bien como usted y quiero estar todo el tiempo al lado de ustedes, cuando conversen. ¿Me entienden?... Eso es todo.

Se volvió a Suarra e hizo otra inclinación.

» Su visita ha traído gran felicidad, señorita—le dijo en aymará.—No tendremos de qué quejarnos si nos llegamos a entender, como creo que llegaremos.

Había una encubierta e inequívoca amenaza, vibrante, en la frase aquella, que la joven notó, sin aparentar demostración alguna.

» Usted es extraña para nosotros como nosotros hemos de ser para usted. Para cada uno hay mucho que aprender, el uno del otro...

—Lo que dice es verdad, extranjero—contestó la joven tranquilamente.—Creo que su deseo de aprender de mí es mucho más fuerte que el mío, desde que seguramente sabrá, yo he tenido una muy agradable lección...—y miró a Sterret.

—Las lecciones, hermana—continuó Soames brutalmente—serán agradables o no, según usted elija enseñarnos o no enseñarnos... lo que deseamos aprender...

Esta vez no hubo equivocación posible en la amenaza encubierta en las palabras, y Suarra no la dejó pasar por alto. Sus ojos centellearon con súbita cólera.

—¡Mejor es no amenazar!—advirtió, echando atrás su pequeña cabeza con orgullo.—Yo, Suarra, no estoy acostumbrada a las amenazas, y si quiere seguir un consejo guárdelas para usted mismo de ahora en adelante.

—¿Sí, no?... Soames avanzó con paso firme hacia ella, su cara crecía torva y

perversa. Instantáneamente Graydon se avanzó entre él y la joven. Una risita ahogada, seca y curiosa se oyó venir de la oculta figura en amarillo. Suarra se sobrecogió; la cólera y el orgullo habían desaparecido, dando lugar a su suavidad y amistad de siempre. Hizo a un lado a Graydon.

—Fuí muy precipitada—dijo la joven a Soames.—No obstante, nunca es bueno amenazar, a menos de que conozca bien las fuerzas de quien usted amenaza. Y recuerde, de mí, una desconocida, usted no sabe nada. En cambio yo sé todo lo que usted desea aprender. Usted anhela saber cómo poseo esto... ¿esto?—y Suarra tocaba una por una sus joyas.—Usted desea enterarse si hay más, y si fuera así, cómo alcanzar su objetivo, llegar a poseerlas y llevarse tantas como sus fuerzas y animales pudieran resistir el peso de ellas... ¡Bien! ¡Lo sabrá! He venido a decírselo...

Ante este asombroso anuncio, aparentemente franco y abierto, todas las dudas y sospechas retornaron en Soames. De nuevo su mirada se aguzó y escrutó el sendero por donde Suarra y su caravana habían venido. Luego la posó en la muchacha, y seguidamente escudriñó a los dos servidores quienes, como ahora Graydon se había dado cuenta, permanecían como imágenes desde que la caravana se había detenido en el campamento. No demostraban apresuramientos ni temores, así como movimientos de impaciencia, a excepción de esa única risita ahogada, sin hacer ninguna clase de ruidos.

Y mientras permanecían así, considerando, Dancre se le acercó y le aferró un brazo.

—¡Soames!—dijo con una voz que, como su mano, temblaba.—Mira los canastos de la llama. ¡No son de junco! ¡Es... es... es... ¡Oro!... ¡Oro!... ¡Oro puro y suave, tejido como paño!... ¡Qué descubrimiento, mi Dios! ¡Soames!...

Los ojos de Soames brillaron.

—Mejor es averiguar primero de dónde vienen—contestó Soames.—Esto no lo entiendo del todo; parece ser endiabladamente fácil para ser cierto. Toma tu rifle y vigila desde el borde de los árboles, mientras yo trato de averiguar la verdad.

Y como si hubiera entendido estas palabras, Suarra interrumpió:

—No hay nada que temer. Ningún daño recibirán de mí. Si algo malo les puede suceder, ustedes mismos tendrán la culpa, no nosotros. He venido para mostrarles el camino del tesoro. Vengan conmigo y verán dónde están las joyas como éstas (ella palpaba las piedras que llevaba en la cabellera). ¡Crecen como flores en un jardín! Verán afluir el oro en torrentes de...—hesitó, luego continuó.—Venir en torrentes como agua. Ustedes podrán bañarse en la corriente, beber de ella si les place y llevarse todo lo que puedan cargar o, contrariamente, si les causa mucha pena dejarlo, pueden quedarse con él para siempre... formar parte de él... ¡Ser hombres de oro!...—Suarra se rió, les dió la espalda y caminó hacia la llama.

Soames, Dancre y Sterret se observaron, reflejándose en los rostros de los tres la codicia y la duda, y asombro infinito en el de Graydon, porque debajo de la burla de estas últimas palabras sentía la sensación del siniestro.

—El viaje es largo—dijo ella, volviendo la cara, y con una mano en la cabeza de la llama.—Ustedes son extranjeros aquí, aunque, por supuesto, mis huéspedes... en cierto modo. Mientras tanto algo les he traído para que se entretengan antes de la partida.

Empezó a desenvolver los canastos. Graydon pudo comprobar de nuevo que esos dos compañeros de Suarra eran dos raros servidores... si servidores eran. No hicieron movimiento alguno para ayudarla. Silenciosamente permanecían quietos, impassibles, con sus caras cubiertas.

En su inmovilidad presintió algo implacable, terrible. Un temblor lo sacudió.

Se adelantó para ayudar a la muchacha. Medio tímidamente ella le sonrió. En la negrura de sus ojos hubo una luz de pasión que decía mucho más que amistad. Las manos de Graydon se elevaron para tocar las de ella.

Instantáneamente Soames se interpuso entre los dos.

—Mejor es que recuerde lo que dije—exclamó bruscamente.

Después su mano recorrió sobre el costado del canasto. Graydon tuvo la certeza de que Dancre había dicho la verdad. Los canastos eran de oro, oro fino, al que se le

manufacturó en esa forma de mimbre y luego se le había trenzado.

—Ayúdeme—demandó la suave voz de la muchacha.

Graydon agarró el canasto y lo depositó delante de ella. Suarra descorrió el cerrojo, levantó la tapa de amarillos y metálicos mimbres y extrajo de adentro un resplandeciente paquete.

Lo agitó y, en el viento de la madrugada, flotó como tela de plata. Lo dejó ondear hasta que lentamente llegó al suelo, donde se extendió como una gran telaraña de gasa sutilísima hilada por arañas de plata. Luego extrajo copas de oro y hondas fuentes, en forma de botes, también de oro, dos altos jarros cuyas manijas representaban dragones finamente tallados, en los cuales las escamas fulguraban hechas de rubíes fundidos. Después varios canastillos de mimbre de oro. La joven arregló las copas y las fuentes sobre la plateada tela. Abrió los saquitos. Ellos contenían fragantes frutas y panes de masa singularmente coloreados. Todo esto Suarra lo distribuyó en los platos. Se arrodilló en la cabecera de la tela, tomó uno de los jarros, lo destapó y volcó en las copas un claro vino ambarino. Levantó sus ojos hasta los hombres y graciosamente movió una de sus blancas manos.

—Siéntense—dijo.—Coman y beban.

Hizo un ademán a Graydon señalándole el lugar al lado de ella.

Silenciosamente, con las miradas frías en el reluciente tesoro. Sterret, Dancre y Soames se acomodaron en cuclillas delante de los otros platos. Soames agarró uno de éstos y lo pesó en su mano, esparciendo lo que contenía por el suelo.

—¡Oro!—articuló roncamente.

Sterret reía locamente y se llevó la copa llena de vino a los labios.

—¡Ehena!—gritó Dancre, sujetándole rudamente por una muñeca.

—Coman y beban—dijo Suarra.—Coman y beban y nóganse contentos.

—Porque mañana podemos morir o no. ¿Es así, Soames?...

El americano se sorprendió y su rostro se ensombreció con una duda más.

—¿Crees que está envenenado?—gruñó.

—Quizá sí, quizá no—respondió el francés, encogiéndose de hombros.—Pero me

parece mejor si le dijéramos: Después de usted, señora.

—Tienen miedo. Suponen que está... De que usted ha...—Graydon no se atrevía a completar la frase.

—¿De que he puesto sueño... o muerte en el vino?—Suarra sonrió—¿Y usted?—preguntó dirigiéndose a Graydon.

Por toda contestación, Graydon levantó la copa y bebió. Por un momento ella lo contempló, aprobando con la mirada.

—¡Es natural!—continuó ella, dirigiéndose a Soames—Sí, es muy natural que ustedes tres tengan miedo, porque es lo que ustedes harían si ustedes hubieran sido nosotros y nosotros ustedes. Pero estén tranquilos. Les vuelvo a asegurar que no tienen nada que temer de mí, que sólo vine para mostrarles el camino. Les repito que lo único que tienen que temer, si continuamos así, es en lo que depende de ustedes mismos.

Suarra volcó vino en su propia copa y lo bebió, tomó un pedazo de pan de Soames y lo comió, agarró una masa del plato de Dancre y la comió y sus blancos dientes mordieron una de las fragantes frutas.

—¿Están satisfechos?—les preguntó—¡Oh! Estén seguros que si mi deseo fuera traerles la muerte, no lo hubiera hecho en una forma como esta.

Por un momento los ojos de Soames se clavaron salvajemente en ella. Después saltó sobre sus pies y se encaminó hacia las encapuchadas figuras, arrancando la capucha del vestido de azul.

Graydon, con un grito de angustia, corrió detrás de él... Entonces se detuvo como petrificado, porque el rostro que Soames había descubierto era como de marfil viejo, hundido, una cara estampada con increíble antigüedad, pero cuyos ojos eran tan brillantes y juveniles como viejo era el lugar donde estaban incrustados. Era la cara de una de las dos figuras sentadas a piernas cruzadas sobre los tronos en ese místico templo de su sueño.

Era el rostro de uno de esos señores misteriosos, quienes, junto con ese ser de rara belleza que Suarra llamaba la Madre Serpiente, habían escuchado y habían asentido, según él creyó entonces, la desconocida súplica de Suarra.

El flaco americano fijó la vista en esa inescrutable, antiquísima cara con ojos que

brillaban sin pestañeo. Después dejó caer la capucha y retrocedió lentamente hacia la tela plateada. Graydon observó, cuando pasaba por su lado, que su rostro estaba blanco y su mirada elevada en el vacío, como si hubiera visto algo que le produjo inconmensurable terror...

Al sentarse en su lugar y al llevar la copa de vino a sus labios su mano temblaba. El hechizo que embargaba a Graydon se desvaneció. Miró a la figura vestida de azul; ésta permanecía, como antes, quieta y silenciosa. Se echó al lado de Suarra. Soames, con mano todavía insegura, alargó su copa vacía hacia la joven. Ella la volvió a llenar hasta sus bordes, él bebió hasta la última gota y Suarra nuevamente escanció.

Graydon vio ahora que el color encendido de Sterret se había esfumado y que los labios de Dancre se observaban crispados y de color gris.

¿Qué habían visto en esa surcada cara marfilina, que resultara invisible para él? ¿Qué advertencia? ¿Qué visión de terror?

Insaciamente bebían vino, que pronto surtió efecto, haciendo ahuyentar el terror, cualquiera que hubiera sido.

Con apetito comían los panes, las masitas y las frutas. Prontamente los platos se vaciaron... y el alto jarro también.

—Ahora—dijo Suarra, levantándose—es tiempo de marchar... si ustedes todavía desean ser conducidos a esa casa del tesoro de la que les he hablado.

—Ya vamos, hermana, no tenga miedo—gruñó Soames, medio borracho y tambaleándose bruscamente.—Dancre, quédate aquí y observa. Ven, Sterret—y palmoteó al gigante en la espalda.—Venga, Graydon, olvidemos el pasado.

Toda desconfianza, por el momento al menos, había desaparecido.

Sterret, riendo vanamente, se levantó trabajosamente, y, ligando su brazo con el de Soames, echaron a andar hacia la tienda. Dancre, rifle en mano, se acomodó en una peña detrás del fuego y empezó su vigilancia.

Graydon demoró con interés la invitación de Soames. Éste lo había olvidado, por poco tiempo al menos, y quería aprovechar esos preciosos minutos para estar con la extraña joven, cuya belleza y dulzura en-

rredaron su corazón y cerebro como ninguna otra mujer lo había podido hacer.

Se acercó a Suarra tan cerca que la sutil fragancia de su vaporosa cabellera arrulló su corazón; tan unido al hombro de ella que, al tocar el de él, mandó a través de su yo torrentosas, enloquecedoras llamarradas.

—¡Suarra!—comenzó roncamente.

Rápido la joven se volvió y le impuso silencio con un dedo sobre los labios de Graydon.

—Ahora no—murmuró ella.—Usted no debe contarme lo que hay en su corazón. Ahora no. ¡Ni... nunca quizá!—Había pena y deseo en sus ojos. Instantáneamente los apagó.—Le prometí que lo salvaría... si podía. Y de esa promesa nació otra...—La mirada se dirigió hacia las dos silenciosas, quietas formas en azul y amarillo, significativamente.—O, si usted insiste, haga que sean futilidades materiales, y no las sensaciones puras que anidan en su corazón... o en el mío...

Graydon la observó estúpidamente. ¿Qué quería decir con una promesa nacida de la que le había hecho a él?... ¿Un juramento a estos... señores? ¿Al misterioso ser con cola de serpiente y cara y pecho de mujer, la Madre Serpiente?...

¿Un juramento en cambio de su vida? ¿Habían ellos mirado más profundamente que él en su corazón y descubierto ahí en toda la verdad lo que él apenas había soñado que podría realizar?...

¿Habíales jurado mantenerlo alejado de ella si le dispensaban protección a Graydon y a sus camaradas... si lo merecían?...

Repentinamente se le ocurrió que para él, a lo menos, la vida que la joven pudiera salvar a costa de tan alto precio no merecía la pena vivirla.

Ella estaba empaquetando las copas y fuentes de oro mecánicamente. Él empezó a ayudarla.

Suarra aceptó la ayuda sin comentarios y no lo miró más. Después de un momento, la fiebre en su sangre se atemperó y su ardiente rebelión se cristalizó en una fría determinación. Momentáneamente aceptaría esta situación. Dejaría que los acontecimientos se desarrollaran a su debido tiempo. Trataría de esperar.

Sin decir palabra, cuando la última brillante copa estuvo en el canasto y éste ce-

rrado, se volvió y se dirigió a la tienda para arreglar su equipo y acomodarlo sobre el burro. Las voces de Sterret y Soames llegaron nítidamente y temblorosas a sus oídos. Escuchó...

—Lo que pasó cuando miré la condenada cara arrugada, no lo sé—decía Soames.—Pero te juro que me sobrecogió, Sterret. ¡Sólo recuerdo que fué lo mismo que si me hubiera asomado al borde del mismo infierno!...

—Ya sé—respondió la voz ronca de Sterret.—Yo sentí la misma sensación.

—Hipnotismo, eso fué—dijo Soames.—Estos sacerdotes indios saben cómo utilizarlo. Pero no me van a agarrar otra vez con esa treta. Dispararé la automática. Tú no puedes creer que puedan hipnotizar una pistola, ¿verdad, Sterret?

—Lo que te afirmo es que no son indios, Soames. Son más blancos que tú y yo... ¿Qué son?... ¿Y la muchacha? ¡Mi Dios!

—Lo que ellos sean ya lo averiguaremos, no temas—gruñó el americano.—¡Al diablo con la moza! Quédate con ella si la consigues. Por mi parte, atravesaría una docena de infiernos para llegar al escondrijo de donde provienen las numerosas muestras que lleva consigo. ¡Hombre, con lo que consiguiéramos acarrear en los burros y en la llama un par de veces podríamos comprar el mundo!

—¡Sí! ¡Sí! A menos que no fuera una trampa—dijo Sterret.

Soames, a quien los efectos de la bebida parecía que se le estaban evaporando, porque toda su confianza y astucia retornaban, expresó:

—Tenemos el triunfo en nuestras manos. ¡Diablos! ¿Qué tenemos en contra? ¡Dos viejos y una muchacha! Ahora te contaré lo que pienso: Yo sé quiénes o qué son; pero, cualquiera que sean, te puedo apostar que no hay muchos de ellos, porque, si así fuera, ya se nos hubieran venido encima. No; estos malditos están ansiosos de que nos mandemos a mudar, permitiéndonos llevar todo lo que queramos. ¡Pobres bobos! Creen que si nos dan lo que deseamos nos marcharemos, no retornando más a este lugar. En cuanto a lo que ellos son, te diré: quizá se mezclaron con los incas. Probablemente habrá un puñado de ellos, y saben que podemos barrerlos en seguida. Quieren deshacerse de nosotros, rápido y

en la forma más barata posible. Pero nosotros, los tres, los sabremos liquidar.

—¿Tres?—preguntó incrédulo Sterret—Cuatro querrás decir. ¿Y Graydon?

—A Graydon no lo cuentes. ¡El maldito traidor! ¿El nos vendió, no? Perfectamente, ya arreglaremos cuentas con Mr. Graydon en su oportunidad. Por el momento es de gran utilidad, debido a la muchacha. Ella se ha prendado de él. Pero cuando llegue el tiempo de dividir... ¡sólo seremos tres!... y quizá dos solamente... ¡buscas algo parecido a lo de esta mañana...

—¡Olvidado, Soames!—refunfuñó el gigante.—Ya te he dicho que fué la bebida. No lo volveré a repetir, ahora que he visto estos chismes; y trata lo que quieras con Graydon, pero déjame la muchacha. Estaría dispuesto a regatearla contigo... dándote parte de lo que me corresponde.

—¡Diablos!—dijo Soames, arrastrando las palabras—Juntos hemos corrido un montón de años, Bill, y hay bastante para satisfacer a los tres. Puedes quedarte con la muchacha por nada.

Pequeños copitos danzaban delante de los ojos de Graydon. Su mano se extendió como para levantar la falda de la tienda y agarrarse en riña con esos dos que disponían tan villanamente de Suarra, pero se contuvo.

Ese no era el camino seguro de ayudar a la joven. Sin armas, ¿qué podría hacer contra esos aventureros armados? De algún modo tenía que recuperar sus perdidas armas. Por otro lado, el peligro no era inminente. No le causarían daño hasta que llegaran al lugar del tesoro, hacia el cual Suarra había prometido guiarlos.

¿Sería verídica la explicación que Soames dió del misterio? La visión de un... ¿Qué otra explicación podía darse a una ilusión? Recordaba la sensación que había tenido cuando por primera vez había observado esas brillantes joyas púrpuras en el brazalete de Suarra. El sentimiento de que miraba en ellas grandes distancias pretéritas a los ojos actuales, de los cuales las joyas púrpuras no eran más que prolongaciones. ¿La visión no era más que una ilusión inducida por esas joyas? ¿Una fantasía de la subconciencia producida por una cualidad hipnótica que poseían? La ciencia admite que algunas gemas poseen esta cualidad. Confusamente recordaba haber leído un

conciencioso artículo que trataba de explicarlo. Algo acerca de la magnética fuerza en la luz; una fuerza dentro de esas vibraciones que llamamos color. Algo acerca de la fuerza que era atraída por un curioso mecanismo de «bastoncitos» y «conos» en la retina y de la que dependían las sensaciones que llamamos color a lo largo del nervio óptico hasta el cerebro. Esta acción de los «bastoncitos» y «conos» en la retina, según recordaba lo que el artículo decía, eran diminutas aunque efectivas descargas eléctricas. Y desde que los nervios ópticos, en realidad, no son nervios, propiamente dichos, sino prolongaciones del cerebro, esta desconocida fuerza dentro de las gemas incidían directamente sobre el cerebro, estimulando determinadas células, deprimiendo otras, afectando la memoria y juicio, creando visiones, perturbando todo ese secreto mundo, hasta que la conciencia se otuscaba, se aturdí, incapaz de distinguir entre la realidad y la ilusión.

Soames podía afirmar una verdad, estar en lo cierto, pensó también, en la interpretación que daba sobre la visita de Suarra al campamento. ¿Si tenía suficiente poder de amparo detrás de ella, no lo hubiera traído consigo? ¿No era más razonable aceptar la hipótesis del americano sobre el asunto? Y si realmente así fuera, entonces Suarra no dejaba de ser más que una muchacha con sólo dos viejos para ayudarla, porque de que la figura en amarillo era un anciano, como el de azul, no cabía la menor duda.

Todo esto significaba que sólo él Graydon, solidificaba la verdadera fuerza con que Suarra podía contar realmente para su protección.

Había analizado toda esta telaraña de razonamientos con la velocidad de un sueño; cuando hubo llegado al último hilo ya se encontró deslizado unos veinte pasos atrás; esperó por un minuto o dos; después, sin hacer ruido, se dirigió a la tienda. Por primera vez en muchas horas se sintió en plena posesión de sí mismo, de manera que confrontaba claro delante de él. Débilmente reconoció de que había glosado y apartado arbitrariamente en muchos pensamientos.

No importa; se encontraba contento de pisar la tierra otra vez con sus propios pies, de pasar el plumero a las innumerables te-

larañas de misterios, de volver al sentido común. Alegre y más seguro, entró en la tienda.

—¡Ha tardado bastante en venir!—dijo Soames, de nuevo con sus viejas sospechas—¿Hablando, después de lo que le he dicho?

—¡Ni una palabra!—contestó alegremente Graydon, y se ocupó con su equipaje—A propósito, Soames—continuó como al descuido,—¿no le parece que debe terminar esta tontería y devolverme las armas?

Soames no respondió, continuó empacando apresuradamente sus ropas y utensilios.

—¡Perfectamente!—siguió Graydon.—Sólo pensaba en que las podría precisar cuando nos apuraran; pero si usted quiere que me quede mirando a la luna mientras ustedes arreglan el berenjenal, bueno, a mí no me importa lo que ocurra...

—Es mejor que le importe—contestó Soames, sin volverse, y su voz cambiaba de áspera en grave.—Es mejor que le importe, Graydon. Si nos apuran, no queremos correr el riesgo de recibir una bala por la espalda. Ese es el porqué no le damos sus armas. De cualquier manera, si nos apuran, no nos vamos a arriesgar por usted, ¿me entiende?

Graydon se encogió de hombros. En silencio terminaron de arreglar las maletas, de desarmar la tienda y de cargar los burros.

Suarra permanecía esperándolos al lado de la llama blanca. Soames caminó hasta donde ella estaba, sacó de la cartuchera su automática y la balanceó en su mano extendida.

—¿Sabe lo que es esto?—preguntó.

—Sí, por supuesto—contestó ella.—Es el arma más mortífera de los de su clase.

—Así es—continuó Soames,—y desparra la muerte con rapidez, más rápido que lanzas y flechas.

Levantó la voz de manera que no cupiera duda que los de la capucha azul y amarilla lo oyeran también.

—Ahora, hermana, yo y estos dos hombres aquí—señaló a Sterret y a Dancre—llevamos éstas y otras más mortíferas aun.

»Las armas de este hombre—señalando a Graydon—están en nuestro poder. Sus palabras deben ser la más pura verdad, así lo espero... por su propia vida, por la de este hombre y por la de los que vinieron con usted. Muerte rápida, primero a ellos.

De usted nos ocuparemos más tarde, en la forma que nos parezca más conveniente.

La escudriñó por entre las ranuras de sus ojos, que brillaban fríamente.

—¿Me entendió?—gruñó como un lobo hambriento.

—Perfectamente entendido.—Su rostro y los ojos de Suarra estaban calmos, pero había más de un toque de desprecio en su voz—¡No tiene por qué dudar de nosotros!

—¡Nosotros no!—dijo Soames—Usted tiene mucho que temer... ¡de nosotros!

Soames momentáneamente la observó amenazante; después lentamente corrió la pistola dentro de la cartuchera.

—Usted vaya adelante—ordenó,—sus acompañantes detrás. Después usted—señaló a Graydon.—Nosotros marcharemos a la retaguardia... con las armas listas.

Sin emitir una palabra, Suarra rompió la marcha al lado de la cabeza de la llama blanca, detrás proseguían los dos encapuchados. Una docena de pasos distanciado de ellos iba Graydon. Cerrando la fila de burros, siguieron el gigante Sterret, el flaco del americano y el pequeño Dancre. Los rifles listos, los ojos vigilantes.

Y así cruzaron por entre los gigantescos algarrobos y se internaron en los misteriosos espacios que se extendían más allá...

LA «COSA» QUE HUÍA

Marcharon sobre la vasta y monótona sabana durante casi una hora, cuando, abruptamente, Suarra dió vuelta a la izquierda entrando en las florestas que cubrían los flancos de una gran montaña. Pronto los árboles se espesaron encima de ellos.

Graydon no veía ningún sendero, y sin embargo la muchacha caminaba con seguridad, sin pausas. Sabía que debía haber marcas que la guiaran, desde que su camino los llevaba a un lado, ora al otro; una vez se dió cuenta de que habían hecho casi un perfecto círculo. Sí, efectivamente, existía algún sendero; a menos que Suarra a propósito tratara de confundirlos para impedirles la retirada.

Sus ojos encontraban a su alrededor nada más que inmensos troncos de árboles, mientras que el espeso techo de hojas ocultaba la más pequeña visión del sol, escondiendo

la penumbra los medios de descubrir la dirección.

Otra hora transcurrió; el camino empezaba suavemente a subir y las sombras a crecer más densas, más profundas tornáronse, y más profundas aun, hasta que la muchacha no fué más que una deslizante sombra.

Al encapuchado de ropaje color azul apenas se lo podía ver, pero el de amarillo se delineaba agudamente, con su apariencia de ave repentinamente acentuada, como si hubiera sido un monstruoso pájaro amarillo.

Una o dos veces Graydon había echado una ojeada a los tres hombres detrás de él.

La obscuridad los volvía cada vez más intranquilos. Caminaban agrupados, con sus ojos y oídos forzados para percibir la menor señal de emboscada. Y ahora, mientras la verde lobreguez crecía más densa aun, Soames se adelantó y en forma cortante le ordenó que se juntara con Dancre y Sterret. Por un instante hesitó; creyó leer la idea del crimen en los ojos del americano; dándose cuenta de la futilidad de toda resistencia, retrocedió. Soames siguió adelantándose hasta estar bien atrás de los encapuchados. Éstos no volvieron las cabezas, como tampoco la muchacha.

Con un visaje picaresco, Dancre le señaló su puesto entre Sterret y él.

—Soames ha cambiado de plan—susurró.—Si algo ocurre liquida a los viejos diablos. Guarda a la joven para negociarla con su gente. Lo retiene a usted para sacar provecho en la misma forma que trabajó el asunto de la muchacha, ¿no?

Graydon no respondió. Ya se había dado perfecta cuenta de lo que significaba esa maniobra. Pero una ola de regocijo pasó rápidamente por su cuerpo.

En el preciso instante que el francés se había apretado a él, sintió la automática en su bolsillo del costado. Si sobreviniera un ataque, pensaba, saltaría sobre Dancre, le arrebatara la pistola y ganaría, a lo menos, una oportunidad de pelear con probabilidad. Se mantuvo tan cerca de él como era posible, sin despertar sospechas.

La obscuridad creció en el bosque, las figuras enfrente de él sólo eran meras sombras movibles. Después, aceleradamente, la lobreguez empezó a aclararse.

Se le ocurrió que ellos habían estado

pasando a través de una hondonada o desfiladero cuyas invisibles paredes se apretaban encima de ellos y que ahora la habían dejado a sus espaldas.

Unos pocos minutos más tarde supo que estaba en lo cierto. Adelante de ellos descollaba una prodigiosa entrada, una fisura cuyos costados se elevaban a miles de pies. A la distancia, en lontananza, la luz del sol inundaba a chorros, deslumbrante. Suarra se detuvo en el umbral rocoso con gesto de advertencia; se asomó y, con un ademán de cabeza, les indicó seguir la interrumpida ruta.

Parpadeando, Graydon pasó por el portal. Detrás y a cada costado se levantaban altísimas moles de granito. Observó una ancha planicie cubierta de pastos y salpicada con monumentales y aisladas rocas que se elevaban del verde, como los menhires de los druidas. No poseía árboles. La planicie tenía la forma de un plato, tan enorme como simétrico, aparentando haber sido modelada por el pulgar de un ciclópeo alfarero.

Derecho a través de ella, como a cinco millas o más de distancia, los bosques comenzaban nuevamente. Éstos revestían la base de otra gigantesca montaña, cuyas paredes se elevaban perpendicularmente una milla aproximadamente en el aire. La suave pendiente se delineaba; vió un arco de círculo tremendo, tan redondo como el cono del Fujiyama, pero cientos de veces su periferia.

Volvió a su memoria el cuadro de ese escondido valle circular, con sus colosos bañados por la luna, con su ciudad fantástica, dentro de la cual había sido llevado por los ojos púrpura de la Madre Serpiente, en su sueño de la noche pasada... Después de todo comprendía que no era un sueño, sino una visión real y verdadera... ¿Eran estos precipicios circulares la concha exterior de ese increíble lugar?...

¡La historia de Suarra!... ¿Verdadera?

Estremecido la miró. La joven estaba a una docena de pasos de distancia, con una mano en el cuello de la llama blanca, y observando intensamente la planicie. Sus ojos denotaban ansiedad, pero no la había en la actitud de esos dos extraños servidores de ella.

Tan silenciosos, tan impasibles, tan des-

pegados como siempre, parecían esperar el próximo movimiento de la muchacha.

Y ahora Graydon notó que ellos estaban en un ancho borde que circundaba esta vasta concavidad oval. Este estante era cien pies más elevado que el fondo del valle, cuyos costados declinaban como los lados de un enorme platillo y, llevando otra vez la sugestión de un enorme plato, cuyo borde sobresalía hacia afuera como formando un reborde. Imaginó que había una concavidad bajo sus pies, y si uno cayera sobre el costado, sería casi imposible escalarlo, debido a la saliente. La superficie era de doce pies, más o menos, de ancho, y parecía más una carretera nivelada por manos humanas, que una obra de la naturaleza.

Su límite más cercano lo formaba una pared de rocas cubierta de árboles, inescalable.

Por un costado, la encorvada concavidad del valle con sus fantásticos monolitos y la pendiente circular de la misteriosa montaña; por el otro, el boscoso acantilado.

Hubo un movimiento en las matas donde los árboles terminaban su abrupto desierto. Un animal parecido a una cabra salió de su refugio y se detuvo, con la cabeza levantada, olfateando al aire.

—¡Carne!—exclamó Sterret. Su rifle hizo fuego. La bestia cayó en el sendero, se sacudió y quedó inmóvil. Suarra dió un salto desde el costado de la llama y enfrentó al gigante, con ojos de ira y, más que de ira, como así le pareció a Graydon, de terror.

—¡Loco!—gritó, golpeando el suelo con el pie—¡Loco!... Corra al desfiladero... ¡Rápido!... Ustedes también...

Ella se precipitó hacia la llama, la tomó de las riendas y la condujo junto a los burros y los cuatro hombres, al amparo de la boca del desfiladero.

—Usted—se dirigió a Soames,—si desea alcanzar ese oro que lo tiene sediento, vea que este hombre no use más esa arma mortífera mientras estemos en este lugar. Ni tampoco ninguno de ustedes. Ahora estén aquí, quietos, hasta que yo avise y ordene seguir adelante.

La joven no esperó la respuesta. Corrió hasta la boca del desfiladero, acompañada de Graydon, y se detuvo allí, escrutando las distantes florestas. Y una vez más, y con más fuerza que nunca, la impasibili-

dad, la inhumana inmovilidad, la indiferencia de esos dos enigmáticos servidores sobrecogieron a Graydon.

Ellos no se habían movido de su lugar. Suarra dió un paso hacia ambos misteriosos y medio extendió sus desvalidas, suplicantes manos. Ellos no traslucieron movimiento alguno... y dando un pequeño pero descorazonado suspiro, Suarra dejó caer sus manos y volvió a escudriñar la planicie.

Una idea, una vaga verificación fluctuó en la mente de Graydon. ¿Estas dos encapuchadas figuras eran poseedoras del Poder?... ¡No se había equivocado en reconocerlos como los Dos Señores del luminoso templo! Pero el poder que ellos sustentaban no sería gastado en salvarlo a él o a los otros tres de las consecuencias de sus propios actos; no sería interpuesto entre cualquier peligro que ellos mismos pudieran evitar.

¡Sí, eso era!... Seguramente había un misterioso voto que Suarra prometiera a los dos desconocidos y siniestros personajes. La joven dijo en su oportunidad que trataría de salvarlo a él, si podía. También prometió a los otros tesoros y libertad... si ellos eran capaces de ganarla. Muy bien, la encapuchada pareja no se entremetería, pero tampoco los ayudaría. Eran jueces, observando un juego trágico y cruel. Ellos habían dado a Suarra permiso para jugar a ese juego, pero dejando su desarrollo a cargo exclusivo de la joven.

Que la protegerían, a pesar de todo, también lo creía. Y con esa convicción, un gran peso se quitó de su cabeza. Ahora entendía perfectamente la ansiedad de la muchacha. No era por sí misma, sino ¡por él!...

—¡Suarra!—murmuró. Ella no volvió la cabeza, pero se estremeció al escuchar su voz.

—Vuélvase—respondió.—Esos por quienes observo tienen vista aguda. ¡Quédese junto a los otros!...

Repentinamente oyó (Graydon lo hubiera jurado) el remolineante latido de grandes alas por sobre su cabeza. No distinguió nada de extraordinario. Pero la joven elevó sus brazos con singular gesto suplicante y habló en palabras cuyos sonidos eran desconocidos para él, todos discordantes y flúidos en letras labiales y suaves sibilantes.

Una vez más oyó el batir de alas y después no muy lejos, pero débil, muy débil, una nota del endiablado cuerno. Suarra dejó caer los brazos; con ademán le indicó reunirse con los otros. Desde el sombrío desfiladero, Graydon la examinó. Lentos minutos pasaron. Nuevamente oyó rasgar a los aires la fatídica nota del cuerno; el débil aleteo como de alas batiendo velozmente arriba de la joven... Y, desesperadamente, por más que trató de ver algo, no descubrió más que la tranquila inmensidad del cielo.

Como si hubiera recibido algún mensaje, Suarra se volvió y en su rostro ya no se reflejaba más la ansiedad y la preocupación. Hizo un ademán.

—¡Salgamos!—dijo—Nadie ha oído nada. Podemos continuar... Pero recuerden lo que les he advertido. La segunda vez no se salvarán...

Iba adelante, rompiendo camino, con su llama. Cuando estuvo al lado del animal caído como consecuencia de la puntería de Sterret, se detuvo.

—Recoja eso—ordenó—y arrójelo entre los árboles, lo más lejos posible del sendero.

—¡Diablo, Soames!—gritó Sterret—¿Nos despedimos de eso?... ¡Es carne buena! La acomodaré en uno de los burros.

Pero Soames estaba mirando a la joven.

—¿Temerosa de que alguien nos siga el rastro por culpa de esto, no?—preguntó.

Suarra afirmó con un movimiento de cabeza. Algo de su cinismo desapareció de la cara del americano.

—¡Ella tiene razón!—Se dirigió rápidamente a Sterret.—Levántalo y arrójalo lejos; y haz como ella ordena. Creo que la muchacha va a jugar derecho con nosotros. Y basta de disparos... ¿me entiendes?...

Sterret levantó al animalito y descansadamente lo arrojó entre los árboles. La caravana prosiguió su marcha por el camino. El mediodía vino, y en otro desfiladero que se abría sobre este extraño sendero almorzaron apresuradamente, sin gastar tiempo en descargar a los burros.

Cerca del lugar corría un cantante arroyuelo, y en su rápida corriente llenaron las cantimploras ya vacías y después lavaron los animales. En este aparte, Suarra no se reunió con ellos. Se mantuvo alejada junto a los dos encapuchados.

Por la tarde arribaron cerca del extremo norte de la concavidad. A través de todo el día la circular montaña que atravesaba la planicie había desarrollado su vasto arco de acantilados. Y durante el resto del día la vigilancia de Suarra de su boscosa base no había cesado. Se levantó un poco más tarde un viento molesto, que soplaba contra ellos desde esos boscosos declives, haciendo inclinar las cabezas de los altos pastos a ras del suelo.

De pronto, nítido entre el ruido del viento, Graydon oyó un débil, lejano clamor, un imponente silbido, penetrante y ávido, como un erecto ejército de serpientes. Suarra también escuchó esa particularidad, porque se detuvo y permaneció tensa, con el rostro vuelto en dirección a los extraños sonidos. Éstos se repitieron con mayor intensidad. Su bella cara palideció, pero su voz cuando habló era tranquila.

—El peligro se acerca—dijo reposadamente.—Peligro mortal para ustedes. Puede que pase y... pueda que se detenga... Hasta que sepamos lo que nos espera, ustedes deben esconderse. Lleven sus animales y átenlos en esa maleza—señaló el costado de la montaña, donde había lugar de sobra para cubrirlos.—Ustedes cuatro vayan a los árboles y escóndanse detrás de ellos. Aten o cubran los hocicos de sus animales para que no hagan ruido.

—¡Ajá!—gruñó Soames—¿Con que aquí está la trampa, eh? Perfectamente, hermana, ya sabe lo que le he dicho. Nosotros nos iremos entre los árboles, pero usted también con nosotros, a donde la podamos tener a mano...

—Iré con usted—fué la respuesta, dada con indiferencia.—Si esos que llegan no han sido traídos por el ruido del arma mortífera de ese loco—dijo señalando a Sterret,—ustedes pueden ser salvados. Pero si es el caso contrario, ninguno saldrá con vida...

Soames, con mirada penetrante, fijó su vista en la joven, luego se volvió bruscamente.

—Dancre—ordenó,—Sterret, metan a los burros ahí. Usted, Graydon, quédese con ellos y vea de que no hagan ruido. Nosotros permaneceremos cerca, con las armas listas... y nos quedaremos con la muchacha, no se olvide de eso...

De nuevo se escuchó en el aire el penetrante silbido.

—¡No pierdan tiempo!—gritó Suarra.

A toda velocidad se escondieron. Cuando los árboles y las malezas hubieron cerrado sobre ellos, vino a la mente de Graydon, que estaba agazapado detrás de los burros, que no había visto a los dos encapuchados familiares de Suarra juntarse en la precipitada retirada en busca de la protección de los bosques. Estaba sobre el borde del sendero y cautelosamente apartó el ramaje. Atisbó.

¡Los dos habían desaparecido del camino!

Simultáneamente, la misma idea se le ocurrió a Dancre; su voz se oyó desde un tronco cercano.

—Soames, ¿dónde se han metido esos viejos diablos con la moza?

—¿Dónde se han escondido?—repitió Soames turbado—¿Qué?... ¡Han venido con nosotros, por supuesto!...

—Yo no los he visto—insistió Dancre.—Creo que no, Soames. Si vinieron, ¿dónde están entonces?

—¿Vé esos dos individuos en el camino, Graydon?—llamó Soames. El tono de su voz denotaba ansiedad.

—¡No!—fué la respuesta breve de Graydon.

Soames juró con perversidad.

—Así que éste era el juego, ¿eh?—gruñó—¡Es una trampa!... ¡La habían preparado y han huído para traerlos aquí!

Se dirigió a Suarra en aymará:

—¿Sabe usted dónde están esos hombres suyos?—preguntó amenazante.

Graydon lo oyó reír y recién supo de que ella estaba cerca del americano, con Dancre y Sterret flanqueándola.

—Ellos van y vienen según sus voluntades—fué la respuesta.

—¿Ellos van y vienen según sus voluntades?—repitió incrédulo y broncamente—¡Llámelos!

—Los llamo—rió la joven,—pero ellos no obedecen mis órdenes; al contrario, yo debo hacer lo que ellos deseen.

—¡No hagas eso, Soames!—El grito de Dancre fué cortante y revelaba a Graydon que Soames debía haber hecho algún movimiento amenazador.—Si han huído no los puedes hacer volver atrás. Nosotros tenemos a la muchacha... ¡Párate, te digo!...

Graydon saltó sobre sus pies. Hubiera

balas o no, él pelearía por la joven. Cuando se disponía a saltar, un repentino golpe de viento abatió los árboles, trayendo un estallido de fantásticos silbidos, estridentes, en un demoníaco tono apagado, cercano, que lo llenó de un no común terror de pesadilla.

Instantáneamente se escuchó la voz de Suarra:

—¡Al suelo, Graydon, al suelo!...

Después la de Dancre, temblorosa, como con el mismo miedo que lo embargaba a él.

—¡A tierra!... Soames no la va a tocar... ¡Por la bondad de Dios, escóndase, Graydon, hasta que sepamos lo que se nos viene!...

Graydon se volvió, inspeccionó la planicie delante de él y nuevamente se agazapó detrás de los burros. En este momento, desde las florestas, que del escondite no distaban más de una milla, vió precipitarse afuera un reguero de vívida luz escarlata que se arrojó sobre el pasto y corrió con increíble velocidad derechamente contra uno de los monolitos, que estaban emplazados aproximadamente a tres cuartos de la distancia del valle, y cuyo tope llegaba a cincuenta o más pies por sobre el verde. Desde la altura en donde Graydon se hallaba, él pudo ver el terrible ímpetu de esa «cosa» escarlata a través de los pastos. Mientras se escondía, se le ocurrió que cualquier cosa que fuera debía ser de una sorprendente longitud para poder ser visible tan plenamente a esa distancia. ¿Y qué era?... ¡Corría como un gigantesco insecto!

Apartó las ramas del matorral, que impedían una visual feliz, y atisbó de nuevo. La «cosa» escarlata había alcanzado la base del monolito.

Mientras observaba, la vió alcanzar el tope, en donde se detuvo y pareció levantar su cabeza con cautela y escrutar la floresta de la que había salido.

El aire era diáfano, y contra el fondo de la roca el vivamente coloreado cuerpo se destacaba.

Graydon descubrió seis largas, finas pier-nas, con las cuales se aferraba a la superficie rocosa. Había algo en ese cuerpo que lo mostraba monstruoso, extrañamente repugnante. Su colorido, su explorante actitud, y la forma de la cabeza eran más

monstruosas todavía, desde que llevaban una vaga e increíble sugestión de ser humano.

Repentinamente, la forma escarlata se deslizó hacia el suelo y corrió con la misma velocidad a través de los pastos, directamente a donde Graydon vigilaba. Un instante más tarde, de la floresta irrumpió lo que al principio creyó que era una jauría de inmensos perros de caza; después tuvo la seguridad de que, cualquier cosa que fueran, ciertamente perros no eran. Venían dando grandes saltos, que le traían a la memoria el movimiento del canguro. Y mientras saltaban, relucían en el sol con fulgores de verde y azul, como cubiertos con una malla de esmeraldas y topacios.

Tampoco los perros usaban la lengua como ellos. Silbaban mientras corrían, penetrantemente, acentuado el endiablado bajo tono. Era una monstruosa silbatina que taladraba los oídos, que ahogaba todos los sonidos y que mortificaba los nervios con dedos de un terror primitivo.

La «cosa» escarlata se arrojaba a la derecha, a la izquierda, frenéticamente; después se agazapó, inmóvil, en la base de otro monolito.

Ahora de la floresta se precipitó otra forma, brillante también, pero con un centelleo negro, como si su cuerpo estuviera enfundado en lustroso azabache. Su volumen era el de un caballo gigante, pero su cuello era largo y en forma de reptil. En la base de su cuello, a horcajadas, vio con toda nitidez la figura de un hombre. Una docena de saltos y estuvo pisándole los talones a la reluciente jauría que estaba oliendo y dando vueltas entre el monolito y la floresta.

—¡El Xinli!—oyó la voz de Suarra de arriba de él.

El Xinli era el nombre que ella había dado a las bestias del brazalete, que sostenían entre las garras la fuente en donde se apoyaba la Madre Serpiente.

¡LOS DINOSAURIOS!

Su burro estaba a su lado. Con mano temblorosa alcanzó una valija y retiró sus prismáticos. Los enfocó sobre la jauría. Ellos flotaban nebulosamente en los lentes; arregló el foco. Directamente en su línea de visión, en el centro del lente, estaba una

de las criaturas, que se había parado, rígida, observante, dándole el costado, como si fuera un perro de caza. Los excelentes prismáticos lo retenían en el aumento tan cerca que parecía que lo podría tocar si extendiera la mano.

¡Era un dinosaurio!

Aun achicado a las medidas de un gran perro danés, no era posible la equivocación. Era uno de esos erectos y monstruosos lagartos que millones de años atrás habían reinado en la tierra, y sin cuya extinción, así lo enseña la ciencia, el hombre no hubiera podido levantarse, tiempos después, para tomar posesión de este planeta. Graydon pudo ver que su cola, cónica y en forma de azada, junto con las poderosas y bien plantadas patas traseras, formaba un trípode sobre el cual el animal se sentaba. Su cuerpo estaba casi erecto. Tenía dos patas, o brazos delanteros, absurdamente cortas, pero musculosas y tan poderosas como aquellas sobre las cuales se sentaba. Las sostenía medio curvas, como si fueran a abrazar. Y sus extremos no terminaban en garras, sino en amplias manos, que sostenían cada una cuatro despiadados espolones, de los cuales uno sobresalía como un enorme pulgar, y cada uno de ellos armados con uñas afiladas como cinceles.

Lo que había creído una malla de zafiros y esmeraldas, eran las escamas de este diminuto dinosaurio.

Éstas se sobreponían unas sobre las otras, como las placas del armadillo, y sobre esta bruñida superficie azul y verde los rojos rayos del sol, al reflejarse, daban la impresión de destellos de piedras preciosas.

La criatura giró la cabeza sobre su corto cuello; parecía mirar derecho a Graydon. En su inclinada, huesuda y estrecha frente lucían dos fieros ojos rojos. Su ocico semejaba al de un cocodrilo, pero más pequeño, como truncado. Sus quijadas, babeantes, estaban tachonadas de blancos, largos y puntiagudos colmillos.

En una fracción de segundo, Graydon grabó estos detalles en su mente. Entonces, al lado de este dinosaurio, saltó la bestia del jinete. Rápidamente sus ojos lo abarcaron; también era un verdadero dinosaurio, pero con escamas de ébano, su cola más larga, sus patas traseras más finas y el cuello cilíndrico, cinco veces más grueso

que la porción central de una boa gigante. Graydon corrió su vista sobre el jinete.

Graydon lo reconoció inmediatamente como a uno de la propia raza de Suarra, quienquiera pudiera ser. Tenía la misma marfilina blancura de piel y la misma más que clásica regularidad de facciones. La cara, como la de ella, era hermosa, pero tenía estampado un inhumano orgullo y una inexorable, indiferente crueldad, igual a un desalmado. Llevaba bien ceñido al cuerpo un ropaje verde. Su cabello era de un brillante color oro, que resplandecía al sol con casi el brillo de las escamas del dinosaurio. Se sentaba sobre una ligera montura atada al cuello del extraordinario corcel justo en la cruz. Pesadas riendas corrían hasta la boca de la fina y larga, como de serpiente, cabeza del dinosaurio azabache.

Con mano inanimada, Graydon dejó caer los anteojos. ¿Qué clase de gentes eran éstas, que cazaban con dinosaurios por perros y con un dinosaurio como cabalgadura?

Sus ojos se deslizaron hasta la base del monolito en donde la «cosa» escarlata se había agazapado. Ya no estaba más allí. Alcanzó a ver un resplandor carmesí en los altos pastos a menos de mil pies del lugar de donde él observaba. Cautelosamente la «cosa» se arrastraba hacia el borde de la planicie en forma de estante o ceja. Se preguntaba admirado si esa «cosa» podría trepar y pasar ese saliente borde. Se estremeció. Lo sobrecogió un profundo miedo. ¿Podría esa manada de dinosaurios trepar o saltar sobre ese borde en persecución? Si así...

Se oyó un chillante y agudo clamor, como si de miles de bocas se escapara todo el odio del infierno. Esa inmensa manada había encontrado el rastro y lo seguían, brincando, cuyo conjunto parecía una enorme ola de reluciente verde y azul.

Mientras tanto, la «cosa» escarlata saltó afuera de los pastos, a no más de cien yardas de donde ellos estaban escondidos.

Y Graydon la miraba paralizado, con un espantoso horror en su corazón. Oyó que detrás de él Soames juraba incrédulamente; que Dancre refunfuñaba con el mismo horror que él mismo sentía.

La «cosa» escarlata se balanceaba sobre dos largas y finas patas, con la cabeza so-

bresaliendo a más de quince pies del suelo. Alto, sobre estas sancudas patas, estaba su cuerpo, casi redondo y no más grande que el de un chico. De sus hombros se movían cuatro brazos, tan largos y tan finos como las patas, de ocho o más pies de longitud. Eran brazos humanos, pero estirados como goma hasta alcanzar a tres veces la longitud normal. Las manos, o garras, resplandecían blancas. Al cuerpo, brazos y patas los cubría un brillante y sedoso bello escarlata.

¡La cabeza era humana!

Era una cabeza de hombre con rostro de hombre, tostada; con nariz de halcón; la frente ancha e inteligente; los ojos extraordinariamente grandes, sin pestañas y saturados de un mortal terror.

¡Un hombre araña!

Un hombre que, por un arte infernal, había sido moldeado en un mecánico parecido a un arácnido tejedor, sin que la estampa de su origen esencialmente humano hubiera sido borrado en la elaboración.

Sólo por un momento el hombre araña estuvo así expuesto. La manada se le estaba echando encima, como una nube de dragones. Emitió una aguda, elevada nota, como un agónico lamento, que se oyó por encima del estruendoso silbar de la manada.

Se arrojó, como un rayo de escarlata, derecho contra el borde de la planicie.

Por debajo del hombre araña, Graydon oyó los frenéticos sonidos de trepada y arañosos. Dos manos de dos pies de largo, brillando pálidamente, se precipitaron sobre el borde, agarrándolo con largos dedos, que eran como corvas agujas de hueso cubiertas de durezas. Las manos se aferraron y echó adelante sus brazos cubiertos de bello escarlata.

El hombre araña estaba trepando... y la ola de dinosaurios le estaba pisando los talones.

El espasmo de terror que embargaba a Graydon se rompió.

—¡Un arma!—gritó, respirando con dificultad—Por el amor de Dios, Soames, deme un arma.

Contra su voluntad, su mirada retrocedió hasta estas fantásticas, aferrantes manos. Le pareció que veía una vara que hendía el aire y las tocaba, la misma larga

vara azul que últimamente había visto que el encapuchado servidor de Suarra, vestido en azul, llevaba.

Si se había equivocado o no, lo cierto es que los afilados dedos de las garras se abrieron convulsivamente, se aflojaron, resbalaban.

La reluciente manada y el dinosaurio ébano estaban ocultos a su vista por la proyección del camino en forma de estante o ceja. Pero de ese escondido declive partió un diabólico, triunfante grito. Un instante más tarde, y dentro del alcance de su visión, apareció el gran dinosaurio negro con su jinete de cabellos dorados gritando; detrás saltaba la manada con escamas como de joyas. Cruzaron la planicie como una tronante nube perseguida por relámpagos de esmeraldas y zafiros. Entraron en la floresta y desaparecieron.

—El peligro ha pasado—oyó Graydon que Suarra decía serenamente.—Vamos. Debemos proseguir más rápido ahora.

Ella salió de las sombras de los árboles y vino tranquilamente a él. Soames, Dancre y Sterret, con las caras lívidas y temblando, se amontonaron cerca detrás de ella. Graydon se levantó; trató de exhibir algo de su antiguo aire tranquilo. Ella le sonrió. De nuevo en sus ojos se vio ese medio tímido signo de aprobación hacia él.

—Era nada más que un tejedor—gentilmente dijo ella.—Tenemos muchos de éstos. Trató de escapar, o quizá Laritlu le abrió las puertas para que pudiera escapar y entonces tranquilamente cazarlo. Laritlu siente pasión por cazar con Xinli, o quizá sea que su tejido estuviera mal hecho y este sea su castigo. De cualquier manera, ha sido una suerte de que no haya ganado el camino, desde que si lo hubiera conseguido, Xinli y Laritlu casi seguro lo habrían seguido. Y entonces...

No terminó la frase, pero el encogimiento de sus hombros fué elocuente.

—¡Nada más que un tejedor!—irrupió Soames con rudeza—¿Qué quiere decir? ¡Mi Dios en el cielo, si tenía cabeza de hombre!

—¡Era un hombre!—apenas pudo decir Dancre.

—No—respondió Suarra dirigiéndose todavía a Graydon, sin prestar atención a los otros.—No, no era un hombre, por lo menos no como es usted. Es verdad que hace

mucho, muchísimo tiempo atrás, sus antecesores eran hombres como usted. Pero no éste. Él es... nada más que un tejedor.

Ella salió al sendero. Y Graydon, siguiéndola, vió que allí, esperando, tan quietamente, tan silenciosos y tan tranquilos como si no se hubieran movido desde que él junto con sus compañeros habían huído, estaban los encapuchados familiares de Suarra. Inmóviles, esperaron mientras ella hacía avanzar la llama blanca. Y mientras Suarra pasaba al lado de Graydon, le murmuró:

—El tejedor no tenía alma. Yu-Atlanchi lo inmoló como usted lo vió. Pero, recuérdelo, Graydon, cuando llegue al final de nuestro viaje.

La joven tomó su puesto a la cabeza de la pequeña caravana. Los encapuchados detrás de ella. Soames tocó a Graydon, despertándole del rígido aturdimiento al cual lo habían arrojado estas últimas palabras.

—Vaya a su antiguo puesto—dijo Soames.—Nosotros lo seguiremos. Más tarde hablaremos con usted, Graydon. Quizá le entreguemos sus armas... si es razonable.

Suarra se volvió.

—Apúrense—urgió;—el sol se está poniendo y hemos de andar rápido. Antes de mañana al mediodía ustedes verán el jardín de joyas y la viviente corriente de oro, para que ustedes se aprovechen de él... o él de ustedes... Como ustedes lleguen a desear.

Echaron a andar por el bordeante camino.

La planicie estaba en silencio, desierta. Ningún sonido venía de las lejanas florestas. Mientras caminaba, Graydon trabajaba su mente para acomodar todos los detalles de la veloz tragedia que hacía un rato había presenciado y lo que la muchacha le había dicho. A la «cosa» escarlata la había llamado tejedor... que no tenía alma y no era hombre. Una vez más le había advertido del poder de ese escondido, misterioso Yu-Atlanchi. ¿Qué le había dicho antes de ese poder? ¿Que mataba las almas... o las transformaba!

¿Un tejedor? ¿Un hombre araña sin alma, pero cuyos antecesores, tiempos atrás, habían sido hombres como él? Así había dicho ella. ¿Quería Suarra decir que en ese lugar que denominaba Yu-Atlanchi moraban esos que podían transformar no

sólo el invisible habitante de nuestros cuerpos que llamamos alma, sino cambiar a voluntad la casa del espíritu?

¿Un tejedor? ¡Un hombre araña cuyos brazos y patas eran finos y largos como los de una araña, cuyas manos eran como agujas de hueso cubiertas de bello, cuyo cuerpo era redondo como de una araña!

Y también había dicho que la «cosa» escarlata podía haber ofendido a Laritlu por su tejido. ¿Laritlu? El jinete del dinosaurio azabache, por supuesto.

¡Un tejedor! Un cuadro pasó con la velocidad del rayo por su cerebro, claramente delineado como si sus ojos lo estuvieran viendo. Un cuadro de la «cosa» escarlata en una gran red, moviéndose en ella con sus largas y finas patas, haciendo sonar con golpes secos sus manos con dedos como agujas; un cerebro humano en un supercuerpo de araña, tejiendo, tejiendo... las mismas ropas que Suarra usaba.

¡Un vasto salón de gigantes redes, cada una con su tejedor, con cabeza de hombre, con cara de hombre, y con cuerpo de araña!

¿Sería verdad ese cuadro? Repentinamente estuvo seguro de ello. No era imposible. Sabía que Roux, el gran hombre de ciencia francés, había tomado huevos de rana y bajo ciertos manipuleos, producido ranas gigantes y enanas; ranas con dos cabezas y un cuerpo; ranas con una cabeza y ocho patas; ranas de tres cabezas y de innumerables patas. Y otros monstruos también había modelado de la misma esencia de la vida; vidas monstruosas que no eran como nada que la tierra jamás hubiera visto; seres de pesadillas, forzaba matarlas... y rápidamente.

Si Roux había hecho esto, y Graydon lo sabía, entonces, ¿no era posible para más grandes científicos tomar hombres y mujeres, y por medios similares criar... tales criaturas como la «cosa» escarlata? ¿Un hombre araña?

La propia naturaleza había dado al científico francés la clave sobre la cual sus experimentos se basaban. La misma naturaleza producía, de tiempo en tiempo, tales anomalías; monstruos humanos marcados interior y exteriormente con el estigma de la bestia, del pez, y aun del insecto.

En el largo desarrollo de la especie hu-

mana, desde la partícula de la primitiva gelatina en las superficiales orillas de los primeros mares, había pasado por millares de formas. Y mientras se perfeccionaba en las sucesivas transformaciones, sus primos la conservaban, viniendo a ser a través de los tiempos el pez que pescamos hoy, los caballos que montamos, los monos que traemos del bosque para que nos diviertan en las jaulas. Aun las arañas que hilan en los jardines del hombre, el escorpión aplastado bajo el peso de sus pies, eran sus distantes hermanos de sangre, que de los antiquísimos pitecántropos, saltaron de forma en forma en lo que es hoy, en fin, el hombre mismo.

¿No tenía, acaso, toda la vida sobre la tierra un origen común? Divergentes y de múltiples formas eran ahora. El hombre y la bestia, el pez y la serpiente, el lagarto y el ave, la abeja, la hormiga y la araña, todos habían provenido de estas pequeñas partículas de gelatina que a la ventura se encontraban en los superficiales litorales de los mares de una tierra todavía caliente y palpitante con las primeras vibraciones de vida. «Protalbion» era el nombre que él recordaba que Gregory de Edinburg había dado a esa primera materia de vida de la cual toda la vida debía de emerger.

¿Podían los gérmenes de todas esas formas por las cuales había pasado la humanidad en su incesante progreso, estar latentes en el hombre? ¿Estarían esperando una mano maestra de la ciencia que los despertara, y una vez despiertos fundiera bajo la forma de un hombre?

¡Sí! La Naturaleza había producido tales monstruosidades, y a menos que esas formas yacieran en estado latente y fueran capaces de revivir, la misma Naturaleza no lo hubiera podido llevar a cabo, porque la Naturaleza no puede construir algo de la nada. Roux, estudiando el procedimiento de la Naturaleza, lo aplicó en el crisol de nacimientos, y modeló allí sus monstruos de esos gérmenes latentes, tal cual la Naturaleza lo había hecho.

¿No podía ser, entonces, que en Yu-Atlanchi moraran esos que conocían tan bien los secretos de la evolución, de manera que en los laboratorios de nacimientos pudieran crear hombres y mujeres y cosas en cualquier forma que desearan?

Un telar no es más que una monótona

máquina en la cual los dedos trabajan más o menos torpemente. La araña es, a la vez, una máquina y un viviente artesano, hilando, tejiendo, más seguramente, más exquisitamente de lo que pudiera hacerlo cualquier máquina manejada por el hombre. ¿Quién se había aproximado a la delicadeza y a la hermosura de una tela de araña?

Repentinamente, Graydon, parecía mirar dentro de un mundo nuevo de aterradoras grotesquerías. Hombres-arañas sin alma, y mujeres-arañas diseminadas sobre grandes telas de arañas y tejiendo con dedos como agujas maravillosas telas; gigantes y sin almas hombres y mujeres-hormigas, cavando, minando laberintos de pasajes subterráneos, conductos y cloacas para esos que los habían hecho en un ser; extrañas y sin almas gentes anfibias, ocupadas en diversas faenas; en su sueño se les presentaron antes de que percibiera la fantástica ciudad.

¡Fantasmagoría de la humanidad, hermanadas con las máquinas perfectas de la Naturaleza en el mismo seno del huevo!

Agolpóse a su memoria el recuerdo de la advertencia de Suarra de lo que le podría esperar al final del viaje. ¿Le había sugerido que se preparara para una transformación como estas?

Estremeciéndose desechó esa visión de pesadilla.

LOS CUERNOS ENDIABLADOS

El sol estaba a mitad de camino hacia el poniente cuando alcanzaron el lejano extremo de la planicie. Aquí comenzaba otro desfiladero cortado a través de la pared rocosa, y en él se internaron. Los árboles se cerraban detrás de ellos, ocultando toda visión de la hondonada y de la gran montaña circular.

El nuevo sendero corría siempre hacia arriba, aunque con un imperceptible declive. Una vez, mirando atrás a través de una rendija entre los árboles, tuvo una visión de verde y pastoso declive, allá abajo. Para el resto del paisaje formaba una cortina; el camino, bordeado de árboles, que no tranlucía lo que encerraba adelante.

Era cerca del crepúsculo cuando salieron de los árboles una vez más, y se pararon al borde de un pequeño páramo. Era un erial más que un páramo. Su suelo se

componía de una blanca y limpia arena, preñado de oteros o montículos de tierra, chatos en sus topes, como barridos por constantes escobas de viento. Sobre las faldas de estas redondas prominencias crecían en forma rala altos pastos. Los montículos se levantaban a una distancia aproximada de cien pies uno del otro, con curiosa regularidad, tanto que vino a su imaginación la idea de que eran tumbas en un cementerio de gigantes. A primera vista estimó que el erial cubriría unos cinco acres. Bordeando sus costados, la floresta se cerraba. Cerca se oía el murmullo de un arroyuelo.

Suarra los condujo rectamente a través de las arenas hasta que hubo llegado a un montículo en el medio del erial, en donde hizo alto.

—Ustedes acamparán aquí—dijo ella.—Cerca tienen agua para ustedes y sus animales. Pueden encender fuego y dormir sin miedo. A la madrugada debemos partir.

Ella se dió vuelta y caminó hacia otro otero a unos cien pies o más de distancia. La llama blanca la siguió. Detrás de ésta, con paso majestuoso, iba la silenciosa pareja. Graydon había esperado que Soames la detuviera, pero no fué así. En cambio sus ojos despidieron algún astuto mensaje a Dancre y a Sterret. Le pareció a Graydon que a ellos les agradaba que la muchacha no compartiera el campamento, que estaban agradecidos por la distancia interpuesta entre ellos.

Y el trato para con él había cambiado; era el de un camarada otra vez.

—¿Podría llevar los burros a que tomen agua?—preguntó Soames—Nosotros encenderemos el fuego y dejaremos la comida lista.

Graydon asintió con la cabeza y condujo a las pequeñas bestias a la ruidosa corriente. Trayéndolos de vuelta después que hubieron bebido, echó un vistazo sobre el montículo junto al cual Suarra acampara. Allí, en su base, se levantaba una pequeña tienda cuadrada, reluciente en la escasa luz del crepúsculo como seda, y sujeta al suelo por cada rincón con una estaquilla de oro. La llama, trabada cerca de la tienda, plácidamente mascaba pasto y granos. Sus canastos tejidos con mimbres de oro no estaban más. Tampoco eran visibles Suarra y los encapuchados. Los supuso en la

tienda, adonde habían transportado el precioso cargamento de la llama.

En su propio montículo el fuego estaba llameando y la cena preparada. Con el pulgar Sterret le señaló la pequeña tienda.

—La sacaron de sus equipajes—dijo.—Parece un paraguas plegado. ¿Quién iba a pensar encontrar novedades como éstas en estas soledades?

—Me parece que hay un montón de cosas en ese equipaje que no hemos visto quizá—murmuró Dancre, con una ansiosa y avarienta luz en sus ojos.

—Acertaste—intercedió Soames.—Y el tesoro que hemos visto es suficiente para acomodarnos para toda la vida, ¿eh, Graydon?

—Ella nos ha prometido muchísimo más—contestó éste.

De la voz de Graydon se escapaba un significativo, sutil y avieso tono que lo inquietó.

—Sí—respondió Soames negligentemente.—Sí, así me parece. Pero... bueno, vamos a cenar.

Los cuatro se sentaron alrededor de los leños en llamas, como ya lo habían hecho muchas noches antes de su pelea con Sterret. Y para la propia perplejidad de Graydon, ellos olvidaban la fantástica tragedia de la planicie. La desechaban a un lado, la dejaban pasar, parecían evitar hablar de ello. La conversación giraba alrededor del tesoro y de lo que harían con él cuando estuvieran lejos de estas montañas y de nuevo en el mundo al cual pertenecían. Fueron pasando revista pieza por pieza del equipaje de oro de la llama; con glotonería discutían sobre el valor de las esmeraldas de Suarra.

—¡Diablos! ¡Con nada más que con esas esmeraldas ninguno de nosotros tendría de qué lamentarse!—exclamó Sterret.

Graydon los escuchaba con creciente inquietud. Estaban locos por la codicia de oro...; pero había algo más detrás de sus estudiadas maneras de evitar hablar sobre la pelea de la «cosa» escarlata con los dinosaurios; esta constante referencia al tesoro que llevaba la llama, la atención que prestaban a las comodidades, confort y lujo que les traería a todos ellos, pesaban en su ánimo como si algo no dicho se ocultara en las mentes de esos hombres, del cual esto no era sino los preliminares.

Por fin, Soames miró su reloj.

—Casi las ocho—dijo bruscamente.—La madrugada empieza a las cinco. Es hora de que nos pongamos de acuerdo. Graydon, acérquese.

Graydon, asombrado, obedeció. Los cuatro se juntaron bajo la protección del montículo. Desde donde se habían agazapado, la tienda de Suarra quedaba oculta, así como ellos no podían ser observados de cualquiera que escudriñara en ese pequeño pabellón de seda, que ahora parecía una gran polilla de oro descansando bajo la luz de la luna.

—Graydon—empezó el americano:—ya nos hemos puesto de acuerdo en este asunto. Pero lo vamos a hacer un poco diferente. Nosotros deseamos y estamos contentos en dejar que lo pasado pisado. ¡Diablos! Aquí estamos cuatro hombres blancos entre un montón de Dios sólo sabe qué. Los blancos deben permanecer unidos, ¿no es así?

Graydon asintió, esperando.

—Perfectamente—prosiguió Soames.—Ahora he aquí la situación. Yo no niego que estemos frente a un misterio, del cual yo no sé mucho. No estamos preparados para ir contra nada parecido a esa manada de silbadores demonios que hemos visto hoy. Pero... ¡podemos volver atrás!

Graydon asintió otra vez. Ellos, entonces, estaban decididos a no ir más adelante. La lección de la tarde no había sido perdida. Soames pediría a Suarra que los condujera fuera de la cordillera maldita. Si era para volver atrás... eso era otro asunto. Él iría con ellos; pero volvería de nuevo, solo, a buscar a Suarra. Bien sabía que ni los misteriosos peligros para la vida o para el alma podrían mantenerlo alejado de ella. Pero primero tenía que ver a estos hombres sanos y salvos, saldar la deuda a que se creía obligado como uno de la raza blanca con otros de su misma raza. Estaba contento, pero su alegría fué contenida por una repentina duda. ¿Podía terminar así esta aventura? ¿Los dejarían ir Suarra y esa pareja de viejos raros?

Las siguientes palabras de Soames lo trajeron a la realidad:

—Hay suficiente materia en esa llama y en la muchacha para acomodarnos, es cierto; pero también hay de sobra para financiar la más grande expedición que jamás se haya formado para cazar un tesoro—se

guía diciendo.—Y eso es lo que planeamos hacer, Graydon. Nos llevaremos esos canastos con lo que hay adentro y todo lo que tiene la muchacha. Lo convertiremos y vendremos otra vez. ¡Apuesto a que esos silbadores diablos no resistirán mucho tiempo a un par de ametralladoras y a algunas bombas de gas! Y cuando el humo se aclare podemos levantarnos con todo lo que queramos, regresar y sentarnos en la cumbre del mundo. ¿Usted qué dice de esto?

Graydon se puso en guardia.

—¿Cómo lo conseguirán?—preguntó—¿Cómo podrán salir de aquí con todo ese oro?

—Es fácil—Soames acercó su cabeza a la de él.—Ya lo tenemos el asunto planeado. No hay ningún centinela cuidando esa tienda; usted puede apostar. Están demasiado seguros de nosotros. Perfectamente, si usted está con nosotros, nos deslizamos despacito hasta allí. Sterret y Dancre cuidarán de los viejos diablos. No harán fuego, sino que harán resbalar los cuchillos entre sus costillas. Yo y usted nos las entenderemos con la muchacha. No la lastimaremos. Nada más que atarla y amordazarla. Después metemos todo el oro trabajado en un par de burros, nos libramos del resto y de esa condenada bestia blanca y disparamos rápido.

—Huir, ¿a dónde?—preguntó Graydon, luchando por esconder la ira que se concentraba en él. Se deslizó un poco más cerca de Dancre, mano alerta para asir la automática de su bolsillo.

—Nosotros saldremos—replicó Soames con confianza.—Me he estado haciendo una idea de dónde nos hallamos y he visto un pico al oeste que Sterret y yo reconocimos. Nos separa un terreno que parece una floresta abierta. Una vez en ese lugar, sabremos en dónde estamos. Y viajando ligero y durante toda la noche, mañana a esta hora podemos estar muy bien sobre nuestro verdadero camino.

Graydon, estirando cautelosamente la mano, tocó el bolsillo de Dancre. La automática estaba todavía allí. Trataría de hacer una última intentona por medio del miedo.

—Pero, Soames—insistió,—habrá persecución. ¿Qué vamos a hacer con todos esos brutos que vimos hoy sobre nuestra pista? Ellos se nos echarán encima antes

de mucho tiempo. No se podrá escapar a su persecución.

Instantáneamente se dió cuenta de la debilidad de su argumento.

—Ni por asomo—Soames hizo una mueca perversa.—A eso me quería referir. Nadie se molesta por la muchacha. Nadie sabe dónde ella está, y ésta, por su parte, estaba demasiado ansiosa de no ser vista esta tarde. No, Graydon; yo me figuro que ella se escapó de su gente para venir a ayudarlo. Me saco el sombrero ante usted. Usted la tiene bien prendida, por cierto. Nadie sabe dónde está y ella no quiere que nadie lo sepa. Los únicos que pueden molestar son los dos viejos diablos. Y un cuchillo bien manejado entre sus costillas los limpia del camino antes de lo que se piensa. Entonces sólo queda la chica. Ella estará muy contenta en mostrarnos el camino si, por casualidad, nos perdemos otra vez. Pero yo y Sterret conocemos ese pico. La llevaremos con nosotros y, cuando lleguemos adonde conozcamos, la dejaremos en libertad para que vuelva a su casa. Nada peor podría pasarnos, ¿eh, muchachos? Sterret y Dancre asintieron.

Graydon parecía considerar la idea, tratando de ganar tiempo. Conocía exactamente lo que había en la mente de Soames: usarlo en el asesinato a sangre fría que los tres habían planeado y, una vez fuera del alcance de sus perseguidores, asesinarlo a él también. Tampoco permitirían que Suarra volviera para contar lo que habían hecho. Ella debería ser asesinada... después que hicieran con la joven lo que querían hacer.

—Vamos, Graydon—musitó Soames impacientemente.—Es un buen trabajo y lo podemos llevar a cabo. ¿Está con nosotros? Si usted no está con nosotros... bueno...

En su mano brilló un cuchillo. Simultáneamente, Sterret y Dancre se acercaron más todavía, cuchillo en mano, ansiosos de su respuesta.

El movimiento que ellos hicieron era la única ventaja que necesitaba. Como un ravo su mano fué al bolsillo de Dancre y sacó la pistola, mientras que con un puntapié que llegó con toda precisión en la ingle de Sterret, hizo retroceder tambaleando al gigante.

Pero antes que Graydon pudiera cubrir

a Soames, los brazos de Dancre sujetaron sus rodillas.

—¡Suar!...—Graydon gritó antes de caer al suelo. Por lo menos su grito podría despertarla y advertirla. El grito fué ahogado a medio emitir. La huesuda mano de Soames se cerró en su garganta. Al suelo se desplomaron los dos.

Graydon sujetó las muñecas de su adversario, tratando de vencer esas garras que lo estrangulaban; éstas cedieron un poco, lo suficiente como para aspirar una bocanada de aire. Instantáneamente aflojó las muñecas del americano y enganchó los dedos de una mano en la comisura de sus labios, tirando con toda sus fuerzas. Se oyó una blasfemia y las manos soltaron el cuello de Graydon. Trató de saltar sobre sus pies, pero un brazo del flaco se deslizó sobre su nuca y sostuvo su cuello entre el brazo y el antebrazo contra el hombro.

—¡Acuchillalo, Dancre!—gruñó Soames.

Repentinamente Graydon se dobló, cargando al americano sobre sus espaldas. Era tiempo, porque mientras hacía así vió que Dancre golpeaba, errando a Soames por escaso margen. Este último cerró las piernas alrededor de la suyas, tratando de moverlo a tirones para ponerlo al alcance del pequeño francés. Graydon hundió sus dientes en el hombro; Soames rugió con dolor y rabia, se agitó y giró tratando de deshacerse de ese agonizante mordisco. Dancre daba vueltas alrededor de ellos esperando la oportunidad de herir.

Se oyó un bramido de Sterret.

—¡La llama! ¡Está huyendo! ¡La llama!

Involuntariamente, Graydon aflojó sus mandíbulas. Soames saltó sobre sus pies. Graydon lo siguió al instante, dando el hombro para recibir el golpe que esperaba de Dancre.

—¡Mira, Soames, mira!—el pequeño francés estaba señalando—Le han puesto los canastos y la han soltado... ¡Allí va! ¡Con el oro!... ¡Con las joyas!

Graydon siguió la dirección que señalaba el dedo de Dancre. La luna estaba en su plenitud, y bajo su torrente de luz las blancas arenas se habían convertido en un lago plateado, en el cual los montículos parecían como pequeños islotes. Con los canastos de oro en sus costados, la llama se deslizaba rápidamente a través del lago de plata a cien pasos más allá, aparente-

mente en dirección al sendero a lo largo del cual habían venido.

—¡Párala!—gritó Soames, olvidando la lucha—¡Detrás de ella, Sterret! ¡Crúzate, Dancre! ¡Yo me adelantaré!

Corrieron sobre el brillante erial. La llama cambió el paso; trotaba despaciosamente hacia uno de los montículos y subió hasta su cima.

—¡Rodeenla! ¡Ya es nuestra!—oyó gritar a Soames. Los tres corrieron hacia el montículo sobre el cual la llama estaba parada, mirando con calma a su alrededor. Treparon por los tres costados. A Soames y a Sterret los podía ver. Dancre estaba oculto en el lado opuesto.

No bien los pies tocaron el ralo pasto del montículo, un tierno sonido se oyó, uno proveniente de esos endiablados cuernos que Graydon había escuchado haciendo coro alegremente alrededor de Suarra ese primer día que la vieron. Fué contestado por otros, cerca, en todo el alrededor. Otra vez la solitaria nota. Y luego el coro que contestaba se arremolinó contra el montículo, revoloteó sobre él y hendió el aire como una lluvia de sonidos alados sobre él.

Vió a Sterret vacilar, como bajo el empuje de un veloz golpe, remolinear sus nudosos brazos alrededor de él como protegiéndose de un ataque.

Un momento permaneció el gigante batiendo sus brazos. Después se arrojó al suelo y rodó en las arenas. Instantáneamente, las notas de los endiablados cuernos parecieron abandonarlo y concentrarse alrededor de Soames. Éste vacilaba también bajo el invisible ataque. Pero se había arrojado de cara al suelo sobre el declive del montículo y trepaba hacia la cima. Mantenía un brazo protegiendo su cara.

Pero, ¿protegiéndola de qué?

Todo lo que Graydon pudo ver era la cima del montículo y sobre su cono la llama, bañada por la luz de la luna; al gigante postrado al pie del otero y a Soames ahora cerca de la cresta. Y las notas de los cuernos estaban sonando, veintena sobre veintena, como los cuernos de las cacerías de hadas. Pero quiénes producían esos sonidos no los podía ver. No eran visibles. No hacían sombra.

En un momento le pareció oír el batir de cientos de plumosas alas.

Soames había alcanzado el borde de la cima chata del montículo. La llama inclinó la cabeza, contemplándole. Luego, mientras se arrastraba sobre el borde, estiró una mano para asir las riendas, la llama lo evitó, brincó al lado opuesto y saltó sobre las arenas.

Durante todo ese tiempo el clamor de los endiablados cuernos alrededor de Soames no había cesado. Graydon lo vió retroceder, golpear, inclinar su cabeza y proteger sus ojos como de una lluvia de golpes. Pero todavía no podía ver nada. Cualquiera fuera el invisible ataque, no acobardaba al americano. Saltó a través del montículo y se deslizó por el costado, justo detrás de la llama. Cuando tocaba el suelo, Sterret se levantaba lentamente sobre sus pies. El gigante se balanceaba, medio embriagado, aturdido.

Las notas de los cuernos cesaron, bruscamente, como si hubieran sido velas apagadas de un solo y repentino soplo.

Dancre apareció corriendo bordeando la falda del montículo. Los tres permanecieron por un segundo o dos, discutiendo, gesticulando. Y Graydon vió que sus camisas estaban rasgadas, a jirones, y mientras Soames cambiaba de lugar y la luz de la luna caía sobre él, vió su cara rayada con sangre.

La llama caminaba despaciosamente por las arenas, como si los estuviera tentando a que la persiguieran. Extraño también, pensó; ¿cómo sus formas parecían ora delinearse con toda claridad y ora esfumarse hasta la tenuidad de un fantasma? Y cuando reaparecía fingía como si los rayos de la luna se espesaran, giraran y ondularan velozmente. La llama se esfumó y luego apareció otra vez en las plateadas ondulaciones y tramas de los rayos, como una muestra de un encantado telar.

Sterret llevó su mano al cinto. Antes que pudiera apuntar con su automática a la bestia blanca, Soames le agarró la muñeca. El americano hablaba fieramente, rabiamente. Graydon se dió cuenta de que estaba advirtiéndole al gigante del peligro del martilleo de la pistola; le urgió silencio.

Después los tres se separaron; Dancre y Sterret a la izquierda y derecho al flanco de la llama, Soames aproximándose a toda la velocidad posible, sin entrar a correr.

A medida que se acercaba, el animal rompió en un gentil galope, enderezando otro montículo y, como antes, brincando por entre el ralo pasto, subió a la cima. Los tres la persiguieron, pero no bien sus pies pisaron la base, una vez más el meloso cuerno sonó, amenazante, burlante. Ellos hesitaron. Y entonces Sterret, rompiendo el control de Soames, levantó la pistola e hizo fuego. La llama plateada cayó.

—¡Loco! ¡Maldito loco!—gruñó Graydon.

El pasmado silencio que había envuelto las colinas después del disparo de la pistola fué roto por un huracán de endiablados cuernos. Barrían sobre los árboles como una tempestad. Dancre chilló y corrió en dirección al fuego del campamento, golpeando al aire desesperadamente mientras venía. A mitad de camino cayó, se retorció y quedó inmóvil. Soames y el gigante también abofeteaban al aire con grandes golpes, agachándose, tratando de esquivar el cuerpo. Los cuernos endiablados formaban ahora un retumbante, furibundo tumulto, con la muerte estampada en sus notas.

Sterret cayó sobre sus rodillas, se levantó y prosiguió. Cayó de nuevo al lado de Dancre, cubrió su cabeza con un último y desesperado esfuerzo y quedó tan inmóvil como el francés. Soames siguió peleando hasta el final.

¡Allí, sobre las arenas, yacían los tres, inmóviles, derribados por lo invisible!

Graydon entró en acción; saltó adelante. Sintió que algo lo tocaba en el hombro; un hormigueante adormecimiento corrió por todos sus músculos. Con dificultad volvió la cabeza. Al lado de él estaba el viejo vestido en azul, y el toque de su báculo le había mandado la parálisis a sus músculos. El cuadro de los aferrantes espolones del hombre araña sobre el borde del camino en forma de estante o ceja se le presentó en su memoria. En ese entonces ese mismo palo había mandado, como pensaba, al fantástico tejedor a la muerte.

Simultáneamente, como bajo la influencia de un comando, el clamor de los endiablados cuernos se levantó de las arenas, se arremolinó arriba y permaneció suspendido bien alto en el aire, lloriqueando, lamentándose, protestando.

Sintió una suave mano apretar su mu-

ñeca. Era la mano de Suarra. Otra vez forzó su pesada cabeza. La joven estaba a su derecha, señalando.

En la cima del montículo la llama blanca dificultosamente trataba de ponerse en pie. Una banda carmesí corría por su plateado flanco; era la marca de la bala de Sterret. El animal vaciló un instante, después, cojeando, bajó por la falda.

Mientras pasaba al lado de Soames lo olfateó. La cabeza del americano se levantó. Trató de pararse, pero cayó otra vez. Después, con los ojos clavados en los canastos de oro, se apoyó con trabajo sobre sus manos y rodillas y empezó a gatear detrás de la llama.

La bestia iba despacio, rígida. Llegó al cuerpo de Sterret y se paró de nuevo. Y la pesada cabeza de Sterret se elevó y trató de levantarse, y fallando en la misma forma que Soames, empezó a gatear detrás del animal.

La llama blanca pasó a Dancre. Éste se movió y la siguió sobre sus manos y rodillas.

Sobre las arenas empapadas de los rayos de la luna, en dirección al campamento, ellos se arrastraban. La cojeante llama gotteaba su sangre del costado herido. Detrás de ella, tres hombres gateando, sus macilentos, quemantes ojos clavados en los canastos de mimbres de oro; tres hombres arrastrándose y respirando con tanta dificultad como peces arrojados a la costa. Tres hombres batidos, de cuyas caras resplandecía ese espíritu de codicia que era lo único que les daba fuerzas para deslizarse sus cuerpos sobre las arenas.

¡VOLVÉ... GRAYDON!

La llama y los hombres gateando arribaron al campamento. Los cuernos endiablados no se escuchaban. Los músculos de Graydon repentinamente se relajaron; el poder del movimiento volvió.

Con un grito de compasión, Suarra corrió hasta el costado de la llama blanca; la acarició, haciendo lo posible, al mismo tiempo, para detener la hemorragia.

Graydon se inclinó sobre los tres hombres, que se habían desplomado al entrar dentro del círculo iluminado por el fuego del campamento. Yacían amontonados, res-

pirando pesadamente, con los ojos bien cerrados. Sus ropas estaban rasgadas a jirones.

En toda la superficie de sus caras, pechos y en el resto de sus cuerpos tenían cientos de pequeños puntazos, no profundos, de bordes bien cortados, como si hubieran sido picoteados. Algunos de ellos estaban todavía manando sangre; en otros la sangre se había coagulado.

Corrió hacia la corriente de agua. Suarra estaba al lado de su tienda con la cabeza de la llama en sus brazos. Él se detuvo, desató los canastos, los sacó y reconoció la herida del animal. El proyectil había hecho un surco sobre la parte superior del costado izquierdo sin interesar ningún hueso. Regresó a su campamento, sacó de su equipaje algunos implementos medicinales y volvió, lavó y vendó la herida de la bestia lo mejor que pudo. Su trabajo lo hizo en silencio y Suarra lo acompañaba en la misma actitud.

Pero sus ojos eran por demás elocuentes.

Terminado esto, regresó otra vez al otro campamento. Los tres hombres yacían como los había dejado. Parecían estar en un estupor. Lavó sus caras y sus cuerpos manchados. Extendió algunas mantas y arrastró a los tres hasta ellas. No se despertaron. Graydon se preguntaba si eso era en realidad sueño... o coma.

Los extraños puntazos denotaban ser malos, es cierto, pero, a pesar de todo, no le parecía a Graydon que fueran lo suficiente como para llevar a estos hombres a esa condición. No habían perdido tanta sangre como para desmayarse. Ninguna arteria había sido abierta y las heridas no eran graves ni lo suficientemente profundas para interesar un órgano vital.

Cansado, dejó de hacer toda clase de conjeturas. Después de todo, ¿no era éste uno más entre todos los misterios en los cuales habían estado accionando? Por otro lado, había hecho todo lo que humanamente estaba en sus manos por estos hombres.

Graydon se alejó del fuego y se dejó caer en el borde de las blancas arenas. Sentía sobre sí un presentimiento, una sensación de predestinación.

Y mientras permanecía sentado allí, luchando contra la negrura que se cernía alrededor de su espíritu, sintió unos pasos

ligeros, y Suarra se sentó a su lado. Su vaporosa cabellera acariciaba sus mejillas, su redondeado hombro tocaba el de él. Graydon apoyó su mano en la de ella, cubriéndola. Y luego de un momento de timidez, los dedos de ella se movieron y se entrelazaron con los de él.

—Esta es la última noche, Graydon—murmuró, trémula.—¡La última noche! Es por esto... que ellos... me dejaron conversar contigo un rato.

—¡No!—él la aferró fieramente—No hay nada que ahora pueda separarme de ti, Suarra, excepto la muerte.

—Sí—dijo, mientras lo separaba gentilmente.—Sí... es la última noche. Hay una promesa, Graydon. Una promesa que yo he hecho. Ya te dije que te salvaría, si podía. Me dijeron que si tú podías conquistar la Cara, tendrías la libertad de irte. Yo les dije que tú la conquistarías. Y les prometí que después tú te irías. Y ellos se divertían preguntándome qué clase de hombre eras para hacerme creer que podías conquistar la Cara.

—¿La Cara?—preguntó Graydon.

—La gran Cara—continuó Suarra.—La Cara en el Abismo. Pero de eso no he de decir más. Tú debes conocerla.

—¿Y estos hombres también?—preguntó él—¿Los hombres que yacen allí?

—A esta hora ya están muertos—contestó indiferentemente.—Muertos o, lo que es peor, ¡devorados!

—¡Devorados!—gritó Graydon incrédulamente.

—Devorados—fué su réplica.—Devorados... ¡el cuerpo y el alma!

Por un momento ella quedó callada.

—Yo no creo—continuó,—realmente no creo que tú tampoco puedas conquistar la Cara. Así que fui a lo de la Madre Serpiente, y ella también rió. Pero, al final, de mujer a mujer, desde que ella, después de todo, es mujer, me prometió ayudarte. Entonces tuve la seguridad de que te salvarías, ya que la Madre Serpiente supera en mucho en habilidad y astucia a los Dos Señores. Y me lo prometió... de mujer a mujer. Los Dos Señores no saben nada de eso—agregó candorosamente.

—¿De esto?—Graydon, recordando los juveniles ojos en las viejas, antiquísimas caras que lo habían llevado al templo de los cambiantes rayos, tenía sus dudas.

—Así—dijo ella—fué el pacto hecho. Y sus cláusulas deben ser cumplidas. Tú te escaparás de la Cara, Graydon, pero también debes irte.



«Aquello era terriblemente diabólico, a la vez que angustiosamente fantástico y real. Oro derretido en lágrimas rodaban del rostro de la maldita esfinge de piedra, cayendo a la profundidad del abismo; mientras mis tres compañeros se volatizaban a su nefasto influjo, y la Madre Serpiente, anudada fuertemente a mis pies, impedía toda acción de movimiento.»

A esto él no respondió. Y después de otro silencio, Suarra habló otra vez, ansiosamente:

—¿Hay alguna mujer que te ame, o a

quien ames, en tu propio país, Graydon?

—No hay ninguna, Suarra—contestó él.

—Te creo—continuó simplemente.—Yo me iría contigo, si me fuera posible. Pero ellos no me lo permitirían. Y si yo lo intentara, ellos te matarían. Y si nos escapáramos, ellos te matarían y me traerían de vuelta. De manera que no puede ser.

Graydon se emocionó vivamente ante tanta inocencia revelada en esa confesión.

—Ya estoy cansada de Yu-Atlanchi—prosiguió ella sombríamente.—Sí, estoy cansada de su antiquísima sabiduría, de sus tesoros y de sus habitantes eternos, eternos a lo menos como el mundo. Yo soy uno de ellos, y sueño con salir, ir a un mundo nuevo donde haya niños, muchos niños, con sus risas, y donde la vida corra apasionadamente, fuerte, bulliciosa, veloz, aunque se vuelque entre las puertas abiertas de la muerte. En Yu-Atlanchi esas puertas están cerradas, excepto para aquellos que prefieran abrirlas. Y la vida es una corriente tranquila, sin movimiento. Hay pocos niños... y risas de niños, menos.

—¿Qué son tus gentes, Suarra?—él preguntó.

—Las gentes antiguas—le contestó,—las más antiguas. Edades sobre edades atrás, ellos bajaron del norte, donde habían vivido durante mucho tiempo todavía. Fueron desalojados por el gran frío. Un día la tierra osciló y se balanceó. Fué entonces que el gran frío bajó y la obscuridad empezó a helarse. Sus ciudades, así dice la leyenda, ahora están escondidas bajo montañas de hielo. Viajaron hacia el sur en sus embarcaciones, llevando con ellos las personas serpientes que les habían enseñado mucho de su sabiduría, y la Madre Serpiente es la última hija de esas personas. Vinieron a descansar aquí. En ese tiempo el mar estaba cerca y las montañas no habían aparecido. Aquí encontraron manadas de xinlis; eran más grandes que los de ahora. Mi pueblo los subyugó, los domesticaron y los criaban para sus usos. Y aquí, durante otra edad, practicaron sus artes, su sabiduría y aprendieron más.

» Después hubieron grandes temblores de tierra y las montañas comenzaron a levantarse. A pesar de todos sus poderes, éstos no eran suficientes para evitar que las montañas se elevaran, que crecieran al-

rededor de la viejísima ciudad y la planicie, cuyo conjunto forma Yu-Atlanchi. Despacio, firmemente, a través de las edades las montañas se levantaron, hasta que al final circundaron Yu-Atlanchi como una vasta pared, pared que nunca pudo ser escalada. Mi gente no se preocupó tampoco. Al contrario, los puso contentos, desde que por ese tiempo habían ya cerrado las puertas de la muerte y no les importó más salir al mundo exterior. Y así han vivido por muchos otros tiempos más.

Otra vez ella se calló, cavilando. Graydon luchaba contra su incredulidad. ¿Un pueblo que había triunfado sobre la muerte? ¿Un pueblo tan viejo que su suelo nativo estaba sepultado debajo de hielos eternos? Y referente a esto último, ¿por qué no? ¿No decía la ciencia que los helados polos se habían una vez asoleado bajo un sol tropical? Las expediciones habían encontrado en ambos polos los fósiles de gigantescas palmeras, de raros animales; una flora y fauna que sólo pudo haber vivido en condiciones tropicales.

¿Y no creía la ciencia que hace mucho, muchísimo tiempo, la tierra se había inclinado, dando lugar a la formación de los polos?

Una inexplicable irritación lo dominaba. Una instintiva rebelión de lo joven contra lo muy viejo.

—Si tu pueblo es tan sabio, ¿por qué no sale y domina este mundo?—preguntó.

—¿Pero por qué?—preguntó ella a su vez—Ellos no tienen nada más que aprender. Si salieran, ¿qué otra cosa harían sino transformar el resto de la tierra a semejanza de esa parte que habitan? ¿Para qué, Graydon? Para nada. Deja que los años corran mientras sueñan la mayor parte de ellos. Porque ellos han conquistado al sueño. A través de los sueños crean sus propios mundos; hacen en ellos lo que quieren; viven vida tras vida como quieren. En sus sueños ellos forjan mundos sobre mundos, y cada uno de éstos es un mundo real para ellos. ¡Y de esta manera dejan correr los años mientras viven en un sueño! ¿Para qué van a salir de este mundo cuando pueden hacer millares del suyo a voluntad?

Otra vez se calló.

—Pero ellos son infecundos, los forjadores de sueños—murmuró.—Estériles!

Esa es la causa de que haya pocos niños con sus risas en Yu-Atlanchi. ¿Para qué habrían de casarse con los de su clase esas mujeres y hombres que han vivido tanto tiempo, que se han cansado de todo lo que los de su clase pudieran darles? ¿Para qué habrían de casarse con los de su clase cuando ellos pueden crear nuevos amantes en sus sueños, nuevos amores y nuevos odios? Sí, nuevas emociones y formas completamente desconocidas en la tierra, cada una como a él o a ella se le pudiera antojar. Y así han venido a ser estériles. ¡No sólo las puertas de la muerte, sino también las de la vida están cerradas para ellos... los forjadores de sueños!

—¿Pero tú?—empezó Graydon.

—¿Yo?—su ansiosa cara se volvió a él—¿No te he dicho que cuando cerraron las puertas de la muerte se cerraron también las de la vida? Porque realmente no son dos puertas, sino los dos lados de una sola hoja. Siempre hay algunos que prefieren tener esa puerta abierta, vivir sus propias vidas y no tener nada que ver con... sueños. Mi padre y mi madre eran de éstos. Prefirieron el azar de la muerte a tener que amar...

» Artes antiquísimas... antiquísima sabiduría—prosiguió.—Sabiduría que quizá hayas redescubierto y que llamas nueva. Sabiduría que tienes que ganar. Sabiduría que nunca será tuya... y agradece al Dios que adoras, quienquiera que sea, de que nunca lo fuera; implórale que nunca lo sea.

—¿Sabiduría como la que dió forma al tejedor?—preguntó él.

—¡Ese fué un juego de chicos—contestó.—Un juguete útil. Hay más, muchas cosas más extrañas que el tejedor en Yu-Atlanchi, Graydon.

—¿Suarra—preguntó él, tomándola de sorpresa,—por qué quieres salvarme?

Ella hesitó un momento, luego contestó: —Porque me has hecho sentir lo que nunca había sufrido el corazón—murmuró despaciosamente.—Porque me hiciste feliz, porque me hiciste afligir. Cuando pienso en ti, es como si vino ardiente corriera en mis venas. Quiero a la vez cantar y llorar. Deseo tu contacto, estar cerca de ti. Cuando te vayas, el mundo se ensombrecerá, la vida se tornará gris.

—Suarra!—exclamó Graydon, atrayén-

dola hacia sí, ahora sin resistencias. Sus labios buscaron los de ella, y los de ella se posaron en los de él. Su cuerpo se inflamó. La joven se estremeció en sus brazos, luego quedó inmóvil.

—¡Volveré, Suarra!—murmuró él—¡Volveré!

—¡Volvé!—sollozó ella—¡Volvé, Graydon!

Ella lo apartó y saltó sobre sus pies.

—¡No! ¡No!—gritó—¡No, Graydon! ¡Soy una malvada! ¡No; sería la muerte para ti!

—¡Por el Dios que venero, Suarra—dijo Graydon,—regresaré a ti!

Ella tembló, se inclinó hacia adelante y apoyó sus labios en los de él. Se escapó de entre sus brazos y corrió hacia la tienda de seda. Por un instante se paró allí, extendió sus ansiosos brazos a él y entró.

Parecíale que oía débilmente, escuchando sólo por el corazón...

—¡Volvé! ¡Volvé a mí!

Él se tiró en el lugar en donde sus manos se habían agarrado, donde sus labios se habían encontrado. Hora tras hora permaneció allí... pensando, pensando. Su cabeza se inclinó, al fin.

Él la llevó en sus sueños.

LA CARA EN EL ABISMO

Cuando Graydon despertó, las blancas arenas del erial lucían pálidas a las primeras luces de la madrugada. Se levantó con el pensamiento de Suarra aun caliente en su corazón. Enfriando este calor, rápido cayó sobre él, como un paño mortuorio, la viva conciencia de la predestinación contra la cual había luchado antes de dormirse, y no se podía negar, era más yermo, más pesado ahora.

El viento que soplaba desde las alturas lo hacía temblar. Caminó hasta el oculto arroyuelo; se quitó la ropa y se sumergió en la helada corriente. El contacto de las aguas frías le devolvió las fuerzas.

Volviendo, vió a Suarra, medio vestida, saliendo de la tienda de seda. Con toda seguridad, ella también iba en busca del arroyuelo. Él la saludó con la mano. Ella sonrió. Luego, largas y sedosas pestañas cubrieron sus ojos negros; un color rosa perla

creció en su cara, en su cuello, en sus pechos. Ella volvió a entrar en la tienda.

Él apartó su vista de ella y pasó al campamento.

Miró a los tres hombres: al flaco Soames, al pequeño Dancre y al gigante Sterret. Se agachó y arrancó del cinto de Soames una automática, la suya propia. Se aseguró de que estaba propiamente cargada y la deslizó en su bolsillo. Bajo el brazo izquierdo de Soames había otra. La agarró y la puso en su cartuchera, después de cambiar el cargador de balas. El arma de Dancre estaba lista para ser usada.

—Salga lo que saliere, ya tendrán oportunidad de entrar en juego—comentó para sí mismo.

Permaneció un momento observando detenidamente a los tres hombres extendidos en el suelo. Los puntazos se habían cerrado; las respiraciones eran normales. Parecían dormir, pero tenían traza de estar muertos, como muertos eran sus lívidos, descoloridos rostros sin sangre, que hacían juego con las pálidas arenas debajo de la creciente alborada.

Graydon se estremeció de horror; les volvió la espalda.

Hizo café, preparó el desayuno y regresó para levantar a los tres. Encontró a Soames sentado, mirando con aturdimiento a su alrededor.

—Venga, Soames, coma algo—le dijo, con gentileza, porque encontraba tanta impotencia en el flaco que, aunque malvado como siempre había sido con él, levantó su compasión.

Soames lo miró con una mirada vacía. Luego se levantó, tropezó y se quedó observando con la vista clavada en él, como si esperara órdenes. Graydon se inclinó y sacudió a Sterret por los hombros. El gigante barbotó unas palabras y abrió unos ojos apagados, luego, balanceándose, se puso de pie. Dancre se despertó lloriqueando.

Allí parados, delante de él, el flaco, el pequeño y el gigante no parecían los hombres del pasado. Una admiración, temerosa admiración lo acogió. ¡No! ¿Qué había ocurrido con estos hombres que estaban tan cambiados así?, ¿qué los había desvitalizado hasta parecer, como Suarra dijera, ya muertos?

Una estrofa de la «Rima del viejo marinero» sonaba en sus oídos:

Ellos gimieron, se agitaron, todos se levantaron, no hablaron, no movieron sus ojos; habría sido extraño, aun en un sueño, haber visto a esos muertos levantarse.

Estremeciéndose de nuevo, los condujo hacia el fuego. Ellos lo siguieron, rígidos, mecánicamente, como autómatas. Y como autómatas tomaron el humeante café que les servía y lo bebieron; tomaron la comida y la tragaron. Sus ojos, vacíos de toda expresión, seguían sus mínimos movimientos.

Graydon los estudiaba; su temerosa admiración crecía. Parecían no oír nada, salvo cuando les dirigía la palabra. Daban la impresión de estar desconectados con este mundo. Repentinamente tuvo la conciencia de otros cerca de él; volvió la cabeza y vió junto y detrás de él a Suarra y a la encapuchada pareja. Los ojos de Soames, Sterret y Dancre se volvieron, siguiendo su movimiento. ¡Y pudo comprobar que ni tan siquiera la memoria les habían dejado! Vacíos, sin signos de reconocimiento, sin ver, ellos miraban a Suarra.

—Es hora de partir, Graydon—dijo ella suavemente, desviando la vista de las de los otros.—Dejamos la llama aquí, no puede caminar. Lleva contigo sólo tu propio animal, tus armas y todo lo que te pertenece. Los otros animales quedarán aquí.

Tuvo un escalofrío, porque debajo sus palabras leyó una sentencia de muerte y de destierro a la vez. Muerte para los otros, quizá; destierro para él... si conseguía escapar de la muerte. Exactamente ella leyó en su cara lo que había en su corazón y trató de suavizar su pena.

—Quizá puedan escapar—prosiguió ella apresuradamente.—Y si así pasara, los animales estarán aquí esperándolos. Y sería bueno que te llevaras tu burro contigo, en caso... en caso...

Titubeó. Él movió la cabeza.

—No importa, Suarra—él se sonrió.—Entiendo.

—¡Oh!, confía en mí, confía en mí—la joven medio sollozó.—Haz lo que te digo, Graydon.

Él no habló más. Desató el burro, acomodó su equipaje, tomó su propio rifle y lo ató al costado del burro. Levantó los rifles de los otros y los puso en sus manos.

Ellos lo agarraron, tan mecánicamente como anteriormente bebieron el café y tragaron la comida.

Ahora la pareja encapuchada se puso al frente, Suarra a sus talones.

—Vamos, Soames—dijo Graydon.—Adelante Sterret. Es hora de partir, Dancre.

Obedientes, giraron sobre el sendero, marchando codo con codo, el flaco a la izquierda, el gigante en el centro y el pequeño a la derecha. Como títeres marchaban, obedientes, sin hacer preguntas, sin emitir palabra. Si sabían que la llama con sus tesoros no estaba más con ellos, no daban señales. Si sabían que Graydon otra vez estaba en posesión de sus armas, tampoco eso despertaba interés en ellos.

Otro verso de la rima murmuraba a eco en su memoria:

*«Levantaron sus piernas como herramientas
[sin vida.]»*

Graydon se situó detrás de ellos, con el paciente burro trotando a su lado.

Cruzaron las blancas arenas, entrando en un ancho camino que se extendía entre apiñados, enormes árboles, que daban la impresión de que en una época remota hubiera sido un camino de piedras sobre cuya superficie desierta las hojas descansaran y se pudrieran durante centurias, sobre las cuales el pasto también creciera; pero en la cual los árboles no encontraban asidero para sus raíces. Y mientras proseguían la marcha, tuvo la evidencia de la actualidad de ese camino, porque dondequiera que hubiera un hundimiento, las caras de gigantes bloques de granito estaban expuestas.

Durante una hora caminaron a lo largo de este antiquísimo y sepultado camino. Bruscamente emergieron sobre una plataforma de rocas desnudas. Delante de ellos se levantaban las paredes de una hendidura montañosa. Sus precipicios se alzaban a miles de pies. Entre ellos, como un titánico corte de espada, había una grieta, una prodigiosa rajadura que se ensanchaba a medida que ganaba en altura, como si cada lado se hubiera evadido de la rajante hoja cuando había golpeado hacia abajo. La plataforma era el umbral de la hendidura. Tenía cincuenta pies de borde a borde de su anchura. En cada borde se levantaba una pequeña construcción de forma cónica; un templo o portería parecía, y cuyas

desmoronadas piedras estaban recubiertas de grises líquenes, tan antiguos que daban la impresión de haber secado las flores del tiempo.

Los encapuchados ni se volvieron ni se pararon. Cruzaron el umbral entre los conos en ruinas; detrás de ellos, Suarra, y después de ella, sin hesitar nunca, rígidos, los tres hombres. Luego pasó Graydon y el burro.

El camino bajaba en suave pendiente. Ni árboles ni vegetación de alguna clase se podía ver, salvo los antiquísimos, grises y marchitos líquenes que cubrían el camino y que, al crujir bajo los pies, podían ser llamados vegetación. Daban resistencia al caminar, haciendo el descenso más fácil. Cubrían también las derechas y rocosas paredes que se levantaban a los costados.

Como lo había esperado, el desfiladero estaba oscuro. La luz que caía a través de sus márgenes a miles de pies arriba de sus cabezas era débil. Pero los grises líquenes parecían absorberla y difundirla. No era más oscuro que un temprano crepúsculo del norte. Cada objeto era perfectamente visible.

Abajo iban siempre descendiendo, media hora, una hora. Siempre recto se extendía el camino enfrente de ellos, sin variar de anchura y sin volverse más oscuro, y aun seguían los grises líquenes alumbrando. Estimó que la pendiente bajaba quince pies sobre cien recorridos. Miró atrás y arriba. Debían estar, calculó, a media milla o más por debajo del nivel del umbral del desfiladero.

El camino formó un codo. Un pecho rocoso sobresalió de repente del farallón, extendiéndose de lado a lado como una barrera. El nuevo camino era más estrecho, pero lo suficiente ancho como para permitir caminar a los tres títeres de frente y codo con codo. Otra vez Graydon sintió piedad por ellos. Eran como hombres condenados marchando a la ejecución, sin esperanzas, indefensos y bajo los efectos de una misteriosa droga. Eran hombres que habían muerto ya una vez y que eran arrastrados inexorablemente a una segunda muerte.

Siempre sin hablar, sin volverse, con mecánicos movimientos de pies, los rifles sostenidos débilmente en flácidos brazos, su

marcha era una acción grotesca teñida con horror.

El camino de ahora era más oscuro que el de antes. Tenía Graydon una intranquila sensación de que las rocas se juntaban allá arriba, sobre su cabeza; de que habían entrado en un túnel. Los líquenes grises mermaron rápidamente en las paredes y bajo sus pies. Así como mermaban los líquenes, mermaba la luz.

Al fin los líquenes cesaron de aparecer. Él se movía en medio de una semiobscuridad en la cual apenas podía ver, como sombras, a esos que iban adelante.

Y ahora estaba seguro de que las rocas se estaban cerrando arriba de sus cabezas, enterrándolos. Luchó contra la sofocante aprehensión que se posesionó de él cuando tuvo esta seguridad.

Y, a pesar, no era tan oscuro, fuera de toda duda. Extraño, pensó, que hubiera luz alguna en este camino cubierto, y más extraño aun era esa luz. No provenía ni de la pared ni del techo. Parecía que se colara, que se arrastrara a lo largo del túnel desde un foco situado bien lejos adelante. Una luz que era como si proviniera de radiantes átomos, infinitamente pequeños, que vertiera sus rayos mientras flotaban despaciosamente en el espacio.

Más espesos crecieron estos luminosos átomos, cuyas radiaciones solamente, y no sus cuerpos, podían ser percibidas por los ojos. Cada vez más iluminado se hizo el camino.

Otra vez, y tan bruscamente como antes, el camino formó otro codo.

Se detuvieron dentro de una caverna, que era como un gran *auditorium* cuadrado de algún gigantesco escenario, o el interior de un cubo de roca, cuyos cuatro costados y techo se elevaban a cien pies de altura y caían en paredes lisas y derechas, cerrando un suelo plano y pulido. A la derecha se erguía una cortina de sólida roca, levantada a un pie sobre el suelo, corrida a un costado, en el extremo opuesto, un cuarto de su extensión. Por debajo y a los costados manaba el raudal de radiantes átomos, cuyo conjunto había llenado el túnel con su siempre creciente luminosidad.

Manaban de abajo y de los costados velozmente en ese momento, como incon-

tables enjambres de luciérnagas, cada una llevando una lámpara de diamantina luz.

—Allí—dijo Suarra, señalando el borde de la cortina rocosa.—Allí está tu camino. Más allá está el lugar que te prometí enseñarte... el lugar en donde las joyas crecen como frutas en un jardín y en donde el oro viviente fluye. Aquí te esperaremos. Ahora ve.

Durante mucho tiempo Graydon miró esa cortina y el raudal de radiantes átomos que se volcaba desde más allá. El flaco, el gigante y el pequeño estaban a su lado, con sus caras sin alma vueltas hacia él, esperando sus órdenes, sus movimientos.

Tuvo la impresión de una cínica diversión en la pareja de encapuchados, o, al menos, en el de vestido de amarillo, porque el de azul parecía sólo estar esperando... como... como si ya supiera qué resultado debía ser. ¿Lo estarían cebando, se preguntaba, divirtiéndose con él? ¿Qué pasaría si se rehusara a seguir adelante, rehusarse a pasar el borde de esa cortina, si ordenara a sus tres compañeros regresar al campamento en el erial? ¿Irían? ¿Les sería permitido ir?

Miró a Suarra. En sus ojos de negro terciopelo había pena, pena incontenible, ¡desesperación y agonía... y amor!

Cualquier cosa que moviera a esa pareja que ella llamaba los Dos Señores, en ella, al menos, no existía ese cínico juego con almas humanas. Y recordó su promesa... de que podía mirar la Cara y triunfar sobre ella.

Bueno, ahora no iba a retroceder, aun cuando se lo permitieran. No aceptaría ninguna dádiva de las manos de esta pareja, que, así le pareció, consideraba a Suarra como una niña a la que había que enseñar qué fútiles eran las cosas que la joven había elegido como juguete selecto. No se avergonzaría a sí mismo... ni a ella.

—Esperen aquí—se dirigió a los tres hombres.—Esperen aquí. ¿Me entienden Soames, Dancre, Sterret? ¡No se muevan! Esperen hasta que regrese.

Ellos no hacían más que mirarlo, sin contestar ni con sus lenguas ni con sus caras.

—¡Quédense aquí!—repitió severamente. Se encaminó hacia la encapuchada pareja.

—¡Al infierno con ustedes!—dijo, clara y friamente, como él sentía que ellos lo harían si tuvieran esos sus silenciosos labios que abrirse para hablar—¿Me comprendieron bien? ¡Les dije al infierno con ustedes!

Ellos no se movieron. Él tomó a Suarra en sus brazos y la besó; sintió los labios de ella adherirse fuertemente a los de él.

—¡Recuerda!—murmuró él—¡Regresaré a tu lado!

A pasos largos se dirigió hacia el borde de la cortina, desfundando la automática mientras marchaba. A pasos largos pasó la cortina y se sumergió en el torrente de resplandores. Durante quizá una docena de latidos de corazón él se paró allí, inmóvil, petrificado, con una desconcertante incredulidad estampada en su cara. Y luego el arma se le cayó de su insensible mano, rebotando en el suelo de roca.

Porque Graydon veía una vasta caverna colmada con diamantinos átomos vibrando con una deslumbrante luz, que, a pesar de todo, era cristalinamente clara. La caverna era como un gigante globo hueco, que había sido cortado en dos, y una de las mitades abandonada. Era de sus curvas paredes de donde la luminosidad fluía, y estos muros eran de un negro azabache y pulidos como espejos. Los rayos que fluían de sus paredes parecían provenir de infinitas profundidades dentro de ellas, arrojadas a su través con una prodigiosa velocidad, como si fueran rayos disparados a través de inconcebibles profundidades de agua negrísima, debajo de la cual, en algún firmamento desconocido, ardiera un sol de diamantina incandescencia.

¡Y fuera de estas curvas paredes, colgando de ellas como los racimos de preciosas joyas en los encantados viñedos del Paraíso de El-Shiraz, como flores en un jardín del Rev de Djinn, crecían las arracimadas gemas!

Grandes cristales, de todas las formas, vivían bajo esa luz con la misma alma del fuego, que es la tentación de las joyas. Rubíes que resplandecían con cada uno de los tintes, desde ese claro escarlata, como los de la luz del sol visto a través de las yemas de los dedos de una delicada doncella, hasta el más profundo y sombrío rojo de corazones sanerando. Zafiros que brillaban con azules tan raros como los

que se encuentran debajo las alas del azulajo, y azules tan profundos como esos que oscurecen debajo las cremosas crestas de las rizadas olas del Gulf Stream. Enormes esmeraldas que destellaban ora con el verde de superficies tropicales, ora como las profundidades de una ciénaga de la jungla. Diamantes que chispeaban con fuegos de mil colores o despedían lluvias de rayos como arcos iris; grandes y ardientes ópalos; piedras ardiendo con llamas amatista; desconocidas joyas cuya no común belleza ahogaban al corazón con asombro.

Pero no fueron las arracimadas joyas dentro de esta cámara de resplandores lo que había rebajado la presión de su mano sobre la automática, lo que lo había petrificado. No.

Fué... ¡la Cara!

Desde donde él estaba un tramo de ciclópeos escalones descendía a cien pies o más en el corazón de la caverna. A la izquierda de los escalones estaba el semiglobo de brillantes y enjoyadas rocas. A la derecha había... ¡sólo el espacio!

Un abismo, cuyo otro lado no podía ver, que se abría enhiesto desde la escalera en una profundidad sin fondo.

La Cara lo miraba desde el lado opuesto de la caverna. Los ojos a un mismo nivel con los suyos. Sin cuerpo, su mentón descansaba sobre el suelo, un poco más allá del último monolítico escalón. Estaba tallada de la misma roca negra de las paredes, pero en ella no había la más leve chispa de la rauda luminosidad.

Era una cara de hombre y de diablo a la vez, cara de Lucifer, arrogante, malvada. De dimensiones colosales, tenía treinta o más yardas de ancho, de oreja a oreja, inclinada un poco hacia el abismo, como escuchando. Sobre la espaciosa frente el poder estaba intronizado; un poder depravado e imperioso, que bien podía haber sido beneficioso como el de Dios, de haber sido esa su voluntad; pero que, en cambio, había sido elegido con el destino de Satán. La nariz era curva como la de una arpía, aguileña y cruel. Inhumana era su boca, con labios gruesos y lujuriosos; las comisuras caían, dando una apariencia cínica.

Sobre estos rasgos tallados estaba estampado el mismo secreto espíritu de la insaciable, eterna hambre de oro de la humanidad. La codicia, la avaricia estaban gra-

badas allí, así como una pródiga indiferencia y endurecida disipación. Era el dorado anhelo con voz de piedra. Prometía, atraía, amenazaba, adulaba... ¡mandaba!

Miró a los ojos de la Cara, a cien pies arriba del mentón. Estaban hechos de cristales azul pálido, fríos como el destello del hielo polar. En ellos se concentraba todo el demoníaco poder de la Cara.

Y mientras Graydon miraba en sus heladas profundidades, veloces visiones pasaron de los de la Cara a los suyos propios. Violaciones de ciudades y saqueos de barcos; hombres borrachos de codicia, arrancando grandes pepitas de oro del seno de la tierra; hombres agazapados como arañas en el corazón de brillantes telas amarillas y deleitándose con hordas de insectos de oro.

Oyó el clamor de legiones locas de botines, saqueando capitolios de oro; el clamor de todos los Argonautas desde que el primer oro y hombre nacieron. Y se estremeció ante ese clamor... ¡y lo contestó con un grito!

Se volcaron en él de los fríos ojos otras visiones, visiones de lo que el oro, oro sin fin, podía hacer por él; ardientes tentaciones de poder sobre hombres y naciones, poder ilimitado e inhumano, como el que se asentaba en la propia frente de la Cara... Rubias mujeres... Paraísos terrenales... Fata Morganas de los sentidos.

Había fuego en su sangre, un éxtasis satánico, una llameante temeridad.

¿Qué?... ¡La Cara no era de piedra! ¡Los ojos no eran frías piedras preciosas! ¡La Cara vivía!

¡Y le estaba prometiendo este mundo, si sólo se decidía a entrar!

Adelantó un paso hacia la escalera.

¡Llegó hasta sus oídos un descorazonador grito de Suarra!

El grito lo contuvo.

Miró otra vez la colosal Cara.

Y ahora vió que todo el raudal de luminosos átomos que despedían las curvas paredes estaban concentrados sobre la Cara. Ésta los devolvía a la cámara debajo y por entre la cortina de roca y adentro del abismo. Vió también que había un gran círculo de oro alrededor de la frente de la Cara, una ancha, profunda corona casi como un casquete. ¡De esa corona, como gotas de sangre amarilla, caían despacio

inmensos globos de oro! Corrían perozosamente por las mejillas.

De los ojos también corrían lentamente otras enormes gotas de oro, como si fueran lágrimas.

Y fuera de las comisuras de los labios goteaba saliva de oro.

Las gotas de sudor de oro, de lágrimas de oro, de saliva de oro, rodaban y se juntaban en un arroyo de oro que trepaba desde atrás de la Cara, se arrastraba perezosamente hasta la vera del abismo, volcándose en las insondables profundidades.

¡Mírame en los ojos! ¡Mírame en los ojos!

La orden le llegó imperiosa; ni era como para ser desobedecida. Parecía como si la Cara la hubiera pronunciado. De nuevo clavó la vista derecho en los fríos cristales azules. Y olvidado estuvo ahora su horror. Todo lo que sabía era de su promesa.

Graydon adelantó un segundo paso, después un tercero. Se preparó a correr, derecho hacia esa gigantesca máscara de roca negra que lloraba, sudaba y babeaba oro, tomar de ella lo que le ofrecía y darle en pago cualquier cosa que le demandara.

Fué empujado a un costado. Giró y se agarró en el mismo borde de la escalera.

A su lado pasaron como una exhalación los tres hombres: el flaco, el gigante y el pequeño.

Pudo echar un vistazo a sus caras; no denotaban ni vacío ni vaguedad en ellas. No, eran como hombres nacidos de nuevo. Sus ojos llameaban brillantemente. Y sobre las caras de cada uno de ellos estaba asentada la estampa de la Cara: su arrogancia, su avaricia, su temeridad y su crueldad.

Más y más ligero corrían bajando los escalones, arrojándose a la Cara, en procura de lo que les prometiera, como se lo oírendara y prometiera a él.

La ira, criminal y turbadora, lo sacudió. ¡Por Dios, que no se llevaran todo eso! ¡La tierra y el dominio de la tierra! ¡Todo les pertenecía! La Cara se los había prometido.

¡Primero los mataría!

Saltó detrás de ellos.

Algo lo sujetó de los pies, los maniató; trabado alrededor de sus rodillas, fué obli-

gado a un abrupto alto. Oyó un agudo silbido. Rabiando, maldiciendo, miró para abajo. Alrededor de sus tobillos y de sus rodillas vió los anillos de una blanca serpiente. Lo sujetaban fuertemente, como si fuera una cuerda. La cabeza estaba a nivel de su corazón y los ojos miraban fijamente, sin un pestañeo, en los de él.

Por un brevísimo momento, la revulsión, un instintivo y pánico terror lo estremeció. Olvidó la Cara y olvidó a los tres. La blanca cabeza de la serpiente se balanceó; luego se tiró hacia adelante, con la mirada fija sobre algo más allá de él. La mirada de Graydon la siguió.

Vió ¡la Madre Serpiente!

A un y mismo tiempo real e irreal, ella yacía extendida sobre el radiante aire, su brillante longitud medio enroscada. Yacía en el aire directamente entre él y la Cara. Él la veía... y todavía podía ver plenamente a través de ella toda esa fantástica caverna con todo lo que contenía. Los ojos púrpura de ella se posaban resueltamente en él.

E instantáneamente su ira y toda su fiera ponzoña de anhelo de oro que se volcaba en él se había esfumado. En su lugar siguió la contrición, la vergüenza y un gran agradecimiento.

Recordó... ¡Suarra!

A través de este fantasma de la Madre Serpiente, si fantasma era, observó plenamente y sin miedo en los ojos de la Cara. Y el encanto fué roto. Todo lo que Graydon vió ahora fué su rapacidad, su depravación y su horror.

La blanca serpiente aflojó sus anillos, ¡lo dejó libre!... y se alejó. El fantasma de la Madre Serpiente se desvaneció.

Temblando, miró hacia abajo en la escalera. Los tres hombres estaban al final de ella, corriendo, corriendo en dirección a la Cara. En la cristalina luminosidad aparecían como movientes figuras recortadas en un cartón negro, achatados contra él como tres perfiles, como tres afilados fantasmas. La flaca silueta, la gigante figura y la otra pequeña corrían codo con codo. Y ahora estaban en el extremo del enorme mentón. Los vió detenerse por unos instantes, golpeándose unos con otros, tratando de adelantarse. Luego, como si fueran uno sólo, y como respondiendo a alguna orden irresistible, empezaron a subir el es-

carpado mentón de la Cara, trepando—Graydon se dió cuenta—hasta alcanzar los fríos ojos azules y lo que esos ojos habían parecido prometer.

Ahora estaban en pleno foco de los impulsantes rayos, de la tormenta de los luminosos átomos. Por un momento permanecieron allí todavía, como tres hombres recortados de un cartón un poco más obscuro que la piedra negra.

Luego parecieron volverse grisáceos, sus perfiles crecer brumosos... nebulosos. Cesaron de trepar. Allí se detuvieron como en una repentina e intolerable agonía.

¡Desaparecieron!

Donde se pararan, estaban exactamente allí, en suspenso, algo como tres puñados de coloreadas nubes.

Los puñados se disolvieron... como niebla.

En su lugar aparecieron tres brillantes gotitas de oro.

Perezosamente, las tres gotitas empezaron a rodar por la Cara. Se juntaron y formaron una. Despacio gotearon en el raudal de oro, se fundieron en él y fueron llevadas al borde del abismo.

¡Y cayeron en el vacío!

Desde arriba, sobre ese vacío, llegó el estallido de los cuernos endiablados. Y ahora, en esa extraña luz, Graydon vió por fin qué era lo que emitía estas notas, lo que había abatido en el erial bañado por la luz de la luna las almas de los tres, lo que los había vencido, transformándolos en caminantes hombres muertos.

Sus cuerpos eran serpientes, sinuosos, retorcidos, enrollantes y cubiertos con escamas plateadas. Pero eran serpientes aladas. Se zambullían, se amontonaban, se arremolinaban sobre alas con largas plumas nevadas; blanqueadas, fosforescentes plumas orleadas como las colas de las espirituales aves de paraíso.

Grandes y pequeñas, algunas de la talla de un gran pitón, otras no más largas que las pequeñas culebras, se retorcián y se enroscaban y viraban en el brillante espacio encima del abismo, trompeteando triunfalmente, llamándose las unas a las otras con sus voces como cuernos endiablados.

¡Alegremente hacían esgrima entre ellas con sus picos finos y rectos como espadas!

Serpientes aladas, con plumas de ave de paraíso, cuyos picos eran agudos como flo-

retes. Serpientes aladas emitiendo sus himnos de triunfo de trompetas de hadas, mientras que la arrastrante corriente, de la cual Soames, Dancre y Sterret formaban ahora parte, goteaba, goteaba lentamente, tan lentamente, en el insondable hueco.

Graydon cayó sobre el gran escalón, relajado cada nervio y fibra de su ser. Se arrastró hasta el próximo, y el otro... y rodó sobre el último, pasó por entre la cortina rocosa y salió afuera de la brillantez de la diamantina luz de la vista de la Cara y del clamor de las voladoras serpientes.

Vió a Suarra venir corriendo hacia él, con los ojos salvajes de alegría.

Después le pareció que se hundía bajo olas tras olas de obscuridad y olvido.

¡REGRESÓ A ELLA!

Graydon se despertó.

—¡Suarra! ¡Amor mío!—murmuró, extendiendo sus ansiosos brazos.

La memoria volvió a él; saltó sobre sus pies y miró a su alrededor. Estaba en un oscuro claro de bosque. A su lado, su burro mordisqueaba plácidamente el pasto.

—¡Suarra!—gritó otra vez más fuerte.

Una figura se movió en las sombras y vino hacia él. Era un indio, pero uno de un tipo que Graydon nunca había visto con anterioridad. Sus facciones eran delicadas, finas. Usaba un corselete y un tonelete de seda amarilla. Tenía una diadema de oro sobre la cabeza y brazaletes del mismo metal en los brazos.

El indio le alcanzó un paquete envuelto en seda. Graydon lo abrió. Adentro estaba el brazalete de los dinosaurios de Suarra y la pluma de «caraquenque» que ella usaba cuando la vió por primera vez.

Repuso la pluma en su cubierta y la colocó en su bolsillo, sobre el corazón. El brazalete—por qué lo hizo nunca lo supo—lo deslizó sobre su propia muñeca.

Le habló al indio en aymarí. Éste se sonrió y sacudió la cabeza, pero no pareció entender el lenguaje, como tampoco la media docena de otros dialectos que Graydon probó. Señaló el burro y luego adelante. Graydon se dió cuenta de que le estaba diciendo que debía irse y de que le enseñaría el camino.

Partieron. Trató de grabar en su mente cada pie de camino recorrido, planeando ya su regreso. En poco tiempo llegaron al borde de una escarpada colina. Aquí el indio se detuvo y señaló abajo. Más o menos a cincuenta pies debajo de él, Graydon vió un bien marcado sendero. El descenso era fácil, zigzagueando por el costado de la colina. Otra vez el indio señaló, y él se dió cuenta que le estaba indicando el camino que debía tomar para llegar al sendero de abajo.

El indio se desplazó a un lado, hizo una reverencia y esperó que él pasara con el burro. Graydon empezó a descender. El indio permaneció observándole y, al alcanzar Graydon una vuelta del sendero, le dijo adiós con la mano y, retrocediendo, se perdió en la floresta.

Graydon caminó despacio una milla más, quizá. Allí esperó durante una hora. Luego, resueltamente, volvió atrás. Deshizo el camino andado, llevando el burro delante de él, y tranquilamente volvió a montar la pendiente.

En su cerebro y en su corazón no latía más que una sola idea y un solo deseo: volver adonde estaba Suarra. No importaba qué peligros pudiera encontrar para volver adonde ella estaba.

Saltó sobre la orilla de la colina y permaneció allí por unos momentos escuchando. No oyó nada. Se puso delante del burro, suavemente le ordenó continuar y él se adelantó a grandes pasos.

Instantáneamente, muy cerca arriba de su cabeza, oyó la nota del cuerno, amenazante, iracunda. Hubo un aleteo de grandes alas.

Instintivamente levantó un brazo. Era el mismo sobre el cual había deslizado el brazalete de Suarra. Mientras lo levantaba, las púrpuras piedras que formaban los ojos de la mujer serpiente relanpaguearon en el sol.

Oyó las notas del cuerno otra vez, protestando; curiosamente, se sobrecogió. Había una silbante furia en el aire al lado de él, como si una invisible criatura alada luchara frenéticamente para refrenar su vuelo.

Algo golpeó al brazalete. Sintió otro incisivo golpe contra su hombro. Un cauterizante dolor fluyó por sus músculos. Sintió verter su sangre del hombro y del cue-

llo. La bofetada lo tiró de espaldas. Cayó y rodó sobre el borde de la colina y se vino abajo por su costado.

En esa caída su cabeza golpeó una piedra, aturdiéndole. Cuando recobró sus sentidos, se encontró tendido al pie de la ladera, con el burro parado a su lado. Debía haber estado inconsciente durante considerable tiempo, porque el suelo manchado mostraba que había perdido mucha sangre. La herida recibida estaba en mal lugar para poder revisarla detenidamente; pero, tanto como él podía ver y calcular, era un limpio puntazo que había pasado como una estocada de florete a través de la parte superior del hombro, con salida en el cuello. Debía haber errado la arteria por un pelo.

Y bien sabía quién era el trompetero de ese sonido. Una de las emplumadas serpientes del abismo.

El peñón o colina marcaba, sin duda, los límites de Yu-Atlanchi en ese punto. Posiblemente había puesto ese indio extraño a la criatura allí en previsión a su regreso, o la casualidad trajera a uno de esos «observadores» de quienes Suarra había hablado, y este lugar de la frontera fuera uno de los regulares puntos de vigilancia. Esto último se inclinaba a creer, porque el indio había sido incuestionablemente amistoso.

¿Y no decía el brazalete y la pluma de «caraquenque» que había sido el mensajero propio de Suarra?

Pero Graydon no podía regresar e internarse en los desconocidos peligros con tanta herida. Debía encontrar ayuda. Esa noche la fiebre lo poseyó. Al día siguiente encontró algunos indios amigos. Le administraron los primeros auxilios lo mejor que pudieron, pero la fiebre creció y la herida fué un tormento. Decidió dirigirse a Chupán, la villa más cercana, en donde podría encontrar mejor ayuda que la que los indios procuraban brindarle.

Y había llegado a Chupán en el límite de sus fuerzas.

* * *

Esta es la historia de Graydon.

Si ustedes me preguntan si la creo, o si pienso que son las divagaciones de un extraviado atacado por la fiebre, yo contestó: Yo sí la creo. Sí, desde el principio hasta

el final, la creo verdadera; porque, recuerden: yo vi su herida, yo vi el brazalete de los dinosaurios y yo escuché lo que Graydon decía en su delirio. Un hombre no cuenta precisamente la misma historia en plena posesión de su salud que cuando desvaría en delirios, no, al menos si estos relatos son nada más que fantasías nacidas de ese delirio. No puede. Se olvida.

Hay una cosa que encontré difícil de explicar por un proceso normal.

—¿Usted dice que vió este... bueno, ser que usted llama la Madre Serpiente, como un fantasma en la caverna de la Cara?—pregunté.—¿Pero está seguro de eso, Graydon? ¿Está seguro de que esto no fué alucinación, o alguna visión de su fiebre que usted conservó al despertar?

—No—respondió Graydon,—no. Estoy completamente seguro. No la describiría. Era más... una proyección de su imagen. Usted llama fantasma a lo que vi. Yo sólo usé esa palabra para olvidar, ve usted, ese otro ejercicio de su inexplicable poder de proyección la noche que fuí llevado a Yu-Atlanchi por sus ojos. Bien, de la realidad de esa primera experiencia no puede haber la más ligera duda. Yo no encontré la otra más increíble que ésta.

» La caverna de la Cara—prosiguió, pensativo—creo que era un laboratorio de la Naturaleza, un gigantesco crisol, donde, bajo ciertos rayos de luz, toma lugar una transmutación natural de un elemento en otro.

» Dentro de la roca, afuera de la cual estaba tallada la Cara, había algún mineral desconocido, el cual, bajo la acción de estos rayos, era transformado en oro. Un puro proceso químico, fórmula de la que nuestra misma raza no está muy lejos de aprender el secreto, como usted sabe.

» ¡La Cara! Creo que ella fué una inspiración de algún genio de Yu-Atlanchi. Habrá tomado la roca, trabajó en ella y simbolizó tan fielmente la universal hambre de oro del hombre que, inevitablemente, aquel que la miraba respondía a su llamado. La subconciencia y la conciencia también se entregaban en réplica a lo que la Cara pintaba con tan tremendo poder. En proporción a la fuerza de esa hambre, así era la fuerza de la réplica.

—¿Pero usted cree que Soames, Sterret

y el pequeño Dancre realmente se convirtieron en oro?—le pregunté.

—Francamente, de eso tengo mis dudas—me contestó.—Así lo parecía. Pero la escena entera fué tan... en fin... horriblemente diabólica... que no puedo confiar completamente en mis impresiones de eso. Es posible que algo más ocurriera. Incuestionablemente, la concentración de los rayos en la región de la Cara era terrorífica. Bajo el bombardeo de esas radiantes partículas de fuerza, o cualquier energía que fuera, los cuerpos de los tres pudieron simplemente haberse desintegrado. Las gotitas de oro podrían haber sido exudadas de las rocas detrás de ellos, y sus posiciones en el exacto lugar donde los tres desaparecieron pudiera también haber sido una viva coincidencia.

—Que las voladoras serpientes fueran visibles en esa luz y no en la normal nuestra, me atrevería a pensar que esa luz debe haber sido extraordinariamente rica en vibraciones ultravioletas—yo sugerí.

Él asintió con la cabeza.

—Por supuesto que así era—dijo.—Invisible en la luz del día o de la noche, tomaba los rayos violetas para marcar sus perfiles. Probablemente son una evolución de alguna forma de saurios voladores, tal como el prehistórico pterodáctilo.

Meditó un momento.

—Pero ellos deben poseer un alto grado de inteligencia—prosiguió al fin.—Me refiero a esas serpientes. Inteligencia más perfecta aun que la del perro, una inteligencia a la par, quizá, con la del elefante. La criatura que me golpeó, por cierto que reconoció el brazalete de Suarra. Y fué el reconocimiento que la refrenó, estoy seguro. Trató de detener el envión, pero era muy tarde para hacer otra cosa que desviarlo. Y es por eso que creo que la voy a encontrar—murmuró.

» Ella quiere que regrese. Ella sabe que lo deseo. Creo que este brazalete es un talismán o, mejor aun, un pasaporte para hacerme pasar de los «observadores», como Suarra los llama. No es sólo un recuerdo que ella me dió. ¡No!

» Regresaré... y con ella—me dijo el día que nos estrechamos las manos en adiós.

Lo seguí mirando hasta que Graydon y el burrito estuvieron ocultos por los árboles del sendero que él debía seguir hasta

que hubiera alcanzado los límites de esa maldita cordillera, la puerta de entrada de esos misterios, a los que se había decidido

abordar para rescatar de ellos la doncella que él llamaba Suarra.

Pero Graydon no ha regresado.

El jueves 15 de julio ¡GRANDIOSO!

«EL SAGRADO MAESTRO DEL PLANETA MARTE»

Por el autor de «Las aventuras de Tarzán», Edgard Rice Burroughs, dibujos de Paul. Su notable pluma nos presenta al «Sagrado maestro del planeta Marte», utilizándolo de ayudante en sus terribles y maravillosas transformaciones marcianas, a un hombre de la Tierra, sólo espíritu, puesto que su cuerpo descansa frío y muerto en la madre Tierra.

¡Miércoles 14 de julio! — ¡Lo que usted esperaba!

LECTOR: Recuerde que *LA NOVELA FANTÁSTICA*, por sólo 20 centavos, le brinda el más completo volumen de estudio y comprensión del espacio en sus misteriosos PLANETAS, ASTROS, ASTEROIDES y NEBULOSAS, abrazando tenazmente una fantasía que será realidad al correr de los días.



SENORA...

Escuche usted, y luego haga que sus niños sintonicen diariamente, después de sus horas de escuela o de estudios, a

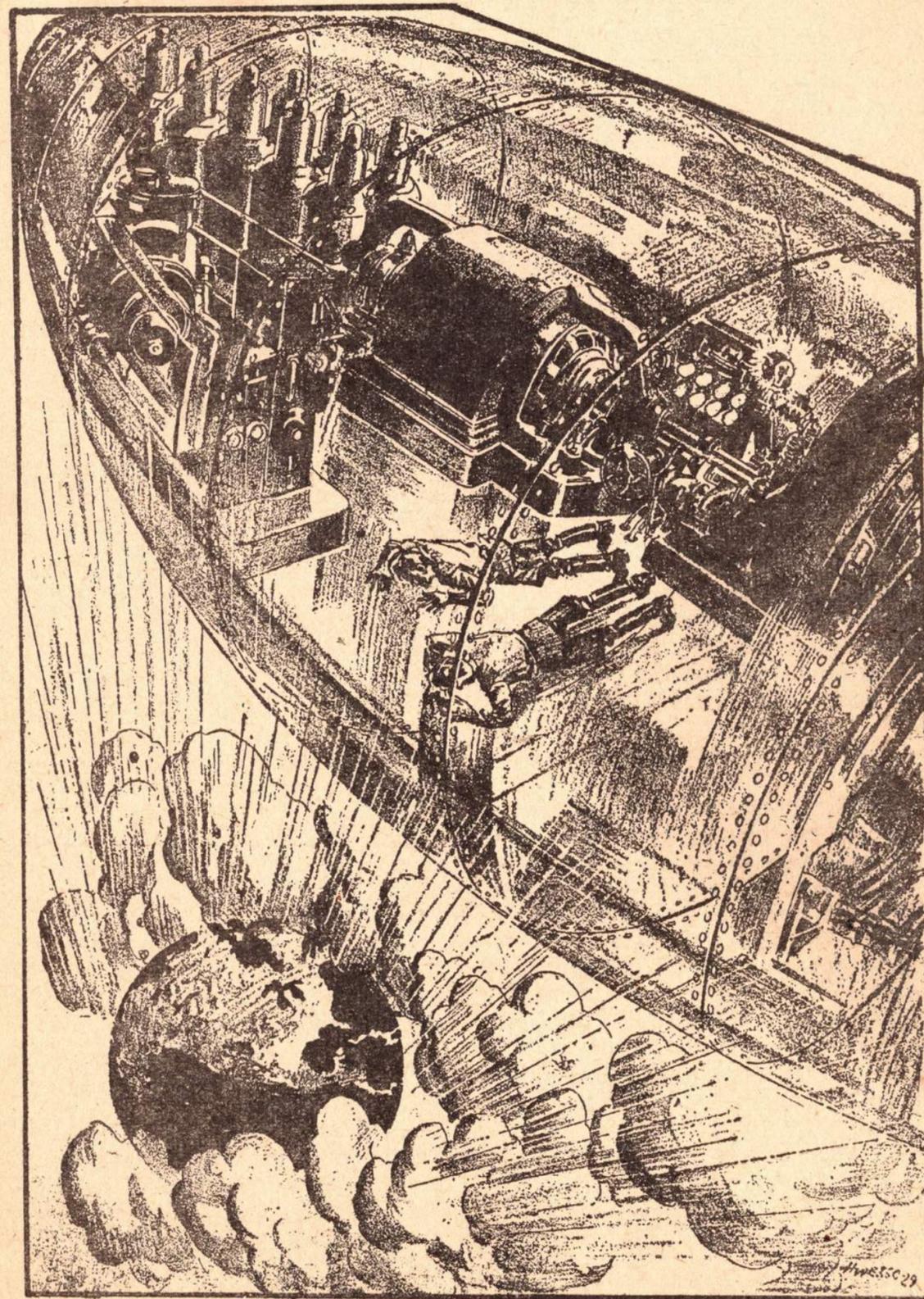
MARYLÍN

La hermosa, amena e instructiva audición infantil que todos los días hábiles se irradia en el horario de 17 a 17,30 horas por micrófonos de

L. S. 4. RADIO PORTEÑA

EL PEQUEÑO SOBRE EL PLANETA NEPTUNO

Original de CLARE W. HARRIS Y MILES J. BREUER



«Bajo los gruesos y transparentes cristales de la cámara de control del «Neptunian» apareció nítidamente la figura del gran planeta...»

Cuando una pequeña chispa de una distante descarga atravesó una pared de piedra, fué todo un triunfo para HENRICH HERTZ, quien muy bien podía tenerse como el principal operario en radio.

Ahora oímos, sin mayor comentario, que una instalación hecha por uno de los estudiantes de EDISON captó a BYRD, en el Antártico. ¿Es, por lo tanto, un gran adelanto irradiar transmisiones a otro planeta?

Es de esperarse que cualquier trabajo efectuado por estos autores, en colaboración, será nuevo y apreciado por nuestros lectores. Esta historia hace plena justicia a su reputación. Es definitivamente «diferente» y, mejor aun, una estudiada lectura.

UNA VOLUNTAD FATAL

Debe admirarse que las comunicaciones interplanetarias están aún en estado rudimentario. Sin embargo, ya han tenido lugar algunos desarrollos asombrosos.

Comenzando con los humildes experimentos de Hertz, en 1887, el progreso ha variado ininterrumpidamente.

Cientos de hombres ilustres han dedicado por entero su vida a este trabajo, pudiendo encontrar episodios de gran interés para la humanidad a través de este desarrollo.

El presente relato está relacionado con uno de ellos.

La historia de cualquier acontecimiento está marcada por ciertas épocas, por ciertas eras, cada una de las cuales está asociada al nombre de un genio.

Después de Hertz, nos alumbró con su talento Marconi, quien alrededor de 1896 expresó la existencia de un conocimiento teórico en su concreto telégrafo sin hilos.

A éste siguió De Forest, quien a mediados del año 1900 descubrió el tubo al vacío triple eléctrico, haciendo comercialmente posible la telefonía sin hilos.

Nada asombroso ocurrió después, durante medio siglo.

Esfuerzos de todo género se dedicaban principalmente al descubrimiento del poder de la transmisión en lo que respecta a las ondas radiales.

Aun no había comenzado el año 1967 cuando Takatz, en Budapest, experimentalmente confirmó la creencia de los hombres de ciencia de que las ondas radiales,

a pesar de ser ondas magnéticas de la misma naturaleza que la luz, podían reflejarse y refractarse.

Anteriormente a la época de Takatz carecíamos del medio para esta reflexión y refracción.

Usando grandes cristales de aluminio, descubiertos en la Universidad de Kansas por H. K. F. Sucith, y dándoles forma mecánicamente, pudo enfocar los rayos de la radio con sensacional éxito y tan exactamente como se enfocarían en una pantalla los rayos de luz de un reflector.

Con este sistema de proyección enfocó ondas radiales de intensidad admisible en el planeta Marte, a cuatro millas de distancia.

Dos años después captaban señales de Marte, Venus, y aun de Saturno y Júpiter. Es así cómo han andado de prisa los acontecimientos.

Quedó demostrado plenamente que estas señales provenían de seres inteligentes, que intentaban comunicarse con nuestro planeta. Sin embargo, en ese tiempo en que le comprendían aún vagamente no existía ninguna persona que hubiera vivido en la época de Takatz.

En el año 2099 miss Genoveva Holingsworth, joven maestra del jardín de infantes en Corpus Christi, Texas, publicó un artículo en el diario *The Scientific Monthly* que dió la clave para descifrar los mensajes que habían quedado detenidos en los instrumentos por un período de ciento treinta años.

Las concepciones de número, tamaño, ritmo, geometría, posición del sistema so-

lar, período del sistema solar, son tan simples y tan perfectamente comprendidas hoy en día, que parece ridículo que se haya requerido más de un siglo para alcanzar su significado.

Aun cuando la concepción fundamental era simple, el desarrollo de la actual comunicación era materia extremadamente compleja y tediosa.

La pequeña Holingsworth había fallecido mucho antes de que el código interplanetario fuera inventado. Se hubiera estremecido de terror frente a las complicadas proporciones—demasiado complejas para su mentalidad simple, que demostraba su realidad fría y calculadamente teórico-práctica—en manos de sus semejantes.

Amaneció el año 2300 con un feliz acontecimiento: una hermosa comunicación se mantenía, continua y fluente, con Marte y Venus, cuatro de las lunas de Júpiter y una de Saturno, mientras existía aún misterio insondable con respecto a Neptuno.

Los astrónomos admitían que los planetas de los cuales recibían mensajes inteligibles estaban en tales condiciones físicas que era muy posible que estuviesen habitados por seres inteligentes. Pero de ninguna manera podría aceptarse que existieran seres vivientes en Neptuno. ¡Era casi inconcebible!

Ese planeta, pálido y tan distante, era demasiado frío y oscuro. No obstante, se han percibido algunos sonidos provenientes del mismo. ¿Eran señales inteligentes de seres vivientes o no? En verdad, nadie ha sido capaz de interpretarlo aún. Tal vez eran nuevos ruidos producidos por los receptores; no obstante, eran demasiado persistentes y uniformes para considerarlos accidentales o fenómenos inorgánicos, y, por consiguiente, requieren explicación en una u otra forma.

En el año 2345 tuvo lugar el primer viaje interplanetario, con todo éxito. Treinta y cinco años antes de esta fecha un osado explorador llamado Bjerhur había ido a la Luna en una nave transgeodésica, pero nunca más volvió a oírse nada de él. Hoy los ojos del mundo se vuelven con curiosidad hacia Rex Dalton, el físico de Kentucky, que el 7 de enero partió para Venus.

Las radios que estaban propalando en los últimos momentos los preparativos de la

partida anunciaron de repente la noticia de que el famoso astrónomo inglés Myron Colby acompañaría a Dalton en su arriesgado viaje.

El crucero interplanetario de Dalton y Colby fué memorable, no solamente en los anales de la astronomía y de las matemáticas físicas, sino también en los de la biología, desde que probó que la preconcepción del hombre de que si la evolución progresaba en dos mundos diferentes, lo mismo debe ocurrir a lo largo de dos líneas paralelas, era errónea.

El «Pioneer», que era el nombre con que se había bautizado al crucero interplanetario de Dalton, descendió a la nebulosa atmósfera de Venus y sus asombrados ocupantes observaron un extraño espectáculo a través de las paredes transparentes de la nave: debajo de las pálidas frondas de una vegetación gigantesca y apretujada, de la apariencia semejante a las palmeras, pululaban millares de gusanos enormes.

Sus grandes cabezas estaban erizadas de puntas que sugerían órganos terminables de los sentidos especiales. Si la adhesión de estos órganos constituyese una cara, la de estos seres era repulsiva, tanto más cuando que la arrastraban al deslizarse a uno u otro lado.

Eran intensamente activos; se torcían y retorcían, arrastrándose hacia todos los costados, entre ellos mismos y los unos sobre los otros. Parecían estar atareadísimos, en tremenda actividad y haber llevado bloques, palos y numerosas cosas entre ellos. Los espectadores se estremecieron, quedando disgustados a la vista de ese viscoso espectáculo.

En pocos momentos la caparazón de la nave se puso tan caliente que, para salvarse ellos mismos, se vieron obligados a poner en acción el aparato refrigerador que habían llevado consigo, anticipándose a una posible situación de esta naturaleza. Remontaron su nave, hendiendo el espacio en todas direcciones, mas no hallaron vida alguna, como no fuera la viscosa y repugnante arriba mencionada.

Cerca de ellos se encontraba otro racimo de gusanos intensamente activos.

De pronto la radio, en código interplanetario, irradió el siguiente mensaje:

«¡Hola! ¿Ustedes, los que se encuentran dentro de la cabina de la esfera de cristal

que descendió de los cielos, son seres inteligentes?»

Dalton transmitió:

«Somos humanos; venidos del planeta Tierra. ¿Dónde podemos encontrarlos?»

Los dos hombres se quedaron mudos de admiración al recibir este nuevo mensaje:

«Están entre nosotros, observándonos. Queremos verles de cerca y comprobar si son tan civilizados como nosotros.»

Los dos hombres de ciencia se miraron, en embarazoso desconcierto.

—Deberíamos probar la atmósfera primeramente—sugirió Dalton.

La prudencia y desconocimiento de lo nuevo a explorar le traía bien pertrechados para esto.

La nave poseía un compartimiento con dos puertas, una interior y otra exterior, en el cual se echaban los desperdicios y volvía a cerrarse nuevamente; luego, por medio de focos eléctricos, se abría la puerta exterior, se arrojaban los desperdicios, también por medios eléctricos, y automáticamente volvía a clausurarse.

Esto siempre disminuía la presión, que se restablecía retirando de los cilindros oxígeno y nitrógeno comprimidos.

Habían revisado meticulosamente los termómetros, barómetros y buretes, tomando automáticamente muestras del aire exterior, que podía ser analizado en pocos minutos por su equipo.

El resultado de las pruebas demostró que la atmósfera era semejante a la de la Tierra, con un leve exceso de óxido de carbono y oxígeno; la temperatura era de 60° centígrados, la presión de 790 milímetros de mercurio y la humedad de 50 %.

«No podemos salir—transmitió Rex Dalton.—Nuestros cuerpos no soportarán vuestra atmósfera.» Tuvieron que oponer una excusa para no salir.

Éstos fueron los primeros hombres de ciencia que retornaron con vida de un viaje interplanetario. Su excursión podrá no haber sido satisfactoria por completo, desde el punto de vista de los lectores románticos, pero su significación científica estaba haciendo época. Evidentemente, con esto se llegó a comprender que los seres inteligentes pueden encontrarse bajo otras condiciones y aspectos que los nuestros y en otra forma que la que hemos conocida como humana.

RECORD CON EL ALAMBRE DE HIERRO

El profesor Mac Lean tenía todavía toda la agudeza de su poder mental, aun cuando tenía 92 años de edad y se encontraba postrado en cama.

Se esperaba su muerte de un momento a otro, encontrándose en un estado tal de debilidad que hablaba con evidente dificultad. Todas las mañanas iba a visitarlo Patrick Corrigan, su amigo y sucesor en la universidad.

—Corrigan—dijo el anciano; el joven tuvo que inclinarse para percibir sus palabras:—Este es un gran día para mí. Gocé de inmensa popularidad y reputación entre las gentes por haber hecho mucho en favor de la instalación de una comunicación interplanetaria. Estaría pronto a morir ahora si no fuera por ese misterio que gira alrededor de Neptuno, que me hace sentir como un fracasado. Pero la vuelta de estos jóvenes del planeta Venus me infunde coraje y esperanza. Algún día será contestada la pregunta de Neptuno.

Por un instante la voz del anciano se cortó por la fatiga; luego, con un gran esfuerzo, continuó:

—Este asunto de Neptuno es engañoso,

místico. Esos sonidos como golpecitos secos, pero apagados, que nos llegan a través de nuestros instrumentos, deben tener algún significado. Hay ritmo en ellos y un dejo, igual a una sugestión matemática, a su alrededor. Yo moriría en paz si supiera qué significan...

Corrigan esperó respetuosamente y un tanto confundido. Tenía una solución que proponer acerca del misterio de Neptuno; pero, sobrecogido por la alocada superstición de que él podía ser la causa de la muerte del profesor Mac Lean, hesitaba si debía presentarla o no. Finalmente dijo suavemente:

—Usted siguió de cerca las noticias propaladas por la radio de la excursión de Dalton y Colby. Aterrizaron en Phoemix ayer. He estado ponderando sus reportajes. ¿Recuerda lo que dijeron acerca de las gentes-gusanos?... ¿No le recuerda esto la inexplicable rapidez con que nos llegaron los mensajes de Venus? Solamente los expertos pueden hacer algo con ellos. Ahora Marte es el más lento de nuestros planetas, razón por la cual será completamente fácil recibir en código superoruga.

El anciano, haciendo un terrible esfuerzo, sentóse de repente, con gran alarma de Corrigan. Este último continuó discretamente:

—En la actualidad supongamos que los mensajes de Neptuno son tan lentos que fracasan al sernos transmitidos; a causa de esa lentitud no podemos sintonizar...

Corrigan cesó de repente en su conversación. Mac Lean yacía pálido y rígido, no daba muestra alguna de que vivía aún. Corrigan seguía de pie cerca de la cama, en embarazoso silencio. El profesor levantó una mano blanca, muy blanca, y una débil sonrisa se dibujó en su rostro.

—Correcto—murmuró.—Casi me sorprende sin vida. Ahora vaya y efectúe los trabajos experimentales, que yo esperaré a fin de oír a Neptuno.

Para un hombre como Corrigan el trabajo experimental era asunto sumamente simple y directo. El principio para registrar el funcionamiento de la radio electromagnéticamente en un hilo de hierro era perfectamente conocido.

Aceptando que los ruidos que se han podido percibir de Neptuno eran impulsos de onda individual, un simple cálculo le

permitió conocer cuán velozmente debían ser transmitidos para que pudieran ser reproducidos como sonidos. De manera que arregió el aparato como para poder registrar los movimientos de Neptuno.

Adaptó mientras tanto un dictafono común de transatlántico para reproducir los sonidos provenientes del alambre de hierro. Tres días estuvo efectuando este impropio trabajo y, al fin, lo tuvo listo para ensayar por primera vez.

Hizo rodar el aparato hasta la pieza del profesor Mac Lean. El anciano nombre de ciencia observó todo como si no fuera a durar mucho tiempo. Corrigan deseaba que él oyera cualquier cosa que pudiera transmitir el aparato. Su corazón latía apresuradamente al ajustar el hilo de hierro al dictafono y abrir los tubos.

«Hombres de ciencia de otros planetas.» Eso fué lo que voló velozmente en alas de las ondas del espacio infinito de nuestro Cosmos, perfectamente claro.

Ese fué el resultado de 72 horas de paciente trabajo para captar los mensajes de Neptuno, a razón de una palabra por día.

Corrigan observó ansiosamente hacia la cama.

—¡Aun estoy en buen estado!—dijo sonriendo el profesor Mac Lean.—Viviré lo suficiente como para oír el primer mensaje completo de Neptuno.

Jamás criatura alguna, que espera ansiosamente la Navidad, estuvo más impaciente de que transcurrieran los últimos momentos en que Corrigan, durante las seis semanas, le llevó a recibir, palabra por palabra, el primer mensaje completo de Neptuno.

Intentó en vano absorberse por entero en otros trabajos; no podía mantenerse alejado del registro; andaba dando vueltas a su alrededor continuamente, lo que le hacía parecer que el tiempo transcurría pesado y despaciosamente.

Un día el aparato fué llevado nuevamente a la pieza del profesor Mac Lean, y Corrigan, con temblorosos dedos, procedió a conectar el hilo. De pronto escucharon una voz que comenzó, con el bien conocido código interplanetario:

«Elzar, físico del planeta Neptuno, envía un saludo a todos los hombres de ciencia de los demás planetas. Podemos oír desde aquí a la Tierra, Marte y Saturno ter-

A LOS ESCRITORES:

La NOVELA FANTÁSTICA pone en su conocimiento que esta Dirección acepta y abona toda novela inédita, encuadrada al ambiente que explota esta

Editorial. Por lo tanto a la espera de ella estamos.

cero. Los otros son demasiado rápidos para nosotros. Hemos estado transmitiendo mensajes por espacio de diez años de los nuestros. Contesten si ustedes los oyen. Elzar, físico del planeta Neptuno, envía un cordial saludo a todos los hombres de ciencia de los demás planetas. Podemos...»

Aparentemente comenzaba la repetición del mensaje. Corrigan volvió los ojos hacia el profesor Mac Lean para ver el efecto que le causaba el tan ansiado mensaje. Una sonrisa de paz y contento inundaba su marchito rostro. El indomable espíritu del profesor Mac Lean había esperado lo suficiente para oír transmisiones del misterioso Neptuno, pues luego tomó el vuelo hacia las regiones donde poco o nada importan los asuntos de Neptuno.

¿Quiere decir entonces que el hombre de ciencia era más fuerte que el amigo, en lo que a Corrigan respecta, al haber despachado la respuesta a Elzar, de Neptuno, antes que efectuar las ceremonias del funeral del profesor Mac Lean?

Necesariamente, no. Cuando el funeral de aquel gran hombre, famoso por doquier, tenía lugar, bajo las lentes y micrófonos que propalaban ese acto por el mundo entero, los mensajes de Neptuno fueron nuevamente magnetizados en el hilo de hierro. Pasaron seis meses antes de que se oyera el siguiente:

«Elzar, de Neptuno, ha recibido el mensaje de Corrigan, de la Tierra. Por muchos años hemos usado analizadores para recibir comunicaciones ultrarrápidas desde los planetas Marte y Venus; durante muchos años nuestros analizadores colocados para captar los mensajes de la Tierra han permanecido en silencio. Hoy, con gran júbilo por nuestra parte, los oímos hablar, lo que quiere decir que ustedes han comprendido y controlado nuestras señales. En conocimiento del éxito con que han llevado ustedes a cabo un viaje a Venus, y no habiendo nosotros conquistado aún la solución de los problemas del viaje a través del espacio, les invitamos en Neptuno. No encontrarán, con toda seguridad, punto más hermoso en el Universo entero. Nuestras inmensas florestas y nuestras maravillosas ciudades les agradarán y causarán vuestra admiración. Yo vivo con mi hijo en una de las más grandes ciudades, exactamente sobre el Ecuador y vuelta al Sol,

a XIX - 1118 - OOB00. Esto les ayudará a encontrarme. Nuestra casa se alza al borde de una roca, mirando hacia un gran mar, el mayor del planeta. Vivimos felices, aunque a veces la pena nos sobrecoge a causa de que enormes bestias vicious vienen del mar y hacen presa de nuestra gente. Ayer justamente un hermoso niño fué destrozado... Elzar ruega a usted se sirva hacerle una visita, que será bienvenido.»

UN VIAJE A TRAVÉS DEL ESPACIO

La invitación del hombre de ciencia de Neptuno era algo sorprendente y no daría ya paz a Corrigan. Por meses enteros su mente estaba ocupada con la única idea fija, obsesionante, de ir a Neptuno. Llegaron algunos mensajes más desde Neptuno, todos de Elzar, quien, evidentemente, poseía una poderosa e interesante personalidad.

¿Quién sino un carácter asombroso como el de Elzar podía concebir la idea de hacer una invitación a semejante distancia a través del espacio?

¿Y quién sino un genio como Corrigan podía pensar en aceptarla?

Porque sinceramente la había aceptado, complacido y feliz.

Lo primero que hizo fué llamar a Dalton para proyectar el viaje.

La nave de Dalton no sería empleada en efectuar la travesía, por la sencilla razón de que era demasiado lenta para cubrir una distancia tan enorme.

Teóricamente, la velocidad de la luz era el límite más elevado para aplicarlo a crucero aéreo, dedicado a esta clase de viajes interplanetarios, del tipo geodésico. Prácticamente se oponen numerosas objeciones y obstáculos a dicha velocidad.

Dalton construyó una nave de tal manera que cubría el recorrido de los 26.000.000 de millas a Venus en 10 horas, con una velocidad media de 850 millas por segundo. Con este promedio tardaría alrededor de 40 días en recorrer la distancia media que separa a la Tierra del planeta Neptuno, o sean los 2.707.000.000 de millas, que es el trecho más cercano en su posición de traslación sobre su eje.

Después de muchas y acaloradas discusiones fué decidida una velocidad alrede-

dor de 20 veces mayor que la de la nave primitiva. Esto arrojaría una velocidad que oscilaría entre 16.000 y 17.000 millas por segundo, que los llevaría a Neptuno en 2 días o menos de viaje.

Dos días no es un período irracional, y Corrigan temía a velocidades mayores, no sabiendo qué esperar de la contracción de Lorenz Fitz Gerald. El principio es como sigue, según el estudio de los sabios en la materia:

Un cuerpo que, viniendo hacia un punto determinado, se contrae en la dirección de su movimiento, de manera que una velocidad de su longitud es:

$$\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}$$

de su longitud originaria, cuando c expresa la velocidad de la luz. Por consiguiente, para la velocidad de la luz la longitud del cuerpo en movimiento sería cero. La mayoría de los físicos creían que esto era un mero concepto de la relatividad, debido al hecho de que la velocidad de la luz era una base elegida arbitrariamente en un mundo donde todo es relativo. Pero nadie quiso cargar con la responsabilidad de atestiguar la verdad de esta creencia.

El anochecer del 11 de julio del año 2347 vió al volador geodésico «Neptunian» lanzarse hacia el espacio desconocido, llevando de tripulantes únicamente a Dalton y Corrigan.

Los dos ocupantes se habían ubicado boca abajo sobre el piso de la nave, esperando, con el corazón latiendo apresuradamente, el momento en que se libertaran de todas las ligaduras terrestres. Observaban con evidente interés la curiosidad y ansiedad de todos los circunstantes. Corrigan manipuló las palancas de control y pronto la oscura vista debajo de ellos pareció un huevo. Por un instante fueron presionados fuertemente contra el suelo y luego se elevaron extraordinariamente libres. La Tierra iba alejándose cada vez más, hundiéndose en una inmensa profundidad.

Nada se oyó por algunos segundos dentro de la cabina de la nave, como no fuera la respiración de los viajeros. La conversación estaba de más en esos momentos de grandes excitaciones y posibilidades futuras.

Antes de que pudieran mirar a su alrededor dentro de la nave y comenzaran a conversar referente al «Neptunian», se encontraron ya a 100 millas sobre la superficie de la Tierra.

Tierra, agua, valles, montañas y todo allá abajo iba nebulizándose y rodando dentro de una esfera.

Habían comenzado a sentir el calor de fricción de la atmósfera, cuando ya se encontraban fuera de ella. Después que traspusieron la capa atmosférica, Corrigan tornó a las llaves y puso el aparato a marcha forzada. En pocos segundos la tierra apareció a sus vistas no más grande que un tambor.

EXPLICACIONES DE ELZAR

A esto siguió un período de malestar, una especie de vértigo, durante el cual los exploradores se sintieron miserablemente decaídos y sin fuerzas y voluntad para nada.

Temían el hecho de que podían morir, como también el que no sucediera, maravillándose de la insana idea que hizo presa de ellos al embarcarse en semejante excursión. Cayeron en un sopor del que despertaron, después de algunas horas, considerablemente mejorados, pero su indisposición no desapareció por espacio de seis horas, más o menos. Dalton fué el primero en reaccionar.

Posteriores averiguaciones de clínicos competentes en materia de viajes a través del espacio han demostrado que esa indisposición o vértigo es debido a la remoción del líquido interno. Estos canales constituyen un pequeño órgano que controla el estrechamente con los ojos a la región equilibrio del cuerpo y que está conectado gastrointestinal. Normalmente, el líquido llena las unidades inferiores de los dos canales verticales y enteramente el canal horizontal. En un cambio imprevisto geodésico, este líquido es distribuido libremente en el interior de todos los canales, razón por la cual se producen el vértigo agudo, náuseas y vómitos.

La mayoría de las personas se acostumbran a estas circunstancias en dos o tres días.

La completa soledad de los pasajeros a bordo de la nave, su curiosa independencia

a los modales y controlaciones de todo aquello a que estamos sujetos por ley natural, el brillo glorioso de las estrellas y planetas en un cielo obscuro, las extrañas experiencias emocionantes por que atraviesan los viajeros, viendo en ese momento a su madre Tierra como una tenue lucecita del tamaño de una punta de alfiler, todas estas cosas han sido vastamente comentadas en magazines populares, por cuya razón nos abstenemos de formularlas aquí.

Hay un punto que no ha sido debidamente aclarado en ninguna publicación que yo haya conocido.

A una velocidad sorprendente, cual era la que llevaban los viajeros, ¿cómo es que éstos no corren peligro de aniquilarse instantáneamente por colisión con masas de materia desprendidas que se encuentran suspensas en el espacio?

Sabemos que el espacio está pleno de cuerpos voladores, desde el tamaño de una manchita microscópica hasta el de pequeños planetas. Un proyectil que se tire al aire tiene gran probabilidad de chocar con uno de ellos antes de haber ido muy lejos. Pero un volador geodésico que viaja a través del espacio no corre peligro de esta naturaleza, porque no se encuentra en la línea del Universo. De otro modo, el volador se mueve en una dimensión de ángulos rectos a las tres antiguas dimensiones. Teóricamente hablando, no está en el plano del viejo Euclides; prácticamente, los viajeros del espacio informan haber visto numerosos bólidos y asteroides que, sin embargo, parecen rebelidos por sus máquinas.

Sobre un espacio de ángulos rectos a un geodésico, existe una repulsión similar a la de los polos magnéticos, y no es posible acercarse a una masa de materia, de cualquier tamaño que sea, a menos que se aplique la fuerza y se cambie el curso.

Por medio de un telescopio con lentes de la maravillosa substancia refringente protita, Corrigan y Dalton estudiaron cuanto pudieron lo que veían desde su nave. Pasaron a 500.000 millas de Cirano, estudiando su pálido disco del tamaño de una pelota de golf. ¿Si Urano fuese un mundo muerto? ¿No es acaso una explicación lógica de su constante taciturnidad?

—Me parece—dijo Dalton, pensativamente—que es la inevitable acción de las fuerzas de la naturaleza para crear la vida.

La vida surge, fuera de dudas, indiferente a cuáles sean las condiciones. Aun en nuestro planeta existe la vida en zonas que parecerían muy desfavorables: las ardientes arenas del desierto y los helados mares polares. Vida, sí, pero no necesariamente tal como nosotros la concebimos.

—Tal vez tenga usted razón—suspiró Corrigan.

En el transcurso de los 50 días no hicieron otra cosa que observaciones y cálculos. Casi a cada hora sabían el punto exacto donde se encontraban. Por ello, cuando el disco de Neptuno comenzó a cubrir enteramente el cielo, alteraron gradualmente su ángulo geodésico y aminoraron su velocidad. Por muchas horas les abandonó el sueño, a causa de su sorpresa a la vista del asombroso mundo que abarcaba el espacio de observación debajo de ellos.

Una gran nube estaba atravesada por una montaña de altos picos desiguales, que se elevaban a una altura de 25 millas sobre el nivel de la superficie del planeta, ocultando a sus ojos una gran parte del extraño mundo.

No tenían más luz para ver que la semi-obscuridad del crepúsculo; las sombras eran más negras que un abismo.

Con el reflejo de una superficie que arrojaba destellos deslumbrantes, aunque con las pupilas completamente dilatadas y las retinas hipersensitivamente vencidas a causa de la larga ausencia de luz, pudieron ejecutar hasta los menores detalles, confortable y precisamente.

—Parece que hemos tocado una parte deshabitada de Neptuno—comentó Dalton, sin poder evitar un dejo de temor en la voz.—como marcianos aterrizando en el desierto de Sáhara o en las heladas soledades polares.

—Bien, daremos la vuelta alrededor y veremos otros lugares—replicó Corrigan, uniendo la acción a la palabra.

Pronto la imponente grandeza del desnudo y sombrío país fué pasando debajo de ellos, como vistas panorámicas. Rondaron un día o dos, a 60 millas por hora, a 1000 millas por hora, pero no encontraron variación alguna con respecto a la escena anterior, que les había conmovido al principio.

Se confrontaban desde la bruñida y transparente losa o piso de la nave voladora

una continuidad de paisajes: extensos cañaverales y horribles depresiones del terreno, unido a fantásticos despeñaderos, amontonados en caóticas masas que elevaban sus picachos enterrados para siempre en aquella nube estrofiada.

—¡Hum!... Esto es muy raro—musitó Corrigan entre dientes.

Continuaron el vuelo alrededor del planeta, hasta el Ecuador y luego de norte a sur; pero no desaparecieron ni por asomo un instante a la vista de los exploradores terrestres las rocas escuetas, tristes, ni aquellos vapores espesos, fríos, eternos. Desnudas rocas, picachos nevados. Verdaderamente era un panorama extraño para un mundo civilizado.

—Debe haber algún error en los mensajes—observó Dalton.—Pero éste no alcanzaba a comprender las comunicaciones interplanetarias como Corrigan.

—¿Error? Un error en el código interplanetario es más difícil de admitir que el panorama que tenemos a la vista, debajo de nosotros.

—¿Y en el supuesto caso de que los mensajes hubieran venido de otros planetas?—indagó Dalton, nervioso.

—Permítame y escuche—comenzó Corrigan.—Nosotros hemos traducido del código al idioma inglés la palabra Neptuno. Más aun: el signo correspondiente a Neptuno da la medida, distancia del Sol, posición relativa con respecto a otros planetas. No es posible concebir por más tiempo que el mensaje haya venido de otro planeta, como no podría imaginarse que es otra persona la que me habla con su voz. No puede existir duda alguna sobre la veracidad de los hechos siguientes: que nuestro mensaje vino desde Neptuno, que éste es Neptuno, que éste es un mundo deshabitado.

» Desde las glaciales montañas a las insondables profundidades de estas negras gargantas no hay signo de vida animal ni vegetal. Ahora dé a todo esto la explicación que quiera. Yo no puedo hacerlo.

—Tal vez—sugirió Dalton—los neptunianos viven en cavernas dentro de su planeta: aterricemos e investigaremos.

—No—contestó Corrigan.—Recuerdo que el mensaje de Elzar decía que vivía sobre una roca que miraba al más grande de los mares de Neptuno. Ahora, ¿dónde

está ese mar?... Hemos recorrido en todas direcciones este globo muerto y no hemos encontrado mar alguno.

Dalton pegó un salto, rebosante de entusiasmo.

—En cualquier parte—exclamó.—Podemos localizar el lugar que él nos ha indicado y ver qué hay de cierto allí.

No bien había pronunciado estas palabras, unió a ellas su acción. En un par de horas de viaje y una media hora de cálculos localizaron XIX - 1118 - OOB00, sobre el Ecuador. Había en ese lugar, en verdad, una roca y debajo de ella un hueco, que era una verdadera cima, un enorme precipicio sin límites. La roca era sombría, desnuda; escuetos picachos se elevaban sobre el hielo seco, coronados de nieve eterna, y el abismo del cual no se divisaba el fondo no era un mar, pues no contenía agua.

Dalton procedió a analizar la atmósfera, como lo hiciera en el planeta Venus. Cuando estuvieron listos los instrumentos y calcularon sus datos, se sorprendieron grandemente al comprobar las cifras siguientes: Temperatura: 260 centígrados; presión: 30 mm. de mercurio; humedad: 0; composición química: rastros de gases muertos del neotipo, acopio de hidrógeno, oxígeno y óxido de carbono, demasiado poco para determinarlos químicamente.

—Esa materia debe ser nieve de hidrógeno—argumentó Dalton, hundiéndose en una silla.

—Verdaderamente, no puede existir allí ningún género de vida—suspiró Corrigan.—No puedo llegar a ninguna explicación lógica.

Y así, con el corazón oprimido por la angustia, volvieron en el «Neptunian» a la Tierra.

De vuelta una vez más a sus hogares, después de un largo viaje interplanetario, los hombres de ciencia refirieron la historia de su infructuosa travesía a través del profundo espacio interestelar.

Pero les estaba reservada una sorpresa. Durante su ausencia hubo tiempo suficiente para cambiar algunos mensajes cortos con Elzar. Éstos fueron recibidos y contestados por un cierto joven llamado Silvester Kuyamoto. (Este curioso apellido es una reliquia de la época en que las razas y nacionalidades existían en la Tierra por

separado, esto es, varios cientos de años atrás. Su nombre era propio de la raza y nación japonesa, que ocupaba la isla del Japón, donde se hablaba un idioma extraño y estaba completamente desolada. Pero no era mucho tiempo antes de que el Japón se uniera a la mezcla de las razas, lo que dió lugar a que se hiciera de la población del mundo entero una raza homogénea.) Él había sido poco menos que un estudiante bisono en el laboratorio de Corrigan, antes de la excursión realizada a través del espacio. Pero poseía una actitud tan excelente para operar con la máquina receptora de mensajes, que Corrigan inmediatamente lo estableció permanentemente en su laboratorio y le dejó a su exclusivo cargo los asuntos del «Neptunian». Envío y recibió los siguientes mensajes:

Kuwamoto: «Dos de nuestros hombres de ciencia se embarcaron en un viaje a través del espacio para visitarle en su planeta. Llegarán en 49 días de los nuestros. Espérellos.»

Elzar: «Mucho nos congratulamos de recibir la visita de viajeros procedentes de la Tierra.»

Kuwamoto: «Tan pronto los vea, ruego nos notifique.»

Elzar: «Es hoy el 62 días de los nuestros y vuestra gente no ha llegado aún. Mucho temo de que su aparato haya sufrido algún accidente imprevisto.»

Dos días después de que este mensaje fuera interceptado, Corrigan y Dalton habían llegado de su larga travesía. De inmediato Corrigan transmitió a Elzar el siguiente comunicado:

«Debe haber algún grave error. Hemos ido a Neptuno e inspeccionado todo, pero no nos fué posible localizar rastro de vida. Referente al punto señalado en sus mensajes, el lugar que usted me comunicó en reiterados mensajes fué alcanzado sin contratiempo, pero encontramos allí condiciones bajo las cuales no puede existir género de vida alguno. ¿Puede explicar usted esto?»

La respuesta fué dada de inmediato; pero requirió la espera acostumbrada de tres meses para llegar y, desde luego, antes que pudiera deleitarse en su interpretación.

Decía así: «Hemos esperado a ustedes, pero no fué posible localizarlos.»

Se produjo después una variante en los datos del sistema solar sobre la Tierra y Neptuno, en los períodos críticos del viaje. Orientadores y computadores del recorrido se pusieron en acción.

La posición de Neptuno oscilaba hacia atrás y adelante. Los mensajes provenían de Neptuno. Corrigan y Dalton sabían que habían estado allí. ¿Podrían convencer al público de que decían la verdad?

¿QUÉ CLASE DE VIDA EXISTE EN NEPTUNO?

Pasaron 50 meses, durante los cuales el asunto de Neptuno mantenía en cierta inquietud y confusión al mundo entero, y hasta se gastaron bromas muy molestas a expensas de Corrigan y Dalton, aunque no creo que persona seria alguna haya dudado de la certeza del viaje realizado a ese planeta. Por otra parte, personas había que se mofaban del relato de la travesía y de los mensajes, que continuamente llegaban, con sistemática precisión, a regular intervalo de 3 a 6 meses, pero que no arrojan luz sobre el misterio.

Patrick Corrigan y su asistente parecían vivir principal y especialmente para el momento en que, conectado el hilo de hierro y sentados ellos en el laboratorio, pudieran oír las palabras de Elzar. Sentían viva simpatía por el hombre de ciencia de ese otro mundo. Su jovial y filosófica personalidad parecía surgir del vacío, alentándolos para que lo buscaran donde se encontrara.

Un día, en el laboratorio, después de haber interpretado un sensacional mensaje alentador, Sylvester Kuwamoto comenzó a hablarle a Corrigan; pensó bien, carraspeó para hacer desaparecer su desconcierto y quedó silencioso.

—¿Qué hay?—preguntó Corrigan, bondadosamente.—No tema decir lo que piensa.

—Nada especial—explicó el joven.—Solamente... no puedo explicarme del todo lo que siento respecto a Elzar. Es una especie de... Bueno. Paréceme tonto, pero es algo así como hablar con Dios. No podemos verle, no alcanzamos a encontrarle y sabemos, sin embargo, que existe y que es bondadoso. Usted... este... ¿comprende lo que quiero decir?...

—Ciertamente—replicó Corrigan.—Para serle franco, yo he tenido más o menos el mismo presentimiento, aunque no intenté siquiera confesárselo. La personalidad de Elzar es, por así decirlo, penetrante; sentimos su influencia a través del espacio, a una distancia de millones de millas... Demasiado malos, no podemos saber cómo es. No puedo evitar el imaginármelo como un anciano de lengua barba y rostro lleno de sabiduría y bondad.

» Nosotros, seres humanos, ponemos demasiado «stock» en el sentido de la vista, y no nos causa extrañeza el que podamos ver un objeto teniendo la seguridad plena de que sabemos poco acerca del mismo.

» No obstante, me aventuro a vaticinar de que, a su tiempo, tendremos desarrollados otros de los cinco sentidos con que hemos sido dotados, con los cuales podremos tener conocimiento de cuanto nos rodea.

—Puede ser—replicó Kuwamoto;—pero no quiero esperar hasta que se nos desarrollen otros sentidos. Quiero ver a Elzar y para ello voy a emplear los cinco que poseo.

Corrigan suspiró. Después que éste se retiró, Kuwamoto se sentó, enfrascado en un profundo pensamiento.

«La razón del hombre excede cualquiera de sus cinco sentidos. La razón a esta edad es más importante que el instinto y la emoción que habían llenado sus designios en el pasado.»

Una extraña idea, vaga e incompleta, medraba en su mente, tratando de cristalizarse en el supremo pensamiento que le daría la luz de la verdad.

Existía una explicación a este problema de Neptuno; cuando ya la tenía casi a su alcance se le escurría, sin remedio.

Dalton había dicho algo que debía ser la clave de esto. Semanas enteras permaneció silencioso y abstraído. Leía cortos artículos sobre viajes efectuados a Venus y Neptuno y hablaba continuamente con Dalton y Corrigan. Muy pronto renació en él la jovialidad, y llevaba los bolsillos llenos de papeles escritos. Una mañana temprano corrió lleno de excitación al laboratorio de Corrigan. Impulsivamente se sentó y se esforzó por permanecer calmo.

—¡Suspenda!—dijo señalando el aparato en el cual Corrigan estaba trabajando, tam-

bién en loco esfuerzo para resolver el problema de Neptuno.—Nunca se encontrará la respuesta en esa forma.

—¿La ha encontrado usted?—exclamó Corrigan, dejando caer los instrumentos que tenía entre las manos.—¡Dígamela!

Kuwamoto empezó a decir:

—Exactamente 500 años atrás Leverrier descubrió Neptuno, no con instrumentos materiales ni con sus cinco sentidos, sino por medio de un razonamiento abstracto. De las alteraciones de la órbita de Urano él predijo la posición de Neptuno, tan exactamente que Galle, en Berlín, pudo mirarlo con su telescopio, dirigiéndolo hacia el lugar indicado por aquél.

» De la misma manera el razonamiento abstracto ha descubierto los habitantes de Neptuno. Puedo indicarle cómo hacer un instrumento para verlos.

Corrigan miraba.

—¿Los procesos de Neptuno son lentos?—arguyó Kuwamoto.

Corrigan asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y no pudo usted ver las personas?

Corrigan volvió a asentir con un ligero movimiento.

—¿Ni los animales, ni las plantas, ni vida alguna?

Corrigan cesó de responder.

—Montañas de hielo, nieve de hidrógeno, baja temperatura, baja presión y, sin embargo, allí hay vida; vida que fué invisible a sus ojos. ¿No se da cuenta todavía?

Corrigan esperó pacientemente. Kuwamoto continuó:

—Allí, en esa rara atmósfera, tan rara que apenas pudo usted descubrirla con los instrumentos de precisión, no puede existir vida alguna como nosotros la conocemos, sino, por el contrario, debe ser una vida diferente, una vida bajo otros aspectos y características. ¡Los seres vivientes de ese planeta son cuerpos gaseosos!

» Están compuestos de células, con núcleos y algo de cromo y demás. Dichas células son grandes y están compuestas de gases, en lugar de coloide.

Corrigan se paró, su rostro había empalidecido con extrema y repentina excitación.

—¡Oh, Dios! ¡Usted está en lo cierto! Dió un fuerte golpe de puño sobre la

mesa, ocasionando la caída de un par de frascos que se estrellaron en el suelo, haciéndose trizas, no apercibiéndose de que sus contenidos se derramaron sobre la mesa, cayendo al suelo.

—¡Seres vivientes!—continuó Kuwamoto.—Seres inteligentes, plantas, animales, todos ellos compuestos de células gaseosas. Grandes células, de lento proceso químico, unidas exactamente como las de nuestros propios cuerpos, solamente que allí, en ese frío intenso, la evolución es lenta.

Sentáronse luego uno frente al otro y se miraron mutuamente.

—Pero lo mismo aquello es vida—exclamó Kuwamoto.—Solamente que difiere de la nuestra; eso es todo.

Corrigan quedó pensativo.

—Esta hipótesis explica todos los datos ya observados. Ahora a probarla experimentalmente, para lo cual se hace necesario otro viaje a Neptuno.

Dióse un golpe en la rodilla, añadiendo:

—Un aparato de observación para ver la vida gaseosa en el planeta Neptuno será una cosa simple; algo así como un fluoroscopio, tal como los que usan los médicos para reproducir las imágenes visuales; podemos tomar paisajes en movimiento a razón de 1 por minuto y luego proyectarlos a una velocidad normal de 16 por segundo.

Corrigan estaba ya esbozando con un lápiz sobre un trozo de papel, mientras Kuwamoto proseguía:

—Un pequeño trabajo experimental efectuado aquí mismo, en el laboratorio, nos permitirá determinar justamente qué tipo de vibraciones electromagnéticas son reflejadas desde la superficie de las masas gaseosas. Una onda demasiado corta las atravesará, porque pasa a través de las moléculas, mientras que una onda demasiado larga penetrará moléculas y todo.

» Cuando encontremos aproximadamente la verdadera longitud, podemos tomar nuestro aparato fotoeléctrico y llevarlo para efectuar los últimos ajustes sobre el lugar. Una pantalla de televisión común nos bastará para el fin de la vista. Usted me comprende: encontrar la longitud de la onda reflejada desde las superficies gaseosas, planear una cámara fotoeléctrica que sea sensible a la misma y proyectar las imágenes sobre una pantalla común de televisión.

Esa noche Corrigan se agitó incansablemente en su sueño.

—¡Células gaseosas! ¡Naturalmente!—le oyó murmurar su esposa.

UNA VISITA A NEPTUNO

Los trabajos experimentales preliminares eran más tediosos que el entusiasmo que sintieron en el primer momento. Era todo un asunto directo, sin rodeos y nada a su respecto era difícil de comprender. Pero los detalles experimentales eran numerosos y cansadores. Así pasaron dos largos años, después del regreso del primer viaje, cuando el «Neptunian» fué sacado de su hangar y puesto en condiciones para emprender un nuevo viaje. El segundo crucero a Venus en el «Pioneer», efectuado con toda felicidad, y las dos expediciones desgraciadas a Marte, que tuvieron lugar durante ese intervalo, son demasiado bien conocidas de todos, lo que hace innecesario hacer aquí comentario alguno al respecto.

Esta vez el «Neptunian» contenía tres viajeros, pues Dalton no sería dejado de lado y Kuwamoto debía estar allí. La nave aérea podía llevar una docena de personas; pero los más de los solicitantes, tal vez más ansiosos de participar de la interesante excursión, eran los menos deseables desde el punto de vista científico. Corrigan decidió enérgicamente que los reporteros y los que andan a la búsqueda de curiosidades esperaran hasta que el viaje se realizara. El espacio que quedaba disponible serviría para un aparato de televisión y radio, para mejor comunicarse con la Tierra.

Evitaron la publicidad en la medida que les fué posible, pues ya resultaba a Corrigan demasiado desagradable.

Lo único interesante de los cincuenta días de viaje fueron las notas de Kuwamoto sobre el transcurso del tiempo durante la travesía. Explicaba que el tiempo no pareció tan largo, marcado de acuerdo a lo que ellos hacían. Que habiendo poco o nada que los estimulara, descansaban pasivamente la mayor parte del tiempo; que en determinadas oportunidades hacía presa en ellos cierto estado de inconsciencia, producido por la falta de estímulo exterior.

Kuwamoto cree que lo que evitó que el período de la travesía pareciese confuso,

turbio, en el pasado, fué precisamente ese malestar, esa especie de vértigo del espacio, y los toques regulares de atención de los relojes de aviso, por medio de los cuales hacían sus observaciones de posición. Esto prueba que los viajes a través del espacio son de gran utilidad para enfermos del tipo de los que sufren agotamiento nervioso.

Corrigan y Dalton se sintieron invadidos por honda emoción cuando aparecieron ante sus ojos nuevamente los mismos estériles picachos y los abismos insondables. Navegaron por espacio de algunas horas antes de aterrizar, a fin de que Kuwamoto pudiera apreciar las vistas generales de Neptuno. Luego localizaron la casa de Elzar, sobre el Ecuador, eligieron un lugar para descansar y aterrizaron. Pusieron a trabajar de inmediato. Dalton tomaba fotografías instantáneas, lo que fué posible mediante grandes lentes, placas sensibles y a una distancia más o menos larga. Kuwamoto procedió a instalar el aparato de observación; trabajaba febrilmente, con una expresión de asombro en su redondo rostro, de ojos grandes y desmesuradamente abiertos. Corrigan empezó a irradiar algunos mensajes a la Tierra, informando acerca de su llegada.

En pocas horas Kuwamoto dió fin a los últimos ajustes. Las dos máquinas, una para observar directamente y la otra para impresionar las vistas en movimiento, fueron colocadas con sus grandes lentes contra la pared transparente de la nave.

Desde el interior de ésta, donde hacía un calor casi insoportable, los viajeros observaban la austera y chocante característica del país aquel. Directamente enfocada en su marco de control al exterior, podían apreciar perfectamente el área semejante a una bandeja de suaves declives que separaba la adusta montaña escalonada, con una nube eterna en su cima a manera de corona, y el vasto precipicio al que Elzar llamaba el mar: desnudas rocas dentadas; hielo seco y sólido como rocas; ráfagas de óxido de carbono y nieve de hidrógeno. Todo esto quedó grabado indeleblemente en sus mentes, mientras, sentados frente a la cámara de rayos infrarrojos, dieron corriente. Los dos hombres mayores calmos, silenciosos, y el joven, medio esperanzado,

medio temeroso, esperaban que las máquinas se templaran.

Luego, abruptamente, Kuwamoto abrió la llave de los tubos amplificadores.

Corrigan manifestó después que su primera impresión fué de que estaba mirando a través de un caleidoscopio.

La impresión de Dalton fué de estar observando primeramente una pieza completamente vacía y verla luego ricamente amueblada. El brillante colorido de la escena suspendió de repente el aliento de nuestros hombres. La delgada montaña estaba cubierta de exuberante vegetación y el valle era una riqueza en flores, árboles y pastos, todo indeciblemente grandioso en proporción a las personas que estaban observando. La más hermosa vista eran los grandes cuerpos opalescentes, de diversas formas y tamaños, que se hallaban esparcidos sobre el suelo; sus colores brillaban en todos los matices de la escala cromática.

Era este brillo y relampagueo de los colores lo que variaba y daba vida a la escena, pues todo era inmóvil. Ni un movimiento, ni un soplo por doquiera. La inmovilidad de los irisados objetos, de formas variadas, era desagradable. Era como un plano estereográfico brillantemente pintado.

Los tres hombres se miraron con indescriptible emoción. ¿Ha imaginado alguien qué emoción sintió Balboa cuando apareció ante su vista por primera vez el océano Pacífico, admirándolo desde una cima del istmo de Darien? Algunas muestras de sorpresa, en que se encontraba suspendido el aliento y los sentidos, y luego temblorosa frase trivial para romper ese arrobamiento, para alejar de sí ese encogimiento del ánimo. De esa manera encaran sus situaciones los hombres de ciencia.

—¡Medusas!—exclamó Dalton.—¡Pez jalea, mil veces amplificado!

—¡Y todo congelado!—recalcó Kuwamoto.

Dirigieron su nave acá y allá, para tomar nuevas vistas, observando la escena sobre la pantalla infrarroja. Con intenso interés notaron los festones multicolores que adornaban al país. Grandes cuernos en forma de un quitasol que colaban a los costados de las montañas. Exclamaciones de júbilo brotaban de sus pechos cuando

do algún hermosísimo objeto aparecía a su vista.

—Esos seres de formas medusoides deben ser personas, deben ser seres inteligentes—dijo Corrigan.

Los otros asintieron. El gran vacío se presentaba ahora como un mar. ¿Qué había ocurrido para que fuera de un profundo color azul grisáceo? No está aún explicado, pero ése era su color original. En sus profundidades podían verse grandes y sombríos bultos y aquí y allá un enorme cuerpo viscoso, como un gigantesco «paramecium». Con seguridad que debía ser la bestia voraz que tanto temía Elzar.

Los tres espectadores quedaron mudos de asombro por un instante al notar el contraste entre estas repulsivas bestias y los brillantes y delicados rasgos de los inteligentes habitantes del planeta. Transportaron su máquina al lugar donde habían desembarcado, después de haber andado algunos minutos para encontrar una ubicación adecuada.

—Aquí—dijo Corrigan, finalmente.—El mismo viejo lugar.

—Sin embargo, no del todo el mismo—replicó Dalton.—Miren, algunos de los objetos se han movido. Están en diferentes posiciones. Kuwamoto está en lo cierto.

Efectivamente, desde el punto de observación se podía apreciar un pequeño cambio en el grupo entero de aquellos grandes objetos globulares.

—¡Ese debe ser Elzar!—señaló Corrigan, con gran excitación.

Un cuerpo brillante, en forma de sombrilla, en todos los colores de púrpura, flotando cerca de una espléndida construcción, no lejos de la orilla de la roca.

Kuwamoto hizo un movimiento de cabeza. Estaba ocupado en ajustar la máquina fotográfica para instantáneas en movimiento y la había colocado en dirección a Elzar y su casa.

—¡Una fotografía por minuto!—dijo.—Dentro de seis semanas podremos ver alguna acción en este film. ¿Por qué no les hablan ustedes mientras tanto?

Si la espera de los mensajes del «Neptunian» desde la Tierra los tenía en ansiosa expectativa, imagínese por un instante la paciencia que debían tener estos tres hombres encerrados en su estrecha nave espe-

rando el transcurso de seis semanas, para que el mensaje llegara a ellos poco a poco. Estas seis semanas, diferentes en un todo a los cincuenta días de viaje interplanetario, fueron para nuestros hombres las más largas. Felizmente, los tres eran hombres de ciencia y sabían cómo ocuparse para poder pasar gran parte del tiempo prisioneros en el reducido espacio de la cabina de una nave voladora.

Inmediatamente de su arribo, Corrigan transmitió. «Hemos llegado; búsqenos en el llano, cerca de su casa.»

Transcurridas seis semanas, después que hubieron estudiado cada posible aspecto de la escena, como así también cada animal y planta, y tomado sus respectivas fotografías (no podían mover la nave a causa de que la cámara operadora estaba constantemente en acción), conectaron el alambre de acero en el dictáfono y escucharon la voz de Elzar, la que llegaba hasta ellos a través de los tubos y condensadores, profunda y bondadosa, y provenía de esa masa púrpura semejante a una capa con innumerables caireles.

«¡Bienvenidos, amigos míos! Estoy contentísimo de vuestra llegada. Ahora veo vuestra nave, aunque debieron ustedes haber esperado larga y pacientemente para permitirnos verlos. Vuestros movimientos eran tan rápidos que era imposible para nosotros poderlos distinguir. Vemos que para ustedes el punto difícil es el problema de comunicación. Por vuestro mensaje juzgo que han reconocido mi casa. A mí me reconocerán porque soy el más grande de todos los de este grupo. Mi hijo es expresamente como yo, en miniatura, y es, esperen un momento, ¡oh!... ¡oh!... ¡socorro!...» Y luego silencio.

El gemido de angustia de Elzar hizo poner de pie a nuestros hombres instantáneamente. Alarma de temor a lo desconocido. Todas las miradas se dirigieron a la pantalla infrarroja. Podría ser muy posible que reinara consternación sobre aquella pacífica escena; que los acontecimientos de ese momento hubieran llegado a un punto tal que tradujeran alguna terrible calamidad.

—¡No podemos hacer nada!—gritó Kuwamoto, desesperado.—Hagamos rodar la cinta para ver qué es lo que pasa.

EL PEQUEÑO SOBRE EL PLANETA NEPTUNO

Mientras Kuwamoto preparaba el film, que había necesitado seis meses para hacer, Corrigan transmitió a la Tierra, rogando a las estaciones receptoras que tuvieran los aparatos de televisión prontos para recibir el primer indicio de un posible drama en Neptuno. Kuwamoto hizo resbalar el aspa del film dentro del proyector. Por la vez primera los espectadores vieron la helada escena en movimiento. Los árboles se balanceaban, los neptunianos multicolores se deslizaban sobre el suelo o flotaban en la atmósfera. Las olas del mar se agitaban y un enorme monstruo apareció al instante; los neptunianos estaban ocupados especialmente en sus deberes y asuntos de su propia condición. Todos miraban a Elzar, en muda admiración, convencidos del dominio que éste ejercía sobre los demás neptunianos. Era un organismo verdaderamente digno de tenerse en cuenta. Si realmente era hermoso en su inmovilidad, lo era mil veces más ahora. Parecía más brillante que un candelabro multicolor de gigantesca proporción. El brocado de su cuerpo parecía más bien, por su delicadeza y tersura, como el de un hada; no obstante, el conjunto daba la impresión de resolución y poder. Aunque su cuerpo tenía todos los colores del espectro solar, armoniosamente combinados, el predominante era el púrpura.

—Es el único cuyo ropaje y color descuella sobre el conjunto de seres globulares—recalcó Corrigan.

—Apropiados, pues, su cabeza y su cuerpo, son excepcionales... ¡Miren, allí, cerca de él, hay un ser más pequeño con los mismos colores—replicó Kuwamoto.

—Debe ser el hijo de Elzar—declaró Corrigan.

Mientras observaban, Elzar se levantó por sobre los demás neptunianos que le rodeaban y los espectadores comprendieron que les estaba hablando, hablándoles de lo que ellos habían oído media hora antes.

Se quedó completamente inmóvil; los observadores, más interesados en los objetos movidos, dejaron de mirar a Elzar, para seguir a su «duplicado» en miniatura, que se apartaba en dirección al borde de la roca que se erguía frente al mar.

—¡Gran Dios, miren eso!—La exclama-

ción de Kuwamoto era innecesaria, porque todos lo habían visto simultáneamente.

Desde las profundidades del mar surgió de pronto una forma negra, viscosa, contra cuyos costados relucientes golpeaba pesadamente el agua. Parecía estar espionando al pequeño neptuniano, porque rápidamente volvió hacia la pequeña campanilla púrpura. Eran evidentes las intenciones siniestras del aborrecible monstruo. Extendió sus grandes sendónodos pegajosos, de deformes proporciones, preparándose para arrollarlos alrededor del brillante cuerpo del pequeño.

Rápidamente se acercó a su presunta víctima; los ocupantes de la nave quedaron atónitos, inmóviles en su posición; el pequeño neptuniano estaba inconsciente del peligro.

Pronto para caer sobre el pequeño, atraparlo completamente, hacerlo su presa, Elzar se dió cuenta de repente de la situación y corrió velozmente hacia el lugar de la tragedia. Luego desapareció la escena y los hombres miraban estúpidamente a la pantalla blanca que tenían delante.

—¡Por Dios!—gritó Kuwamoto.—Justo en el momento del desenlace, al igual que un capítulo de esas novelas baratas que se venden por series. Creo que nada podemos hacer ya y que el hijo de Elzar ha sido devorado por la inmundicia bestia.

—¡No del todo!... ¡No del todo!...—gritó Corrigan con excitación.—Recuerde que la vida aquí transcurre lentamente, contrariamente a la de la Tierra. Busquemos de asegurarnos.

Se precipitó rápidamente hacia la ventana y observó al exterior.

No vió nada más que negras rocas desnudas y aire helado. En su excitación había olvidado el aparato de observación, que hacía visible la tenue materia gaseosa de ese frío planeta.

A través del transformador visual infrarrojo podían apreciar nuevamente aquella escena que les era tan familiar durante la pasada semana. Ahora era más comprensible, desde que podían leerla en la luz de lo que habían visto suceder en la proyección movidiza.

—¡Gracias, gran Dios!... ¡No es demasiado tarde!... ¿Pero qué podemos hacer? ¿Hay esperanzas aun de salvarle?...

Kuwamoto interrumpió a Corrigan: —Es verdad que a distancia entre los

sendópodos del monstruo y el pequeño Elzar está decreciendo, pero es lenta. Pensemos; podemos actuar rápidamente.

—Estamos encerrados en esta máquina y no poderemos salir al exterior.

—Esas moles gaseosas son inmensamente terroríficas; y así y todo el pequeño Elzar es demasiado grande para nosotros, no podremos manejarlo. Hay que destruir al monstruo de alguna manera, si podemos llevar a cabo la hazaña.

En desamparada desesperación estuvieron observando la trágica escena.

El monstruo parecía estar a corta distancia de la hermosa criatura.

—¡Eliminémoslo!—gritó desesperadamente Kuwamoto.—¡Los tanques de nitrógeno!

Los dos hombres comprendieron al instante su idea. Corrigan colocó la nave cerca de la angustiada escena, gradualmente, con la ayuda de la pantalla infrarroja, trabajando en una posición entre la bestia y el pequeño medusoide.

La escena se proyectaba sobre la pantalla y veíase sobre la misma que los dos seres neptunianos se elevaron sobre la aparentemente pequeña máquina voladora terrestre; parecía entre ellos como un juguete.

Dalton y Kuwamoto colocaron un cilindro de nitrógeno en el compartimiento de las válvulas de escape, que era usado como dispositivo para despedir el gas, manteniendo el control de su llave de paso por medio de una conexión eléctrica y apuntando el tubo de descarga directamente hacia el monstruo. Abrieron la puerta exterior y salió una bocanada de aire que dió en plena cara del adversario, haciéndolo aparecer visible en la pantalla escénica, entre la helada escena estática. Casi simultáneamente Kuwamoto dió salida al nitrógeno comprimido.

En la pantalla infrarroja el chorro de gas aparecía como un ravo negro, sólido, arrojado desde la nave. Se esparció rápidamente, como una densa nube negra, que chocó contra el monstruo, convirtiéndolo literalmente en la nada. Para los neptunianos, que debían estar observando el ataque, la repentina desaparición de la bestia debió parecerles, en verdad, misteriosa.

La presión del nitrógeno en el cilindro terrestre era para ellos, sin duda, un fenómeno casi incomprensible; nadie, solamen-

te sus versados físicos matemáticos, podían comprenderlo.

Por espacio de una hora o dos esperaron y observaron ansiosos para comprobar si el vórtice de gases había hecho daño al pequeño neptuniano, aun cuando la nave lo había amparado de la gran presión. A esas horas no se produjo ningún cambio serio visible, y los tres hombres, exhaustos por los tremendos acontecimientos ocurridos en las primeras horas, quedaron profundamente dormidos.

Al despertar se alegraron al descubrir a través de los cristales del transformador visual que Elzar había llegado al sitio donde se encontraba el pequeño y que los dos parecían salvos.

Los hombres tomaron una pronta decisión sobre el viaje de vuelta hacia la Tierra. Habían acumulado suficientes datos y estaban demasiado excitados por el viaje, y más aun porque la diferencia del transcurso del tiempo entre ellos y los neptunianos era tan grande que no quisieron quedarse a esperar otra cosa. El acto más trivial de los neptunianos requería gran parte de una vida humana. Ellos esperaron tener noticias de Elzar a principios de su viaje de retorno. Al tercer día comenzaron a captar el sentido a su mensaje, que ocupó todo el tiempo que duró la travesía de vuelta a la Tierra.

«Amigos míos: agradezco a ustedes el haber salvado la vida de mi hijo. Cómo hicieron ustedes para destruir al monstruo, no alcanzo a comprender... Se desvaneció instantáneamente y cuando miré hacia el lugar que ocupaban ustedes, ya no se encontraban allí.

» A menudo advertía a mi hijo de los peligros horribles que nos amenaza constantemente desde el mar; pero creo que es característico de todos los niños de todos los planetas el aprender por la experiencia, más bien que por la amonestación. Ustedes impidieron una tragedia que hubiera destruido la vida de Elzar. No sé cómo demostrar a ustedes mi eterna gratitud. Tal vez tiempo vendrá en que pueda hacerlo; pero debo de actuar muy rápidamente, pues la menor dilación o tardanza de mi parte puede cubrir los años restantes de vuestras vidas. Jamás estaré contento ni seré feliz hasta que no vea las ciudades y los hombres de vuestro mundo.

» Nuevamente agradezco a ustedes vues-

tra oportuna intervención, y quiera Dios que puedan vivir tanto como para que lleguen a comprender la eterna gratitud de Elzar de Neptuno.»

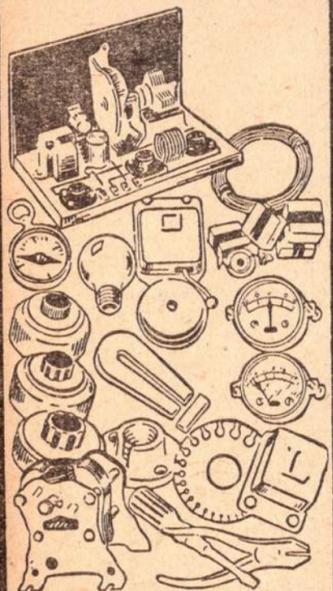
Kuwamoto suspiró.

—No pasará mucho tiempo—dijo en que iremos nuevamente algún día y limpiaremos ese nido de horribles bestias.

Aprenda RADIO



Este equipo GRATIS también



Y ASEGURE SU PORVENIR

OPORTUNIDADES ilimitadas lo esperan a Ud. en los OFICIOS ELECTRICOS. Buen sueldo, empleo constante, progreso e independencia, todo al alcance del electricista debidamente preparado.

Aprenda En Su Propio Hogar

Con este famoso sistema Práctico-Técnico no necesita tener instrucción o experiencia anterior. No importa su edad o su trabajo. APRENDERÁ RÁPIDA Y FACILMENTE con solo estudiar media hora diaria.

Equipo Para Experimentos

ACADEMIA DE RADIO

Bdo. DE TRIGOYEN 1386

U. TELEF. 7109-23 (B. O.)

BUENOS AIRES

APRENDA RADIO POR \$ 20.⁰⁰

Curso Completo Teórico-Práctico, hasta terminar

MATERIAL Y HERRAMIENTAS, GRATIS

Enseñanza individual - Puede empezar en cualquier momento

DIAS DE CLASE:

Lunes, Miércoles y Viernes, desde hora 15 a 22

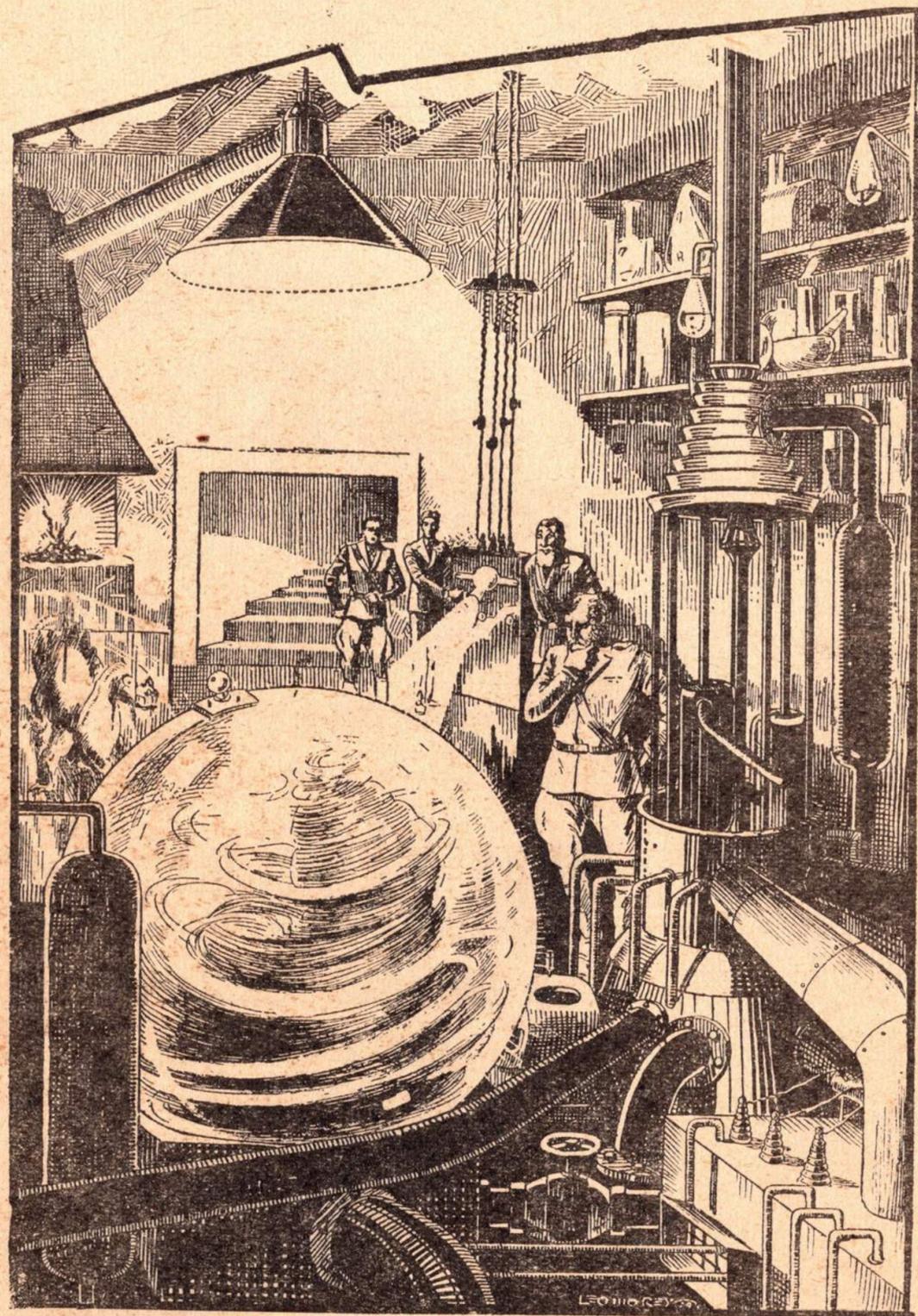
CLASES DE UNA O DOS HORAS, A ELEJIR AL TERMINAR, MAGNIFICO DIPLOMA

"INTERIOR" M/N. 30 M/N. "EXTERIOR".

.....Precio..... "Único".....

LA JUSTICIA QUE IMPUSO EL COLOIDE

Original de HARL VINCENT — Dibujos de MOREY



«Atónitos observaron en silencio el comienzo de la terrible
experimentación...»

La vida sintética no es un nuevo tópico, pero ofrece muchas posibilidades para la lectura novelesca, mientras los sabios continúen sus experimentos y los autores tengan una febril y fecunda imaginación.

Estando interesado este notable escritor en trabajos anteriores, eléctricos, intenta ahora un procedimiento de «rayo de luz o de calor» para dar vida a un coloide y transformarlo en protoplasma.

Todo esto no está más que en el límite de los hechos futuros, pero como su autor lo explica en la bella trama de su novelita: ¿podría ser cosa real alguna vez...?

Este pequeño artículo, que antecede a la obra, es una advertencia plausible del positivo valor que involucra esta sensacional narración científico-fantástica.

En el lejano verano del año 1953, en el octavo y sangriento año de la Guerra de Exterminación, tiene lugar en Minneápolis una conferencia de los representantes de la Alianza Occidental, que era una de las partes interesadas en la nefasta contienda.

Les pareció a los miembros presentes que la civilización estaba predestinada a desaparecer, y que ni el poder de Dios ni el de los hombres podía oponerse a la inexorable corriente, la cual ya había abarcado casi las siete décimas partes de la población del globo.

En las Américas, una gran desolación arrasaba las antiguas fértiles y prósperas regiones, hallándose enteramente destruidas quinientas millas de tierra adentro de ambas costas, en la del este y en la del oeste.

Méjico estaba enteramente despoblado, a excepción de las bandas de vagabundos o de los sobrevivientes de la catástrofe, quienes rápidamente volvíanse salvajes y fieros.

Las grandes naciones de Sud América no estaban muy lejos de la desesperante condición en que se hallaba Méjico.

En Europa quedaba aún una pequeña área de Francia y Alemania, con secciones de lo que una vez fuera Polonia y Checoslovaquia, contrariamente al Japón, del cual no existía la más mínima porción de tierra; mientras que de las islas Británicas, la península Escandinava, España, Italia y casi toda la inmensa extensión del oeste africano, al igual de la australiana, sólo restaban continentes e islas, pero mu-

cho más pequeños de lo que habían sido en el pasado.

La compasión no se conocía, y terrible como resultaba la guerra, por parte de los asiáticos, las represalias de la Alianza Occidental igualmente afortunadas y violentas, tanto que las pérdidas a poder, en lo que a número de hombres se refiere sufrida por los enemigos, era enteramente tan grande como las de los aliados.

Pero sus vastos territorios, demasiado lejanos del centro de acción, habían sostenido un número menor de intrusión y daño, y las pérdidas en no combatientes ascendían a más del cuarenta por ciento en aquellos países que pertenecían a la Alianza Occidental.

Pero el hambre y la peste estaban ahora extendidos y agregados a las dificultades que toda guerra origina, y resultaba evidente que unos pocos años más que la lucha continuara traería la virtual aniquilación de la raza humana.

El secretario de la conferencia, Mr. Johns, del Departamento de Guerra de los Estados Unidos, era el orador del momento.

—Caballeros—decía:—nuestras negociaciones con el enemigo han fracasado por tercera vez. Están locos con el anhelo de la sangre, y están empeñados en continuar la guerra hasta que su amargo fin llegue, sabiendo perfectamente ellos mismos que están condenados a desaparecer cuando toque a su fin este aniquilamiento trágico.

» Nosotros deseamos fervientemente la paz; muchos estamos dispuestos a conce-

der en esta forma el territorio y tributo pedido por ellos; pero todavía no están satisfechos con eso.

» Anhelan destruir y matar hasta que la locura los deje, y eso parece que nunca ocurrirá.

» Para salvar al mundo de este último desastre estamos acechados por la necesidad de encontrar un nuevo método de ataque, o una poderosa y nueva máquina de destrucción; un medio que tan eficazmente y enteramente destrozó al enemigo, en un número mayor de ofensivas al igual como sea posible de darse cuenta por sus sentidos.

» ¿Pero quién puede sugerir algún otro plan como éste, o quién inventar una máquina de destrucción?—preguntó Mr. Johns.

Él vaciló y los diplomáticos allí convocados miraron pensativamente al orador, quién era verdaderamente el que podría efectuar lo imposible.

Un sordo rumor de voces apagadas y violentas por momentos llegaba desde la puerta de la cámara de la conferencia. Los subalternos estaban discutiendo con un hombre joven y despeinado, quien pedía e insistía ser admitido y llevado a presencia de los grandes hombres que se encontraban en el interior. Todas las cabezas se dieron vuelta en dirección al desconocido. El presidente de la Conferencia hizo vigorosamente uso de su autoridad y Mr. Johns se dirigió hacia la puerta para averiguar la causa de la conmoción. Hubo un excitado rumor de comentarios de los espectadores, que rodearon casi de golpe al enfadado ciudadano que había pedido admisión.

—Este es el caballero que altera el orden—anunció Mr. Johns, cuando hubo introducido al joven en la cámara donde se efectuaba la reunión.—Pero nosotros estamos en un trance desesperado, y este hombre, Homer Larkin, clama que él ha descubierto un medio en ganar la guerra. Yo creo que podríamos dedicarle unos minutos a su invento, a fin de oírlo explicarse detenidamente.

Fué un momento de incrédulo silencio, y luego, a medida que se fueron apagando unas pocas voces en disidencia, vino un clamor de aprobación.

Los cansados y descorazonados delegados estaban listos para ayudar al recién llegado, siempre y cuando les presentara algún

indicio de verdad. Y otro tanto ocurrió, en el comienzo de Homer Larkin, cuando le fué permitido hacer su pequeña disertación en el temporario lugar del mitin, el hall de la Mid-Wester City—que había sido recientemente designada capital de los Estados Unidos, desde la destrucción de Wáshington, al principio de la guerra, y desde que las líneas enemigas estaban avanzando hacia la ribera del Misisipí, a muy poca distancia de allí.

—Yo soy un experimentador—dijo Homer Larkin,—un inventor si les place; en mis investigaciones he tropezado con una cosa sorprendente, que yo creo presenta vastas posibilidades en el caso de ser usada con buen resultado contra el enemigo común. Mi propósito al venir aquí es el de rogar a ustedes que nombren una comisión para visitar mi laboratorio y permitirme explicar mis ideas a ellos. Es mi firme creencia que si la comisión informa favorablemente, los aliados serán capaces de poner fin a esta terrible matanza por medio del instrumento que les acabo de ofrecer.

—¿Cuál es la naturaleza de vuestra invención?—preguntaron una docena de voces.

—Yo he dejado más bien eso para explicárselo a la comisión—respondió calmamente el joven Larkin.—Se ganará mucho tiempo con ello.

Encolerizadas voces saludaron esta salida; pero con el orden restaurado ya, el secretario Johns una vez más tuvo la palabra:

—Caballeros—dijo:—yo creo que Mr. Larkin tiene razón. Un día que no tengamos nada que hacer, le pediremos que nos haga una experimentación de su invento, que tendrá sumo valor para nuestras necesidades actuales, en momentos tan críticos como son éstos. Elegiremos tres o cuatro delegados que formarán parte de la comisión que tendrá a su cargo el estudio del invento de Mr. Larkin. Yo, por mi parte, quisiera ser uno de los miembros de la comisión.

Puesto a votación, resultaron electos para acompañar a Mr. Johns los señores: Herr Franz Boldt, del Departamento Secreto alemán, y Sir Walter Hannaway, del Ministerio del Aire del Reino Unido.

Después de una corta deliberación, los miembros de la comisión, acompañados de

Larkin, llegaron a un apartado paraje cerca de la costa sur del lago Rainy, donde el laboratorio del joven se levantaba, sencillo, sin ostentación, en medio de los árboles, en un claro de la espesa floresta que rodeaba al lago.

El intrépido inventor hizo girar una llave e introdujo a los tres prominentes visitantes en el piso bajo de su casa de trabajo, en la cual había pasado casi todo su tiempo en los tres últimos años.

El encontrarse en el laboratorio y ver todos los instrumentos que utilizaba Larkin en sus investigaciones, les dió en seguida el porqué el joven no se había enrolado en las tropas militares o aéreas.

Un piso entero estaba ocupado por el laboratorio, y los visitantes estaban atónitos ante la abundancia de aparatos depositados allí.

Dos paredes estaban forradas con una hilera de estantes, sobre los cuales reposaban innumerables botellas, balones, retortas y un sin fin de complejos y raros instrumentos.

El resto de la habitación estaba en completo desorden, con mecanismos, hornos y cubos, en los que se encerraban una misteriosa variedad de criaturas vivientes.

—¡Aquí, caballeros!—dijo Homer Larkin—¡Aquí está el prodigio! ¡Véanlo ustedes con sus propios ojos, luego les hablaré acerca de él.

Les condujo ceremoniosamente hasta un recipiente globular, que descansaba sobre uno de los bancos de trabajo, que contenía depositado en su interior un líquido claro.

—Agua—explicó Homer Larkin.—Agua fresca del lago. Pero, estancada o uniforme, esta agua salada podría hacer tanto o más bien.

Los delegados quedaron en silencio, mientras el joven rápidamente se dirigió hasta alcanzar una palanca.

—¡Atención!—gritó, al tiempo que la cerraba sobre un aparato que se encontraba allí cerca y que parecía ser un instrumento de rayos X, que a su contacto, estrepitosamente, el recipiente quedó iluminado por una imponente claridad que provenía del líquido, que tenía la apariencia de un remolinamiento de gases de muchos colores. La comisión observó que esta transformación era el resultado de un brumoso rayo que actuaba directamente sobre el recipiente y provenía del zumbido del mecanismo,

controlando con sumo interés y ansiedad la operación. El arremolinamiento de gases pareció ondular de pronto y redujo considerablemente el volumen de su cuerpo a una turbia bola que giraba rápidamente en suspensión. El líquido circundante había convertido en una cosa semejante a un enclenque y achacoso clavel, y un acre olor emanaba de su interior.

Después sucedió algo sensacional. El líquido de repente llegó a ser un claro cristal y la turbia bola quedó fijada en el fondo del translúcido recipiente, pareciéndose a un disco que tendría probablemente cuatro pulgadas de diámetro. El inventor dió vuelta otra palanca sobre la fachada de su instrumento y el disco se movió.

Se dobló por el centro hacia arriba y comenzó a retorcerse como si viviera. Luego cambió de forma con considerable agilidad, alargándose alternativamente hacia un delgado objeto, como si fuera una anguila; luego, rompiéndose con estrépito y achicándose hasta tener la mital del largo original e hinchándose hacia arriba, fingió ser un globo de juguete. Así esperaron un poco más y duplicó su dimensión y tamaño y sus contorsiones tomaron gran incremento de rapidez y violencia. ¡Estaba dotado de vida propia! Homer Larkin estaba regocijado por el notable hecho.

—¡Cielos!—exclamó Herr Boldt, con una mueca de repugnancia.

El joven gritó:

—¡Observen ahora!—Dejó caer un fragmento de carne cruda dentro del recipiente y la horrible materia viviente parecióse una vez más a un delgado disco, envolviéndose alrededor del bocado y abollándose en su angosto confín, como si fuera una orgía de glotona satisfacción.

Luego resumió su forma natural y la carne había desaparecido disuelta y asimilada por el misterioso objeto.

Todavía crecía y crecía y, de pronto, su palpitante cuerpo casi llenó el contenido del recipiente. Se aplastaba contra el vidrio, y en el brillo de la imponente luz ellos pudieron ver claramente que se mantenía firme por miles de menudas ampollas que se formaban entre su fea y dura superficie.

—¿Qué piensan ustedes de eso?—preguntó alegre Larkin.

—¡Sufrida humanidad!—exclamó Mr. Johns.—¿Qué es eso sobre la tierra?...

—¡Vida sintética!—fué la lacónica respuesta del joven.

—¿Vida sintética producida por la simple acción del rayo proveniente de vuestro aparato en el agua?—preguntó el representante inglés.

—Exactamente; y usted observará que el coloide continúa creciendo mientras más largo es el rayo en la operación.

Los ojos atónitos de los tres visitantes comprobaron que lo dicho por Homer Larkin era cierto, pues el coloide estaba ahora tan largo que casi sobresalía de los bordes del recipiente, del cual el agua había extrañamente desaparecido.

Sir Walter sentóse débilmente en la silla más cercana, sintiéndose repentinamente mareado y desfalleciente.

—¡Ah!—gruñó el alemán—Esto no es nada bonito para ver. ¿Y con algo como esto usted espera vencer al enemigo?

—Así es—fué la respuesta.—Pero vengan... Con esta primera experimentación no es suficiente; ahora he de explicarme en detalle.

Dió varios pasos, y violentamente, como la había abierto, cerró la misteriosa palanca de la máquina, de la cual emanaba la energía vital del coloide, apaciguando al animal.

Los cuatro personajes de esta sensacional prueba abandonaron el laboratorio, dirigiéndose a una espaciosa y elegante habitación contigua, en la cual se ubicaron en confortables asientos tapizados en cuero, y tras breve silencio Homer Larkin continuó hablando.

—Caballeros—les dijo:—nuestro mundo está amenazado por un terrible destino, como todos ustedes muy bien lo saben. Si no son tomadas las medidas necesarias para terminar con esta horrible matanza humana, nada quedará de nuestra civilización, pues estamos luchando contra aguerridos maniáticos, quienes eventualmente perecerán en cuanto tengan el resto de la humanidad. Nosotros debemos tomar estas medidas para salvaguardar a nuestra civilización, que, con todos sus defectos, es una cosa digna de salvarse. Y con esta vida artificial que ustedes han visto poseemos los medios de terminar la guerra de exterminación y decisivamente dar el golpe mortal sobre el enemigo, siendo capaces de hacerles comprender que una inmediata cesación de las hostilidades es imperativa.

Los tres miembros de la comisión cambiaron significativas miradas. Homer Larkin había analizado la situación casi exactamente con las mismas palabras que dijera anteriormente el secretario Johns por la mañana, durante la asamblea; pero él había ofrecido una solución mejor.

—Lo que ustedes vieron en el recipiente—continuó—es simplemente una masa de protoplasma, un denso líquido coloidal, que posee todas las cualidades que consideramos esenciales para dar nuestras vidas. Estas cualidades son el poder del espontáneo movimiento de la masa y la irritabilidad, estando ambas poseídas por mi creación en un grado remarcable. El coloide tiene singularidad adicional de crecimiento hasta una tremenda proporción, que si yo no desconectara el rayo, habría alcanzado el tamaño de un elefante mientras estábamos conversando. Pero el rayo, al que no necesito describir técnicamente, a no ser que sea vibratorio de naturaleza, es fácilmente producido por una simple modificación del tubo coolidge, teniendo absoluto control de la creación y continuada existencia de esta nueva forma de vida.

Sir Walter interrumpió:

—¿Cómo es producido sobre la tierra? ¿Proviene del agua?...

—Si el mar es la madre de toda la vida, que causó la primera forma de la existencia, para surgir de ella todas las demás, nosotros no lo sabemos. Yo no sé ahora cuál es la energía especial del tubo que reúne los átomos de los electrones en el agua para formar materia viviente, pero sé que eso se hace así y esto es suficiente.

» La utilidad del descubrimiento es lo que nos interesa a nosotros en la presente emergencia, y creo que no podemos dudar de ello. Lo que yo propongo es que todos los talleres y fábricas disponibles de los países aliados deben ser puestos a trabajar, fabricando esa clase de tubos y los aparatos necesarios para su activación.

» Los tubos, cientos de miles de ellos, serán colocados en los cuerpos de los aviones torpedos, capaces en elevarse a una altitud desconocida por nuestros enemigos, en la más rara atmósfera. Cuando esté preparada una cantidad suficiente, efectuaremos una convenida y sistemática dirigida presión en todos los frentes, guardando a los aeroplanos a una altura que asegure su invisibilidad desde abajo. Luego será

posible instalar una cortina de rayos dentro de un río, de una laguna o de un lago, y avanzar con la línea de rayos en dirección a las fortificaciones enemigas, poniéndolos en contacto con la masa de protoplasma, entre la cual ninguno puede estar o permanecer. Las masas vivientes no pueden ser destruidas y su apetito es terriblemente voraz. El coloide no puede luchar; sin embargo, y pese a ello, no hay medios destructivos contra él. El ataque provocará un creciente horror, que abarcará todo obstáculo que detenga su camino, con una vasta intensidad de temblor que convertirá cuanto toque al estado gelatinoso, el cual consumirá, sin excepción de vida animal o vegetal que se ponga en contacto con sus cuerpos.

El enemigo tratará de escapar en sus aeroplanos o se introducirá eventualmente en el océano. Y cuando los rayos actúen retrospectivamente, la masa coloidal hará retornar la vida a su estado primitivo. Ella rellenará las corrientes de agua, en las cuales ha sido creada, y eliminará de la atmósfera el más mínimo vestigio de oxígeno y otros gases raros componentes, de los que ha emanado y sobre los cuales existió. Eso es todo.

—¡Cielos benditos!—exclamó Herr Boldt—¿Este muchacho ha hecho eso?... ¡El mundo está salvado!

El secretario Johns y Sir Walter estaban estrechando las manos a Homer Larkin, en una enteramente dignificadora y sincera manera, y esa noche la radio envió en código la noticia, que traía las primeras esperanzas desde que había llegado y asolado a sus pueblos el fantasma de la guerra, desde hacía ocho largos años.

Cuatro meses más tarde la saliente de las líneas enemigas habían llegado primero hasta el Misisipí, cerca del este de San Luis City, y luego extendidas a tal área que las riberas del río se encontraban limitadas por trincheras y fortificaciones desde el Cairo a La Crousse. Y cuando, al fin, la lucha se aproximó a Minneápolis, la capital fué trasladada una vez más, y fué a Sioux Falls, en South Dakota. A lo largo de las riberas del oeste del Misisipí estaban estrechadas las defensas de los americanos, compuestas por largas líneas de refugios impenetrables, lanzadores de granadas y por chozas circulares habitadas por los generadores de las paredes neutrali-

zantes, esa pared de vibraciones que se proyectaban a una altura de cinco millas, previniendo eficazmente los bajos vuelos y luchando contra los aeroplanos del enemigo desde que, cruzando el territorio americano, atacaban por todas partes.

Era la invención de las paredes neutralizantes lo que había prolongado la guerra y pospuesto el triunfo de los asiáticos, que en un principio parecía tan inminente. Con este advenimiento, la guerra había vuelto a retroceder del aire a la tierra, y era necesario recurrir al antiguo estilo de lucha de trincheras y retornar al uso de la bayoneta, explosivos y gases exterminadores y lacrimógenos, como en la pasada de los años 1914 al 1918. Pero en el viejo método de lucha la superioridad numérica de los asiáticos todavía les daba la tremenda ventaja de 100 contra 3, de suerte que no había cuestión de duda acerca del resultado final. Y el viejo estilo de combate era mucho más lento que el moderno modo de desparramar la destrucción desde el aire por medio de los rayos de la muerte, lo cual era en alto grado menos misericordioso.

Eligióse a mediados del mes de diciembre, y habían sido tres semanas de tiempo amargamente frío en Minnesota y en lo alto de Wisconsin; pero los asiáticos no se encontraban grandemente impedidos en sus ocasionales raids y salidas.

Un manto de nieve cubría toda la porción norte de las líneas de combate, haciendo necesario traer las provisiones por el aire, desde las bases en la parte este del devastado país. Y la nieve era al igual que un noble enviado de Dios para los americanos, como más tarde sucedió.

La mañana del día 19 de diciembre amaneció terriblemente fresca y clara en las proximidades de Moline Illinois, donde el cuartel de invierno de las fuerzas asiáticas estaba establecido. El general Novotny y su estado mayor se hallaban acuartelados en una de las pocas casas que aun levantaban sus ruinosos esqueletos en la desdichada ciudad. Sus vidas eran desenfrenadas y lujuriosas, dado que se encontraban establecidos a considerable distancia de todo peligro y de cualquier corriente importante de agua, con la absoluta ignorancia de la potencialidad del rayo mortal creado por Larkin.

El general fué despertado por uno de sus ayudantes a una impía hora. No habían

dato aún las 9, y éste padecía un fuerte dolor de cabeza. Ordinariamente el ayudante no osaba aproximarse mucho a la habitación de su jefe a esas horas molestas de la mañana, que en ese instante había osado golpear en la puerta del pendenciero comandante con el guantelete. Pero era necesario, y el jefe supremo tuvo trascendentales noticias; increíbles divulgaciones estaban llegando desde la división de comandantes en todo el radio a lo largo de las líneas del este.

—General—respondió el ayudante a las execrables preguntas de su superior:—hay alarmantes noticias de todo el frente. Parece que el río está rebasando sus orillas y nuestras fortificaciones están siendo inundadas. Hay alguna confusión en las noticias, y afirman algunas divisiones que ellos están siendo obligados a replegarse de sus posiciones por una avalancha de cola que sale a borbotones desde el río. Otras notas dicen que enormes monstruos los están atacando. Pero lo fatal es que la línea está rota y nuestras fuerzas desordenadas en precipitada huída. Es necesario que evacuemos a la brevedad posible Moline; mejor dicho, en contados minutos.

Y en la alta atmósfera no conocida cientos de aviones torpedos, desde los cuales era emitida la barrera de los rayos de Larkin, amparaban los desfallecientes desmayos de los aparatos de muerte, entre las brumas de un mar de nubes, abrazadas caprichosamente a los diamantinos resplandores de una diáfana mañana de crudo invierno.

Lentamente, desde las márgenes del caudaloso río, sobre la ribera este del Mississippi, una monstruosa masa de protoplasma surge serpenteando y se arrastra, desparramándose con glotona voluptuosidad y volumen sobre cualquier camino que le determinan los rayos de la flota de aviones torpedos. Con la velocidad del crecimiento, grandemente acelerada por la toma de agua proveniente de las pesadas nieves que cubrían los Estados de Wisconsin, Illinois, Michigan y Ohio, el viviente coloide avanzó con un rápido incremento en dirección oriental, a la velocidad cercana a veinte millas por hora. Eso era, más o menos, lo que los defensores habían manifestado en su optimista humor, y hubo gran alegría en el cuartel general del Departamento de Guerra de Sioux Falls.

El pánico atacó a los asiáticos, quienes trataron de escapar al espantoso enemigo que había caído tan inesperadamente sobre ellos.

En las líneas del frente, en las trincheras, no encontraban escape, y miles encima de miles perecieron miserablemente en el viscoso protoplasma, que vació sus cuevas y absorbió en sí mismo frenéticamente la esforzada humanidad.

Los aeroplanos bombardearon desde las líneas de retaguardia y dejaron caer sus cargas de altos explosivos en las avanzadas olas de lodoso marrón, olas enormes, pero sin resultado. Verdaderos cráteres, de bocas enormes, estaban abiertos en el coloide por las terribles explosiones, pero esos inmensos desgarrones rellenábanse inmediatamente y el progreso de la masa no estaba de ningún modo refrenado.

Luego la artillería pesada y los cañones de campaña entraron en acción, y una compacta cortina de metralla, fantásticamente loca, encontró de frente la pared de protoplasma, que estaba engolfando su progreso; pero... hombres, caballos, provisiones, fortificaciones, cuando encontraba a su paso era engullido. Parecía que nada podía existir bajo la devastadora lluvia de fuego graneado, pero la emergente actividad de la masa parecía solamente agigantarse a una todavía más intensa continuidad de movimientos. Arrasando... arrasando ella llegó y los soldados huyeron como mejor pudieron; sus líneas de comunicaciones desorganizadas y sus graduaciones rotas, en salvaje multitud que lucha por salvar la existencia; y, arrebatados por locas seguridades, toda semblanza de disciplina quedó relajada.

Luego vino la lucha de los aeroplanos de los americanos, y éstos volaron a poca altura sobre las hordas que se batían en retirada, acosándolas con mortales explosiones de las armas de fuego, con explosivos y bombas de gases, que hicieron una terrible molienda de vidas.

La infantería estaba desesperada; en precipitada fuga, por la misteriosa e imposible lucha con la muerte del invento de Larkin, y el único escape era por medio de automóviles, camiones, aeroplanos y los ferrocarriles. Aunque el transporte resultaba dificultoso, los caminos adyacentes al campo de batalla del este prontamente se llenaron, y muchos de ellos se movilizaron

como mejor pudieron hacer a las apremiantes circunstancias del momento.

En menos de treinta y seis horas los Estados centrales estaban libres del enemigo, desde los grandes lagos hasta el río Ohio, y luego la barrera de rayos de Larkin trasladada al sur, cruzando el río Ohio y controlando eficazmente los destrozados restos de las fuerzas enemigas desde Kéntucky, este de Tennessee, Georgia y Florida.

Luego atacaron, dando la vuelta hacia el norte, para quitar la presión y supremacía enemigas del centro del Atlántico este, y de los Estados de Nueva Inglaterra a los desmoralizados asiáticos.

Sobre el frente del Oeste era la misma historia. Partiendo del río Grande, Arizona, hasta el Colorado. Por el norte, el límite de las líneas recorridas a través de Utah, Idaho, Nevada, y el oeste de Montana, aunque una angosta faja a lo largo del Pacífico estaba en poder del enemigo, no era peligro; imposibilitado, desorganizado y vacilante, el remanente de asiáticos estaba paralizado de terror.

Reducidos a la décima parte de su primitiva cantidad de efectivos combatientes, los sobrevivientes lucharon para recuperar Seattle, Portland, San Francisco y Los Angeles, donde sus bases costeras estaban establecidas. Ellos alcanzaron ese objetivo por medio de carretones y trenes de carga, aeroplanos de combate y dirigibles. ¡Luchaban solamente por salvar sus miserables vidas del terrible protoplasma que los devoraba sin piedad!

En Europa los triunfos de los Aliados eran tan visibles y de más terrorífico aspecto para la Alianza Asiática, por el sistema de radiocomunicaciones que conectaba con el hemisferio Oeste, siendo sus planes desbaratados tan lejos como los amarillos estaban interesados.

Sus cuarteles generales en América eran sistemáticamente destruidos rápidamente, tan rápidamente que las noticias del desastre de sus fuerzas, aun no habían sido recibidas por el Alto Comando, cuyo cuartel general estaba establecido en Leningrado. Pero cuando el Dniéper desbordó sus orillas y vomitó fuera desparramando la muerte por doquier, alcanzando fácilmente hasta Moscú, la conciencia de la derrota fué llevada al enemigo por la fuerza demoleadora. Desde el Rin los alemanes atra-

ron firmemente a los asiáticos a través de Bélgica y Holanda hasta el Mar del Norte. Italia, Suiza, Francia y España fueron pronto libertadas. Desde el Mar Negro el arrastrante protoplasma despejó rápidamente la parte norte y sur, cruzando los Montes Cáucagos, como si esa viscosa masa hubiera sido montañas de gigantescas hormigas que llegaron velozmente y siguiendo el cauce del río Volga, se internaron en territorio enemigo.

Turquía y Armenia suplicaron, y tras ello llegó el primer grito por una paz inmediata.

Las súplicas que llegaron a la Alianza Occidental habrían ablandado corazones de piedra; pero aún pendían viejas cuentas que liquidar y el fantástico destructor continuó su camino triunfal una semana más.

Luego, para el día de Año Nuevo, vino el Armisticio.

¡Del día a la noche la ciudad de Sioux Falls, temporaria capital de los Estados Unidos llegó a ser famosa! Allí fué reunida la Conferencia de la Paz y concurren los embajadores de todos los países del mundo civilizado. Ellos llegaron en cómodos aeroplanos y el aeropuerto municipal estaba aún más repleto que su capacidad marcaba.

Los albergues de la ciudad se encontraban muy solicitados y entre la celebración de la victoria, que continuó por varios días, y el influjo de los visitantes desde el más remoto rincón del globo, las calles tomaron la apariencia de un carnaval.

Por más de dos semanas los miembros de la Conferencia de la Paz ocuparon su tiempo en la recopilación de estadísticas, y cuando este trabajo fué completado, los resultados que siguieron a su suma fueron alarmantes. De una total población en el mundo, en el año 1945, que ascendía a 2 billones y medio de habitantes, quedaba poco menos que seiscientos millones.

De más de ciento cincuenta millones de millas cuadradas de tierra, treinta millones de millas habían sido devastadas. El esfuerzo final de la Alianza Occidental había dado cuenta de dos millones de asiáticos, y la cuenta estaba algo equilibrada con eso. Pero de todos modos y lados, la muerte—coloidal—habíase desparramado y calmado. El suelo, estéril al abono y toda vida a su paso perecido, como también las raíces de los árboles, los pastos etc. Pero los ríos y

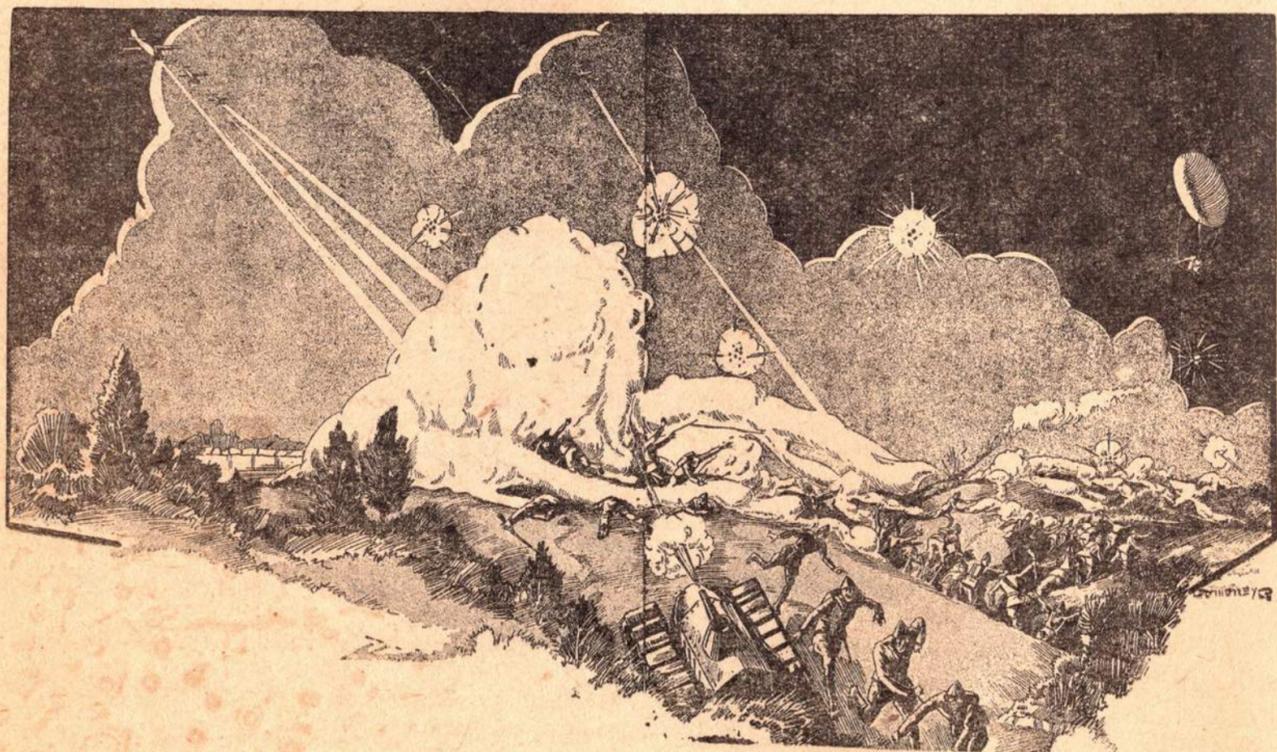
los cursos de agua habían reasumido sus niveles normales, pues todos los elementos que integraban la masa viscosa del protoplasma habían retornado a sus originales combinaciones con el efecto retroactivo de los rayós.

El nitrógeno nuevamente era útil al abono y a la atmósfera; los otros elementos a sus legítimos sitios. Pero las plantas vi-

sión, la Alianza Occidental estaba inclinada a ser indulgente, y así fué el tratado de los cien años de paz, solemnemente convenido y firmado.

¡La guerra estaba olvidada, y sólo quedaban las cicatrices, cicatrices que no se borrarían en una generación, o más!

Los Estados Unidos redujeron su población de 150.000.000 de habitantes, a la



«Los asiáticos huían locamente ante el arrollador avance del espantoso coloide, que tragaba, tragaba incesantemente cuanto objeto se oponía a su paso.»

vientes nunca pudieron ser restauradas. Se requerían muchos años de benevolencia de la madre naturaleza y de cultivos prolijos por parte de la mano del hombre.

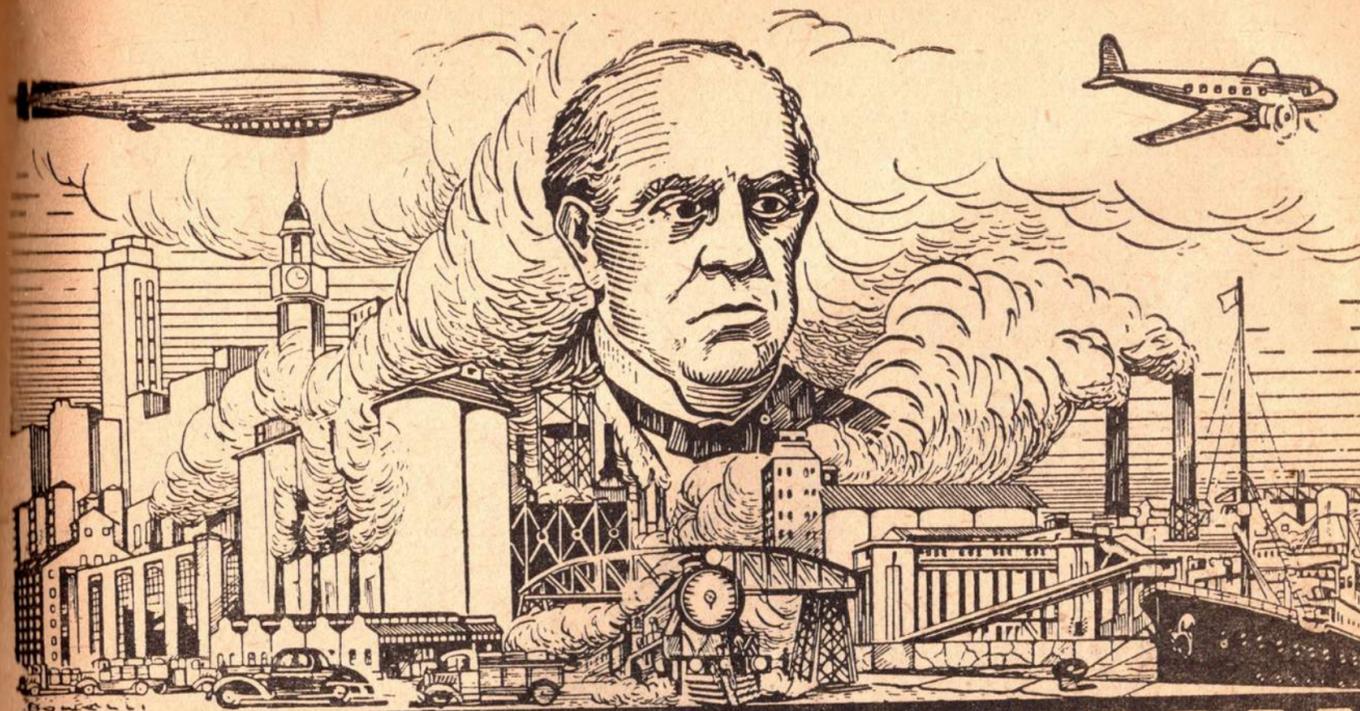
Mientras tanto, el hambre y las enfermedades continuaban esparciendo sus destrucciones en muchos países.

Era un vigoroso panorama de reconstrucción al que debía hacer frente la Conferencia, y pronto llegó a ser evidente que toda conversación de reparaciones era inútil. La paz duradera y la oportunidad de recuperar sus territorios era todo lo que algunas naciones pidieron junto al cetro del poder. Los rayos de Larkin, en su pose-

modesta cantidad de 30.000.000 de almas, y con cerca de la mitad de sus riquezas territoriales marchitada por la desolación, obstinados con su tradicional energía a recobrar su muerto y destruído progreso. Y Homer Larkin fué el ídolo nacional, una figura de relieve internacional.

Firme, como antiguamente, el enemigo lo reconoció como el Salvador de la Humanidad, y los pobres recompensáronle, como así también su gobierno, con generosidad y cntereza, obsequiándole con un puesto vitalicio en la Oficina de Investigaciones, con un sueldo de 6000 dólares anuales, y el título de Ingeniero Especial Experimentado.

¡Esa era la recompensa a genio!



INSTRUCCION Y PROGRESO

LE ASEGURA EL ATENEO TECNICO Y COMERCIAL
 POR EL CUERPO DE PROFESORES DE ESTA INSTITUCION
 Decanos de la ENSEÑANZA por CORRESPONDENCIA

SUELDOS QUE OBTIENEN LOS DIPLOMADOS

Contador Mercantil gana ..	\$ 500
Tenedor de Libros ..	350
Mecánico de Aviones ..	350
Ingeniero Mecánico ..	800
Mecánico de Autos ..	300
Técnico de Radio ..	400
Cajeras ..	200
Quimicos ..	500
Idóneos de Farmacia ..	300
Taquigrafos ..	200
Profesora de Corte y Confección ..	300

CURSOS QUE ENSEÑAMOS POR CORREO:

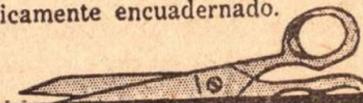
ESCUELA DE COMERCIO: Tenedor de Libros, Contador Mercantil, Cajeras y Empleados de Comercio.
ESCUELA DE MECANICA Y ELECTRICIDAD: Mecánico de Automóviles, Mecánico de Aviones, Técnico Mecánico, Tornero.
INGENIERIA: Mecánica, Electricidad, Radio y Ferrocarriles.
CURSOS ESPECIALES: Periodismo y Publicidad, Eficiencia General, Profesora de Corte y Confección, Dependiente Idóneo de Farmacia y Química Industrial, Industria Jabonera y Enología.

Cursos de Dibujo en General y Materias Especiales a Elección
Más aún, CINCUENTA CURSOS DIVERSOS

GRATIS recibirá con el primer material de estudio: un Diccionario de 15,000 vocablos, un Certificado de inscripción y un Carnet de Alumno artísticamente encuadernado.

VALIOSOS OBSEQUIOS DE LIBROS
 CORRESPONDEN A CADA CURSO

AQUI



SOLICITE GRATIS EL LIBRO "LA GUIA DEL EXITO" ATENEO TECNICO Y COMERCIAL

25 DE MAYO 267 Bs. AIRES

CORTE Y REMITA ESTE CUPON

Nombre

Dirección

Curso que le interesa

N.P.

EDGARDO POE

Presenta a

El caballo de fuego

o

Metzenger- stein



Edgardo Poe murió como mueren muchos de los grandes escritores: una mañana, al despuntar los primeros albores de la aurora, hallóse en la vía pública su cadáver. No debemos decirlo así, no; era todavía un cuerpo vivo, pero que la muerte había marcado ya con su indeleble sello. En aquel cadáver, cuyo nombre se ignoraba, no se hallaron papeles ni dinero, y fué conducido a un hospital, donde Poe murió en la noche del 7 de octubre de 1849, a la edad de 37 años, vencido por el «delirium tremens», esa terrible dolencia que había visitado ya su cerebro una o dos veces.

Así desapareció de este mundo uno de los más grandes héroes literarios, el hombre de genio que había escrito en *El gato negro* estas fatídicas palabras: «¿Qué enfermedad es comparable con el alcohol?».

En la hermosa trama de *El caballo de fuego* o *Metzengerstein* nos presenta la fatal leyenda de un algo imposible de romper, y que llega en la figura animada de un caballo misterioso, saturado de las furias del infierno, con la advertencia de que su antiguo dueño ha muerto, a causa de él, carbonizado en un espantoso incendio sucedido en su castillo; pero dejemos su final sutil y angustioso a cargo exclusivo del lector, que sabrá valorar este hermosísimo trabajo, creado por un genio, y forjado en un siglo muy distante del actual.

METZENGERSTEIN

Pestis eram vivus, moriens tua mors.—Martín Lutero.

El horror y la fatalidad han imperado en todos los siglos. ¿A qué poner una fecha a la historia que voy a referiros? Baste decir que en la época de que hablo conservábase en el centro de Hungría una creencia secreta aunque bien sentada sobre las doctrinas de la metempsicosis. No diré nada de ellas en sí, sobre si son falsas o probables; pero sí afirmo que una buena parte de nuestra incredulidad «proviene—como dice La Bruyère, que atribuye toda nuestra desgracia a esta causa única,—de no poder estar solos» (1).

Pero había algunos puntos en la superstición húngara que tendían marcadamente a lo absurdo, pues los húngaros diferían de una manera muy esencial de sus autoridades de Oriente. Así, por ejemplo, el «alma», a lo que ellos creían—cito los términos de un sutil e inteligente parisiense,—«no reside más que una vez en un cuerpo sensible; de modo que un caballo, un perro, y hasta el hombre, no son sino la semejanza ilusoria de esos seres» (2).

Las familias Berlifitzing y Metzengerstein habían vivido enemistadas durante varios siglos, y jamás se habían conocido dos casas tan ilustres que se odian tan mortalmente. Esta aversión podía tener su origen en las palabras de cierta antigua profecía: «Una gran familia caerá, de un modo terrible, cuando, así como el caballero en su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfará de la inmortalidad de Berlifitzing».

A decir verdad, los términos tenían poco o ningún sentido; pero causas más vulgares han dado nacimiento, y esto sin remontarnos mucho, a consecuencias igualmente preñadas de acontecimientos. Además, las dos casas, que eran vecinas, habían rivalizado por su influencia largo tiempo en los asuntos de un gobierno tumultuoso; y, por otra parte, vecinos tan próximos rara vez son amigos: desde lo alto de sus sólidos terrados, los habitantes del castillo de Berlifitzing podían ver muy bien las ventanas mismas del palacio de Metzengerstein. En fin, la ostentación de una magnificencia más que feudal era poco propia para mitigar los sentimientos irritables de los

Berlifitzing, no tan antiguos y menos ricos. ¿Hay motivo, pues, para extrañar que los términos de aquella predicción, aunque muy extravagantes, crearan y mantuvieran la discordia entre dos familias ya pre-dispuestas a la hostilidad por todas las instigaciones de una envidia hereditaria? La profecía parecía implicar, si algo implicaba, el triunfo de la casa más poderosa, y, naturalmente, esto preocupaba a la más débil, acrecentando su animosidad.

Wilhelm, conde de Berlifitzing, aunque de antigua nobleza, no era en la época de que hablo más que un viejo achacoso, y no tenía nada notable, como no fuese su antipatía inveterada y loca contra la familia rival; distinguíase, además, por su afición a los caballos y a la caza, de la cual no le retraían sus achaques físicos ni su avanzada edad, ni la debilidad de su espíritu, tanto que diariamente se exponía a los peligros de semejante ejercicio.

Federico, barón de Metzengerstein, no era todavía mayor de edad: su padre, el ministro G..., había muerto joven, y su madre, María, no tardó en seguirle a la tumba. Federico contaba en aquella época diez y ocho años, que en la ciudad no son un largo período; pero en una soledad tan magnífica como aquel antiguo señorío, el péndulo vibra con más profunda y significativa solemnidad.

A causa de ciertas circunstancias resultantes de la administración de su padre, el joven barón entró en posesión de sus vastos dominios apenas murió aquél. Rara vez se había visto un noble de Hungría poseedor de semejante patrimonio; sus castillos eran innumerables, pero el de Met-

(1) Mercier, en su *Año dos mil cuatrocientos cuarenta*, sostenía seriamente las doctrinas de la metempsicosis, y J. de Israeli dice que no hay sistema tan sencillo ni que repugne menos a la inteligencia. El coronel Ethan Allen pasa también por ser un metempsicosista muy formal.—E. P.

(2) Ignoro quién es el autor de este texto extravagante y oscuro; pero me he permitido rectificarle ligeramente, adaptándole al sentido moral del relato. Poe cita algunas veces de memoria e incorrectamente. Bien mirado, el sentido parece asemejarse a la opinión atribuida al padre Kircher, según el cual los animales son espíritus encerrados.—N. del T.



«... y el diabólico
bruto arrojóse, jun-
to a su asustado
jinete, dentro de la
horrible hoguera,
que fuera antes el
hermoso palacio de
los Metzenger-
stein.»



zengerstein se consideraba como el más vasto y magnífico; la línea fronteriza de sus dominios no se había determinado nunca claramente; pero el parque principal abarcaba un circuito de cincuenta millas.

Tratándose de un propietario tan joven, de carácter tan bien conocido, y de tan incomparable riqueza, no era necesario hacer muchas conjeturas sobre cuál sería, probablemente, su línea de conducta; y, en

efecto, a los tres días, el proceder del heredero dejó muy atrás la nombradía de Herodes, excediendo por mucho a las esperanzas de los más entusiastas admiradores.

Vergonzosas orgías, flagrantes infamias y atrocidades sin nombre, hicieron comprender muy pronto a sus atemorizados vasallos que nada, ni la sumisión servil por su parte, ni los escrúpulos de conciencia por

la del castellano, serían para ellos, en lo futuro, garantía de seguridad contra las crueldades de aquel pequeño Calígula. Hacia la medianoche del cuarto día observóse que se había prendido fuego en las cuadras del castillo de Berlifitzing, y la opinión pública estuvo unánime en agregar un crimen más a la lista, ya horrible, de los delitos y atrocidades del barón.

En cuanto al joven caballero, durante el tumulto ocasionado por aquel incidente, hallábase sumido, al parecer, en profunda meditación en una vasta cámara solitaria del piso superior del palacio de familia de los Metzengerstein.

Los tapices, ricos, aunque gastados, que pendían melancólicamente de las paredes, representaban las figuras fantásticas y majestuosas de mil antecesores ilustres; en uno veíanse prelados vistiendo ricos trajes de armiño; grandes dignatarios estaban reunidos con el autócrata y el soberano, y oponían su «veto» a los caprichos de un rey, o contenían con el «fiat» del poderío papal el cetro rebelde del Gran Enemigo, príncipe de las tinieblas. En otro se representaban las sombrías y grandes figuras de los príncipes de Metzengerstein, con sus robustos caballos de guerra, que caracoleaban sobre los enemigos caídos; y más allá veíanse, voluptuosas y blancas como cisnes, las imágenes de las damas de antiguas épocas, flotando a lo lejos en fantástica danza, en medio de una melodía imaginaria.

Pero mientras el barón prestaba oído o aparentaba escuchar el estrépito creciente de las cuadras de Berlifitzing, meditando tal vez alguna nueva crueldad o un rasgo de audacia, sus ojos se fijaron maquinalmente en la imagen de un caballo enorme, de color extraño, representado en el tapiz como perteneciente a un antecesor sarraceno de la familia de su rival. El cuadrúpedo estaba en primer término inmóvil como una estatua, y un poco más allá, el jinete desmontado moría bajo el puñal de un Metzengerstein.

En los labios de Federico surgió una expresión diabólica, como si echase de ver la dirección que su mirada había tomado involuntariamente; pero no apartó la vista. Muy lejos de ello, no podía haber motivo para que experimentase la ansiedad que al parecer le sobrecogió, envolviéndole como con un paño mortuorio; érale difícil conciliar sus sensaciones incoherentes como las

de los sueños con la certidumbre de estar despierto; cuanto más contemplaba, más absorbente era el encanto, y más imposible le parecía arrancar su mirada de aquel tapiz fascinador. Sin embargo el tumulto que se oía fuera era cada vez más ruidoso; el barón hizo un esfuerzo como a pesar suyo, y fijó su atención en una luz rojiza proyectada desde las cuadras, que ardían, sobre las ventanas de la habitación.

Pero este movimiento sólo fué momentáneo, pues las miradas del heredero volvieron a fijarse maquinalmente en el tapiz. Con grande asombro suyo observó entonces—¡cosa horrible!—que la cabeza del gigante corcel había cambiado de posición; el cuello del animal, antes inclinado compasivamente hacia el cuerpo de su jinete, estaba ahora tendido rígidamente y en toda su longitud hacia el barón; los ojos, un momento antes invisibles, tenían una expresión enérgica y humana, con un brillo rojizo extraordinario; y los labios caídos dejaban ver sus grandes dientes repugnantes.

Poseído de terror, el joven barón se acercó a la puerta con paso vacilante; al abrirla, un resplandor rojizo, iluminando a lo lejos la sala, reflejóse en la tapicería; y como el heredero vacilara un instante en el umbral, se estremeció al ver que aquel reflejo tomaba la posición exacta y llenaba precisamente el contorno del implacable y triunfante matador del Berlifitzing sarraceno.

Para aliviar su espíritu atemorizado, el barón Federico salió rápidamente para respirar el aire. En la puerta principal del palacio halló tres de sus escuderos que, con mucha dificultad y gran peligro de su vida, refrenaban los botes convulsivos de un caballo gigantesco, de color de fuego.

—¿De quién es ese caballo? ¿Dónde le habéis encontrado?—preguntó el barón con acento de enojo, reconociendo al punto que el misterioso corcel de la tapicería era en un todo semejante al furioso animal que estaba viendo.

—Es vuestro, señor—replicó uno de los escuderos,—o por lo menos nadie le ha reclamado. Le hemos cogido cuando se escapaba, humeante y cubierto de espuma, de las cuadras abrasadas del castillo de Berlifitzing. Suponiendo que pertenecería a alguna yeguada del anciano conde, le hemos traído aquí; pero los criados no reco-

EL SAGRADO MAESTRO DEL PLANETA MARTE

Algo estupendo y terriblemente bello. Sensacional primicia

QUE BRINDAMOS EN UNA NOVELA COMPLETA



EL JUEVES 15 DE
JULIO

En nuestro tercer y ex-
traordinario número
mensual.

EMOCIÓN
FANTASÍA
ESTUDIO
COMPRENSIÓN

*Recuerde la fecha de
salida, para que su ca-
nillita le reserve un
ejemplar.*

EDGAR RICE BURROUGHS tiene escritas muchas e interesantísimas novelas científico-fantásticas; pero como EL SAGRADO MAESTRO DEL PLANETA MARTE muy pocas. Su tema, original de por sí, desarrolla una trama de terribles experimentaciones, a una continuidad de luchas mortales, flotando en esa horrible angustia un amor entre un hombre de la Tierra y una joven marciana.

nocen el animal, lo cual es muy extraño, puesto que lleva señales evidentes del fuego, como prueba de haber escapado de éste.

—Además—añadió otro escudero—las letras W. V. B., están marcadas en la frente con mucha claridad; yo supuse que eran las iniciales de Wilhelm von Berlifitzing; pero toda la gente del castillo afirma positivamente no conocer el caballo.

—¡Es muy singular!—dijo el barón con aire pensativo, sin fijarse, al parecer, en el sentido de sus palabras. En efecto, es un caballo notable, prodigioso, aunque, como decís muy bien, sombrío e intratable. ¡Vamos! quede para mí, consiento en ello—añadió el barón después de una pausa;—tal vez un jinete como Federico de Metzengerstein podrá domar al diablo mismo de las cuadras de Berlifitzing.

—Os engaños, monseñor; el caballo, como hemos dicho, no pertenece a las cuadras del conde; si hubiese sido así, conocemos demasiado bien nuestro deber para haberle conducido a presencia de una noble persona de vuestra familia.

—Es verdad—repuso el barón secamente.

En aquel momento llegó un paje del palacio apresuradamente y dijo a su señor en voz baja que había desaparecido un tapiz de la habitación que designó; después extendióse en detalles minuciosos; pero como todo lo decía casi al oído de su señor, los escuderos no pudieron satisfacer su curiosidad excitada.

Durante esta conversación, el joven Federico parecía agitado por diversas emociones; pero muy pronto recobró su sangre fría, y pintóse en su semblante una expresión de malignidad al dar órdenes para que se condenase al punto la citada cámara y se le entregaran las llaves.

—¿Habéis sabido la deplorable muerte de Berlifitzing, el viejo cazador?—preguntó al barón uno de sus vasallos cuando se hubo alejado el paje; mientras que el enorme corcel, adoptado por el heredero, se precipitaba, saltando con redoblada furia, por la avenida que conducía desde el palacio a las cuadras de Metzengerstein.

—No—contestó el barón, volviéndose bruscamente hacia el que hablaba.—¿Dices que ha muerto?

—Es la pura verdad, señor, y presumo que no os desagradará mucho la noticia.

Una sonrisa entreabrió los labios del barón.

—¿Cómo ha muerto?—preguntó.

—En sus imprudentes esfuerzos para salvar la parte preferida de su equipo de caza, ha perecido miserablemente entre las llamas.

—¿Ver... da... de... ramente ha sido así?—exclamó el barón delectando, y como impresionado por algún sentimiento misterioso.

—Así es—repuso el vasallo.

—¡Eso es horrible!—dijo el joven con mucha calma, y volviendo tranquilamente al palacio.

A partir de aquella época, observóse un notable cambio en la conducta del joven libertino, el barón Federico von Metzengerstein, conducta que burlaba todas las esperanzas y daba al traste con las intrigas de más de una madre.

Sus costumbres y manera de obrar difirieron cada vez más de las de la aristocracia de los alrededores. No se le veía nunca fuera de los límites de su propio dominio, y en el mundo sociable no se le conocía compañero alguno, a menos de que se considerase que el enorme caballo impetuoso, de color de fuego, que montaba siempre desde aquella época, tenía en realidad algún derecho misterioso al título de amigo.

Sin embargo, el barón recibía periódicamente invitaciones de sus vecinos para asistir a alguna fiesta, a una cacería, a un baile o a otra reunión cualquiera; pero limitábase a contestar lacónicamente:

—Metzengerstein no irá.

Una nobleza imperiosa no podía soportar estos repetidos desaires; las invitaciones comenzaron a ser menos cordiales y frecuentes y, al fin, cesaron del todo.

Habíase oído decir a la viuda del desgraciado conde Berlifitzing que su más ardiente deseo era «que el barón se quedase en casa cuando no deseara estar en ella, puesto que despreciaba la compañía de sus iguales; y que se viera a caballo cuando no quisiera montar, puesto que prefería a sus semejantes la sociedad de un cuadrúpedo». Esto no era seguramente más que la simple explosión de un pique hereditario, y probaba que nuestras palabras llegan a ser singularmente absurdas cuando queremos darles una forma extraordinariamente enérgica.

Las personas caritativas, sin embargo, atribuían el cambio de conducta del joven caballero al pesar natural de un hijo privado prematuramente de sus padres; pero olvidando sin duda su inicuo proceder durante los días que siguieron a la irreparable pérdida. Hubo algunos que supusieron en el barón un sentimiento exagerado de su importancia y de su dignidad, mientras que otros (y entre ellos tal vez el médico de la familia) hablaban siempre de una melancolía morbosa, de un mal hereditario; pero entre la multitud hacíanse insinuaciones más tenebrosas, de carácter equívoco.

A decir verdad, el perverso cariño del barón al caballo recientemente adquirido, cariño que parecía tomar más incremento cuando el animal manifestaba sus feroces y diabólicas inclinaciones, llegó a ser, a los ojos de todas las personas razonables, una ternura horrible, contraria a la naturaleza. En medio del día, en las horas silenciosas de la noche, enfermo o sano, en la calma o en la tempestad, el barón de Metzengerstein parecía clavado en la silla del caballo colosal, cuyo carácter intratable se avenía tan bien con el suyo.

Había además circunstancias que, relacionadas con los recientes acontecimientos, comunicaban un carácter sobrenatural y monstruoso a la manía del caballero y a las capacidades del animal. El espacio que franqueaba de un solo salto, medido cuidadosamente, resultaba exceder de una manera asombrosa a los cálculos más exagerados. El barón, por otra parte, no había puesto ningún «nombre» particular al cuadrúpedo, aunque todos los demás tenían el suyo; y aquel caballo tenía su cuadra particular, separada de las otras.

Sólo su amo le cuidaba, porque nadie se atrevía a tocarle, ni siquiera entrar en el sitio a donde estaba.

Algunas pruebas de inteligencia particular en la conducta de un noble corcel, lleno de ardimiento, no bastarían seguramente para llamar la atención de un modo exagerado; pero ciertas circunstancias hubieran hecho impresión en los espíritus más escépticos y flemáticos; y decíase que algunas veces el animal había hecho retroceder de espanto a la multitud curiosa ante la singular significación de su marca, añadiéndose que el joven Metzengerstein había palidecido ante la mirada del ojo casi humano del caballo.

Entre toda la servidumbre del barón no se contaba un solo individuo que dudara del afecto extraordinario que inspiraban al joven heredero las brillantes cualidades de su corcel, exceptuándose, sin embargo, un insignificante pajecillo, muy feo y antipático, de cuya opinión no se hacía aprecio. Tenía el descaro de asegurar que su amo no montaba nunca sin experimentar un inexplicable y casi imperceptible estremecimiento, y que al volver de sus largos y acostumbrados paseos observábase en las facciones del heredero una expresión de triunfante malignidad.

Durante una noche de borrasca, Metzengerstein, despertando de un profundo sueño, bajó como un sonámbulo de su habitación y, montando apresuradamente a caballo, precipitóse a través del laberinto del bosque.

Un acontecimiento tan habitual no podía llamar particularmente la atención; pero esperóse la vuelta del barón con mucha ansiedad. A las pocas horas de ausencia, las magníficas construcciones del palacio de Metzengerstein comenzaron a crujir y a retemblar hasta en sus cimientos, bajo la acción de un fuego devorador e irresistible; y como cuando se vieron las llamas los progresos del elemento devorador hubieran hecho inútiles todos los esfuerzos para salvar una parte cualquiera de los edificios, la población de las inmediaciones contemplaba perezosamente, con silencioso asombro, si no apatía, aquella triste escena.

Pero un objeto terrible llamó muy pronto la atención de la multitud, demostrando hasta qué punto es más intenso el interés por una agonía humana que por el más espantoso espectáculo de la materia inanimada.

En la larga avenida de añosas encinas que comenzaba en el bosque, terminando en la entrada principal del palacio Metzengerstein, un corcel, cuyo jinete llevaba la cabeza descubierta y el traje en desorden, saltaba con una violencia sólo comparable con el Demonio de la Tempestad misma.

El caballero no podía evidentemente reprimir aquella desenfrenada carrera; la expresión angustiosa de su rostro, los esfuerzos convulsivos de todo su ser daban testimonio de aquella lucha sobrehumana; pero de los labios del jinete, lacerados a fuerza de oprimirse, sólo se escapaba un

grito ronco. Un momento después, el choque de los cascos resonó con un ruido agudo penetrante que dominó el estrépito del incendio y el mugido del viento; después, franqueando de un solo bote la gran puerta y el foso, el corcel se lanzó en las escaleras abrasadas del palacio, desapareciendo con su jinete entre un torbellino de llamas.

Entonces se calmó de repente la furia

de la tempestad y volvió a reinar una calma serena. Una llama blanca envolvía siempre al edificio como un sudario, y prolongándose a lo lejos en la atmósfera tranquila, proyectaba una luz de brillo sobrenatural; mientras que una nube de humo, en forma de un gigantesco «caballo», descendía pesadamente sobre los edificios.



DICCIONARIO

DE

LA NOVELA FANTÁSTICA



Dinosaurio: Orden de los reptiles fósiles, pertenecientes a las épocas Jurásica y Cretácea inferior. Son de tamaño colosal.

Marqués Francisco Pizarro: Célebre conquistador del Perú; natural de Trujillo, en Extremadura, 1475 - 1541. Se apoderó del Imperio de los Incas, de 1532 - 1541, en que fué asesinado en su palacio por los partidarios del hijo de su compañero Almagro, a quien él hizo quitar la vida.

Inca: Título de los soberanos del Cuzco y su comarca, que sólo algunos años antes de la conquista española lograron dominar, no sólo en todo el Perú, sino en los países limítrofes. Siglos XIII y XIV. También sabían dar por extraordinario este nombre a los príncipes varones de la familia real. Los incas se decían hijos del Sol, a quien adoraban. Hubo once incas y no doce, pues Manco Capac es, sin duda, un legendario.

Atahualpa: El hijo que tuvo en Quito (Ecuador) el inca Huaina Capac, y que disputaba el mando a Huáscar, legítimo heredero del trono, cuando Pizarro descubrió el Perú. Fué asesinado alevosamente por éste, en Cajamarca. Año 1533.

Caraquenque: Ave que se supone de tamaño mediano, cuyo plumaje negro plateado era emblema de poder para los antiguos incas, adornando sus sienas, y ave sagrada, al mismo tiempo, para todos los peruanos.

Chilca: Planta de la fauna americana.

Quenuar: Planta rosácea de la fauna americana. Crece en las llanuras del Ecuador.

Cinabrio: Sulfuro de mercurio, de color rojo, de donde se saca el azogue.

Otero: Cerro aislado que domina un llano.

Menhires: Monumentos megalíticos de los druidas, que consiste en una gran piedra vertical.

Fata morgana: Ilusión óptica debida a la refracción total de la luz cuando la atraviesan capas de aire de densidad distintas, con lo cual los objetos lejanos dan la imagen invertida, ya por bajo el suelo, como sucede en los desiertos, ya en lo alto de la atmósfera.

Fusi-Yama: Montaña sagrada del Japón, de 4700 metros de altura.

Monolitos: Monumentos de piedra de una sola pieza.

Pablo Pedro Roux: Médico francés, discípulo de Pasteur, a quien se debe la curación de la difteria, en el año 1853.

Stean: Rayo penetrante y fugaz de luz o energía eléctrica.

Pitecántropo: Nombre dado por los antropólogos al eslabón entre el mono y el hombre actual, cuyos restos fósiles encontró E. Dubois, en 1894, en Java.

Marte: Astr.: Uno de los principales planetas de nuestro sistema, entre el Sol y Júpiter. Su revolución alrededor del Sol dura 687 días.

Venus: Astr.: Uno de los más bellos planetas, que tiene fases como la Luna, y aparece al oeste, al atardecer, y por eso se le llama vulgarmente Lucero del Alba. Se halla entre Mercurio y la Tierra; distante del Sol 108 millones de kilómetros, y recorre su órbita en 225 días. Es conocido desde los tiempos más remotos, con diversos nombre en cada país.

Saturno: Astr.: El sexto y más hermoso de los planetas, rodeado de un triple anillo. Su volumen es 719 veces mayor que el de la Tierra.

Júpiter: Astr.: El mayor de los planetas: 1200 veces mayor que la Tierra y 310 veces más pesado que ella; su revolución diurna la verifica en 9 horas 50 minutos; tiene 6 satélites.

Euclides: Célebre geómetra griego que enseñaba en Alejandría, bajo Tolomeo. 306 - 283 ante de J. C.

Urano: Astr.: Séptimo de los planetas, descubierto por Herschel el 13 de marzo de 1781.

Transgeodésica: Referente al estudio de la Astronomía aplicada.

Geodésico: Geometría: topografía. La ciencia del ingeniero geógrafo, o sea:

Geodésica: La medición y representación gráfica de la Tierra por observaciones trigonométricas y astronómicas.

Hipersensitivamente: Supersensitiva. Que tiene disposición a recibir las impresiones de los objetos.

Enrique Martín (Martins): Célebre historiador francés autor de la gran *Historia de Francia*. 1810 - 1883.

Cromo: Metal descubierto por Vauquelin, en 1797.

Coloide: Bacilo o bacteria artificialmente alcanzado por medios exclusivos de laboratorio.

Ciudades de U. S. A., EE. UU.: Washington (capital de), Minneápolis, San Luis, Cairo, La Crousse, Sioux Falls, Moline, Kéntucky, Tennessee, Seattle, Portland, San Francisco, Los Angeles.

Estados de U. S. A., EE. UU.: South Dakota, Minnesota, Wisconsin, Illinois, Michigan, Ohio, Georgia, Florida, Nueva Inglaterra, Arizona, Idaho, Nevada, Montana.

Grandes lagos: Sobre el límite de los dominios del Canadá. Algunos de los más importantes: Ontario, Erie, Superior, Huron, etc.

Misisipi: Gran río de U. S. A., EE. UU. Tiene 2500 metros de ancho y reunido al Misuri—6500 kilómetros de curso—desagua en el golfo de Méjico.

Coloidal. Coloideo: Dícese del cuerpo que parece disuelto en un líquido, pero que no pasa con su disolvente si se le filtra por ciertas sustancias porosas.

Protoplasma: Substancia albuminoidea que constituye la parte actuante de la célula.

Coolidge. Culidge: Tubo eléctrico de alta tensión y voltaje empleado en experimentos de laboratorio.

Átomo: Elemento primario e indivisible de la composición de los cuerpos. Cosa imperceptible.

Electrón: Átomo eléctrico positivo o negativo.

Dniéper: Importante arteria fluvial de Rusia.

Moscú: Ciudad de Rusia regada por el río Moscova, que da su nombre.

Rin: Río de suma importancia comercial y estratégica, que limita a Francia de Alemania.

Montes Cáucagos: Elevadas cordilleras pertenecientes al territorio ruso.

Volga: Arteria fluvial de suma importancia en Rusia.

Nitrógeno: Uno de los nombres de ázoe por entrar en la composición del nitro o azoato de potasa. Gas que no sirve para la respiración, ni combustión, y que constituye como las cuatro quintas partes del aire atmosférico.



Su hogar reclama un...
BENJAMIN
PHILIPS

El receptor más moderno y familiar.
Superheterodino de cinco válvulas serie
"Octodo" metalizadas, para corriente
alternada.

PHILIPS 593-A
EL BENJAMIN: Superheterodino de 5 válvulas para etc. al-ternada, el receptor para todos los hogares. Gran alcance. Al contado \$

185

A SOLA FIRMA

Precio: al contada \$ 185
o en cuotas de \$ 11

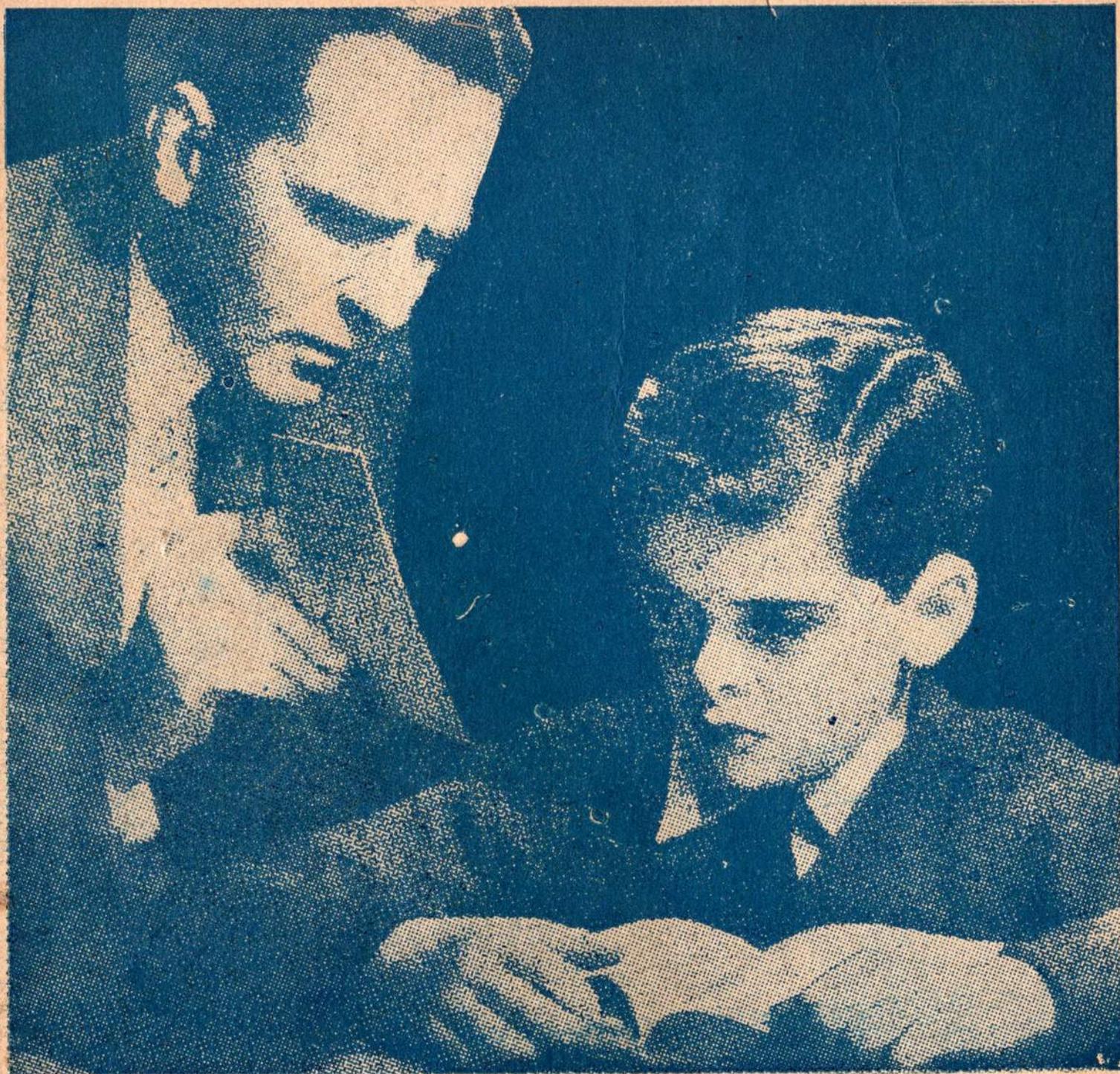
18 meses de garantía de su funcionamiento perfecto.

Pida sin compromiso una demostración a domicilio.

A. ARBIZU & Cía.
CASA FUNDADA EN 1907

VICTORIA 647
U. T. 33-Av. 3456.3440





¿SU HIJITO VA A LA ESCUELA...?

¿LE DA TODDY...?

LO QUE CONTIENE Y LO QUE HACE "TODDY"

VITAMINAS, que vigoriza, estimulando el apetito.

CARBOHIDRATOS, poderosos generadores de energía.

HIERRO, que aumenta los glóbulos rojos de la sangre.

PROTEÍNAS, que desarrollan los músculos y tejidos.

FOSFORO ORGÁNICO, que fortalece las células del cerebro.

CALCIO, para formar y robustecer los huesos y dientes.



TODDY
NUTRE Y VIGORIZA